

**NADIE
VENDRÁ
A RESCATARNOS**

G. G. VELASCO

**NADIE VENDRÁ
A RESCATARNOS**

G. G. VELASCO

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Nadie vendrá a rescatarnos*

© *G. G. Velasco*

Edición publicada en julio del 2019

Maquetación: *Alexia Jorques*

Diseño de portada: *Dimitar Stanchev (ArtMishel)*



**NADIE VENDRÁ
A RESCATARNOS**



*A todos los que están ahí cuando tienen que estar
y saben que estarlo a destiempo es otra forma
de declararse ausente.*

Todo objeto amado es el punto central de un paraíso.

NOVALIS

PRÓLOGO

«G. G. Velasco, hacedor de historias
y entuertos a golpe de teclado».

Así es como se define el escritor al que voy a prologar. Y a mí me consta que es hacedor de historias y también de entuertos, pues me ha metido en uno de ellos: introducir un libro que posiblemente no necesite introducción.

Conocí a G. G. Velasco a través de una palabra rara: *Dögunljósey*. Y me di cuenta de que estaba tratando con un escritor inusual. Un escritor que sigue sus propias reglas, también en lo que a contenido argumental se refiere, pues si algo destaca de G. G. son sus argumentos. Y esto, lector, es lo único que te debe interesar.

No le tengas en cuenta que le guste seguir los consejos que da Sylvester Stallone en *Rocky*, que lea chistes gráficos islandeses o que haya llamado a su perro como su grupo favorito (te dejo que lo averigües por tu cuenta). No. Solo debes tener en cuenta su talento extraño para conseguir escribir historias asombrosas, historias que dejan turbado (para bien o para mal) al lector.

Es cierto que cuando uno prologa algo, tiende a exagerarlo. Y no quisiera caer yo en esa trampa, pero... ¿dos naufragos de género opuesto con problemas mentales atrapados en una isla desierta?, ¿un cruce loco entre *Misery*, *El lago azul* y *Shutter Island*? ¿Pensáis que exagero al decir que estamos ante una historia asombrosa?, ¿pensáis acaso que esta historia no os emocionará?

Cada cual, querido lector, busca su fin en esta vida que nos ha tocado navegar. Unos llegan a buen puerto incluso antes de lo esperado; otros, encallan en algún islote dejando pasar el tiempo sin solución, y muchos naufragan hasta perder la cabeza que la sociedad nos puso sobre los hombros a muy temprana edad. Las historias están para recordarnos quiénes somos: el triunfante capitán del barco que consiguió pisar tierra, el desconcertado marinero que frenó su avance en una isla desolada o el excéntrico naufrago que prefiere perder la locura en alta mar. *Nadie vendrá a rescatarnos* es el resultado de alguien que quizás navegó, naufragó y también descansó en islas

lejanas, pero, sobre todo, *Nadie vendrá a rescatarnos* es ahora nuestra historia. Y nosotros decidimos qué hacer con ella.

No sé si estás loco o cuerdo, G. G. Velasco, ni si tus argumentos son mentalmente sanos, pero he terminado de prologar la que seguramente será la novela más desconcertante y psicológicamente disruptiva del Premio Literario de Amazon 2019. La novela de un escritor que ya merece empezar a ser reconocido como una de las mejores plumas de la plataforma. Al menos, para mí.

Eva M^a Fraile.
La Reina Lectora.

INTRODUCCIÓN

Solo huyen los cobardes

Al poco de sumergirse en la tormenta, el vuelo 456 de Trans-Pacific Wings experimentó varias sacudidas que desvelaron a buena parte de los pasajeros.

Algunos de ellos vieron a través de las ventanas cómo una sucesión de relámpagos fustigaba la negrura y el aire cargado de electricidad estremecía la lluvia en torno a los motores.

—Atención, por favor —alertó el comandante por megafonía—. En estos momentos, nuestro avión atraviesa un área borrascosa con posibilidad de turbulencias moderadas. Rogamos permanezcan en sus asientos, con el cinturón abrochado, hasta que los indicadores luminosos cambien de color. Gracias.

Óliver Eldricht tardó algo más en despertar que la mayoría de los viajeros de la sección *business*. Entre la resaca de la noche anterior, tras la conferencia en el centro médico, la melatonina ingerida en las horas previas al vuelo y los efectos secundarios del cóctel de ansiolíticos y sedantes que se había autoprescrito para asegurar el sueño y reducir el dolor de cabeza, sus reflejos iban al menos dos marchas por debajo de lo normal, pero aquel embotamiento no bastaba ni para relegar a un segundo plano la sensación de que estaba haciendo algo cobarde y carente de sentido ni mucho menos para acallar la voz cada vez más acusatoria de su conciencia.

El avión dio otro bandazo al remontar una corriente de aire revuelto. Casi en paralelo, un rayo alcanzó el extremo del ala derecha del Airbus y Óliver dio un bote sobre su asiento.

—No se asuste —dijo su compañero de butaca con cierto paternalismo—. Estos cacharros están diseñados para absorber la energía eléctrica. Son, básicamente, jaulas de Faraday —agregó, ufano—. Se necesita algo más que una simple tormenta para tumbarlos, créame.

Óliver cabeceó en señal de conformidad y se retrepó en el sillón a la

espera de que las turbulencias llegaran a su fin. Para matar el tiempo, arrancó un folio del bloc que le había facilitado la azafata y procedió a doblarlo con los dedos para perfilar la figura de origami favorita de su hijo Max: una iguana. El avión sufrió entonces una segunda sacudida y otro rayo más resquebrajó el cielo. Óliver saltó de nuevo sobre el asiento, dejando la figura de papel a medio hacer en la bandeja.

—Relájese —insistió el tipo—. ¿Es la primera vez que cruza el charco?

—No, claro que no... Tengo que viajar a menudo por cuestiones de trabajo.

El hombre rio y dio un sorbo a su copa de vino.

—¿Por trabajo? —Se limpió el mostacho a continuación—. Subirse a un avión por trabajo no es viajar, es desplazarse.

Lo inoportuno de la chanza hizo que Óliver recordara una de las frases estrella de su hermana Bárbara: «Todo viaje es una forma de evasión, de huida, y solo huyen los cobardes o los delincuentes». Ella solía justificar así su poca predisposición a visitar otros lugares del mundo y, hasta ese momento, jamás había pensado que pudiera estar en lo cierto. La tentación de espetarle el mismo argumento al hombre de la plaza contigua —un personaje, por otro lado, con cierto aspecto de mafioso oriental gracias a su traje de lino blanco, sus cabellos engominados y sus gafas de sol, a todas luces innecesarias durante un vuelo transoceánico— fue grande, pero, temiendo que dejarse llevar por ella pudiera avivar todavía más la charla, prefirió ahorrársela.

—Supongo que tiene usted razón —se limitó a musitar, sacando los auriculares del bolsillo para acoplarlos al terminal—. Si me disculpa, debo conectarme...

El hombre transigió. Óliver, en contra de lo que acababa de decir, no quería usar el dispositivo, ni siquiera sabía por qué continuaba cargando con él en el bolsillo cuando su uso le había acentuado el astigmatismo y además estaba claro que suponía una amenaza para la integridad de sus planes. El adormecimiento, no obstante, comenzaba a disiparse y, puesto que esa lucidez recrudecía peligrosamente la sombra de la culpa y el reconcomio, no pudo contener las ganas de consultar los mensajes del buzón de voz aun a sabiendas de que era algo contraproducente.

—Óliver, soy Bárbara —escuchó el timbre preocupado de su hermana pequeña tras clicar en uno de ellos—. No sé qué ha pasado ni dónde te has metido, pero Max pregunta por ti y ya no sé qué debo decirle. —Su voz sonaba al borde de las lágrimas—. Por favor, coge el teléfono.

Axel Stigler, decano de la Facultad de Medicina y siguiente contacto en la lista de llamadas, también parecía bastante tenso.

—Profesor Eldricht, esto no puede prolongarse por más tiempo —advirtió—. Tiene a toda la universidad en vilo, si no se persona pronto en su despacho, nos veremos obligados a... —vaciló por unos segundos, como reacio a decir lo que estaba obligado a decir—, bueno, ya sabe —zanjó el tema por las bravas—. Póngase en contacto con nosotros lo antes posible...

Óliver quiso dejar de escuchar el contestador ahí mismo. Si siguió adelante fue porque otro de los mensajes —en esta ocasión, dejado por el doctor Pizarnik, su relevo al frente del Departamento de Neurocirugía— comenzó a reproducirse automáticamente al término del anterior.

—Doctor Eldricht, sé que su situación es difícil —oyó que decía el facultativo, entre abatido e indignado—, y tampoco pretendo darle lecciones sobre el tema, pero debe recapacitar con urgencia. No se trata solo de su seguridad —también titubeó, como el propio Óliver solía hacer frente a sus pacientes más graves cuando todavía estaba en ejercicio de su profesión—, sino también de la de los demás. Existen tratamientos que...

No. Eso sí que no.

Una cosa era que comprendiera la inquietud de toda aquella gente —su gente—, y otra que les permitiera confundir sus ideas todavía más o incluso hacer que llegara hasta el extremo de sopesar, ahora que en principio ya no había marcha atrás, la posibilidad de haberse equivocado. Su decisión de embarcar en el Airbus no había sido fácil, desde luego. Solo si mantenía cierta coherencia consigo mismo, en lugar de propiciar que los remordimientos lo zarandearan, podría llegar hasta el final —el único final, al menos, que había sido capaz de encarar—, de modo que se apresuró a quitarse las gafas y los auriculares y a apagar el teléfono.

—¿Todo *okey*? —preguntó el hombre del traje blanco, con una mueca risueña y algo burlona en el rostro.

Óliver apenas logró articular un bufido.

—Sí —dijo—. Todo *okey*.

Para su alivio, los indicadores luminosos del techo se volvieron verdes justo en ese instante. La señal implicaba que podía levantarse de su asiento y refugiarse por unos minutos en el baño antes de que al tipo le diera por prolongar la conversación, la excusa que estaba buscando.

En el exterior, la tormenta no había remitido todavía, pero su aspecto resultaba mucho menos fiero que antes debido a que el avión había ascendido

un buen tramo por encima de las corrientes más violentas. Óliver avanzó entre las hileras de butacas hasta las cortinas que separaban el espacio principal de la zona de excusados. Su mirada estaba vidriosa y tenía el estómago contraído en un nudo muy incómodo por culpa de las náuseas. Al otro lado, se topó con una mujer alta y morena de no más de treinta y cinco años, ojos oliváceos de textura terrosa y barbilla chata ribeteada por un pequeño hoyuelo que aguardaba pacientemente su turno frente al lavabo de señoras.

—Disculpe —Óliver se deslizó a lo largo del estrecho pasillo, rozando su cuerpo de perfume dulce y afrutado para abrirse paso hacia el servicio de caballeros—. Lo siento mucho.

Ella forzó una sonrisa y emitió un suspiro tímido que, por algún motivo, le recordó a alguien.

—Tranquilo —dijo al tiempo que reparaba en que Óliver tenía la mirada humedecida por la inminencia del llanto—. No hay problema.

El médico entró a toda velocidad en el cubículo, echó el pestillo con torpeza y se acodó sobre el lavabo de metal para vomitar allí parte de la cena.

—¿Qué carajo estás haciendo? —increpó en voz alta a su propia imagen, que encontró más demacrada de lo normal, incluso fea, frente al espejo—. ¿Qué pretendes arreglar así? —Se odió de tal forma que a punto estuvo de golpearla con el puño—. ¿En quién carajo te has convertido? —gruñó furibundo—. ¿En quién?

El cristal solo le ofreció un retrato patético de su propia desesperación. Óliver lo observó por un rato con las mejillas surcadas por un rastro acuoso, y, cuando se preparaba para limpiar su deshonra con un pedazo de papel, se encontró con que un ciempiés de al menos cinco centímetros acababa de emerger de la esclerótica de su ojo izquierdo y se contoneaba muy agitado con parte del cuerpo todavía dentro de ella. La visión le hizo retroceder un par de pasos, meneando la cabeza con indefensión, y lanzar varios gritos de espanto que atrajeron la atención de la mujer del pasillo.

—¿Está usted bien? —escuchó que preguntaba desde el exterior.

Óliver se quedó absorto frente al espejo, donde ya no alcanzaba a distinguir ningún insecto, y supuso que todo se debía a una nueva trampa de su mente.

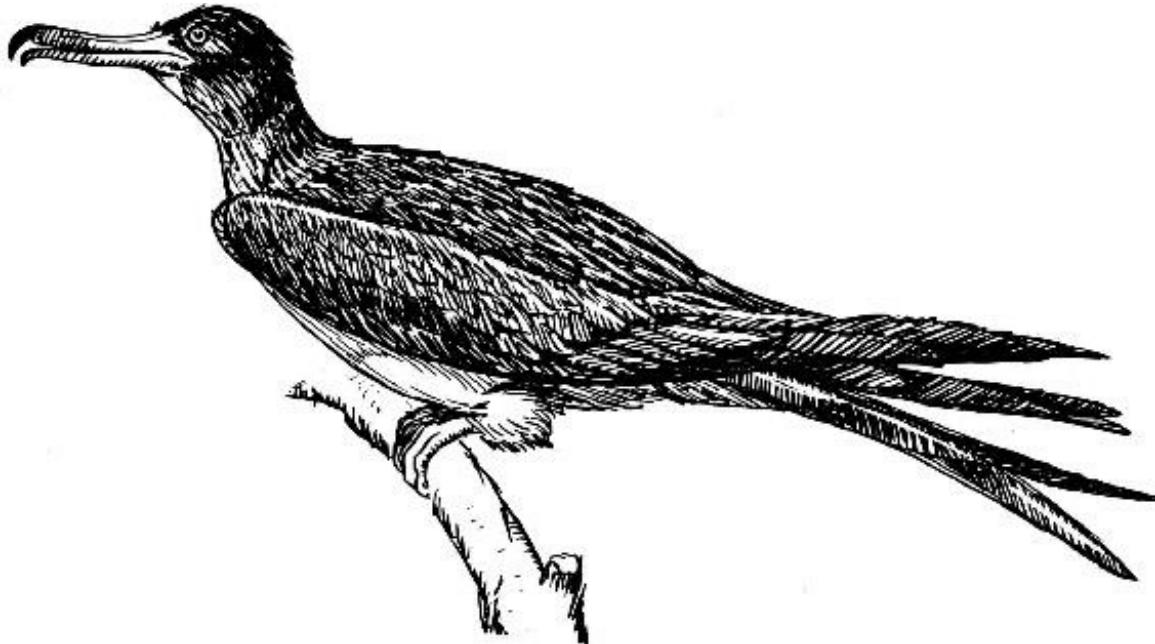
—Sí —dijo esmerándose por disimular—. No ha sido n...

Sin tiempo para concluir la frase, un estallido hizo vibrar el fuselaje del Airbus. Su cuerpo se vio proyectado hacia la pared del fondo y todo el habitáculo comenzó a rotar en torno a él como si de pronto estuviera atrapado

en una especie de cámara antigravitatoria. El sonido huracanado de varias lenguas de aire se mezcló con los gritos de los pasajeros, los pitidos del sistema de emergencias y el retumbar del temporal. Óliver trató de agarrarse a algo, pero acabó precipitándose contra el espejo. Caos. Chispazos. Aturdimiento. El avión volvió a temblar, si cabe de un modo más intenso, y, para cuando el piloto consiguió enderezar mínimamente el rumbo, un desgarró lo partió en dos, dispersando ambas secciones en trayectorias opuestas. Las paredes del cuarto de baño comenzaron a combarse succionadas por la tormenta. Por último, mientras los alaridos del resto de pasajeros se extraviaban en la noche, estas reventaron de golpe y dejaron pasar al interior una avalancha de lluvia, viento y gelidez seguida del más atronador de los silencios.

PRIMERA PARTE

Algo más que una tormenta





Despojos junto al mar

Al cese de la tempestad, la calma en la isla era absoluta.

El cuerpo de Óliver Eldricht llevaba como mínimo cinco horas inmóvil sobre la arena de la playa, cubierto de sargazo y agua, cuando sus párpados ajados por el salitre comenzaron a desperezarse frente al rumor de las olas.

La última vez que un pensamiento había pasado por su cabeza se encontraba en el interior del aseo del avión tratando inútilmente de dar con un punto de apoyo, por lo que, o bien había muerto tras el siniestro y aquello era un purgatorio, como en una mala serie de televisión, o bien la fatalidad le había echado el ojo y acababa de convertirlo en el protagonista involuntario de un milagro.

Sus sentidos estaban todavía algo ausentes, como si alguien los hubiera diseccionado a golpe de bisturí y sorbido igual que a moluscos frescos. Su boca, también entumecida e insegura, se abrió de golpe y a su través se escurrieron unos cuantos regueros de agua espumosa mezclada con bilis y restos de algas. El aire regresó en tromba a sus pulmones, obligándolo a respirar de manera febril mientras una tos incontenible pugnaba por desencharcarlos mediante broncoespasmos.

En su mente, todo intento de recordar cómo había llegado hasta allí moría amortiguado por el arrullo manso del viento contra la marea.

La buena noticia era que, al menos, había dejado de llover, aunque el sol de la mañana brillaba con tanta arrogancia en lo alto y había pasado tanto tiempo expuesto a él que aquellas partes de su cuerpo no protegidas por la tela empapada del traje se hallaban ya medio insoladas, con el consiguiente mareo.

Los dedos de ambas manos se le hundieron en la arena tras una contracción airada. Cuando cargó el peso del cuerpo sobre ellos con el propósito de ponerse en pie, le sorprendió descubrir que no disponía de equilibrio para ejecutar la maniobra. Lo máximo que pudo hacer fue rodar

hacia un lado, del mismo modo lento y pesadoso que lo haría un pulpo atrapado encima de una superficie plana, hasta quedarse bocarriba sobre la orilla.

El cielo estaba azul y bastante despejado. Las pocas nubes que se atrevían a fluir sobre su manto planeaban en torno a la ensenada con la molicie propia de quien observa el mundo desde la lejanía porque ya lo ha visto todo. En mitad de ellas, a modo de cicatriz grisácea, una columna de humo parcialmente difuminada se elevaba hacia el firmamento. Óliver siguió su rastro con la vista y descubrió que surgía del mar, a unos quinientos metros de su posición, pues allí, según dedujo por los restos calcinados todavía visibles en el agua, era donde se había estrellado la sección de mayor tamaño del avión.

—No puede ser... —balbució incrédulo frente al descubrimiento—. No puede estar pasando...

Un latigazo de dolor en su pierna derecha, acompañado por un frío mortal a la misma altura, contradujo sus palabras con regodeo. Óliver buscó erguirse una vez más, pero solo logró hacerlo a medias y con grandes dificultades. Lo suficiente, eso sí, para advertir que, en su pierna derecha, tapada en parte por el pantalón de su traje, había una herida de aproximadamente cinco centímetros de longitud por debajo de la corva de la que manaba un volumen nada desdeñable de sangre.

No parecía demasiado grave a primera vista. El abotargamiento de sus extremidades, con todo, indicaba que la hemorragia había estado jugándose por un buen rato. Si no quería arriesgarse a perder la consciencia de nuevo —una sensación glacial se extendía desde sus piernas al resto del cuerpo—, debía detenerla cuanto antes, así que se afanó en tantear la arena con una mano procurando encontrar algo sólido, mientras que, con la otra, comenzó a desanudarse la corbata empapada de agua de mar.

Una vez que hubo localizado un palo de cierto grosor y resistencia, se preparó para practicar un torniquete —muy rudimentario pero efectivo— en el área inmediatamente superior a la herida.

La intervención le llevó más de lo habitual debido a que la cabeza seguía dándole vueltas y el pulso había comenzado a temblarle. Su experiencia como cirujano, por suerte, le facilitó culminar la tarea con éxito en pocos minutos. Tras cortar el flujo de sangre, Óliver situó el palo en perpendicular a la pierna y se centró en inmovilizarlo con el cinturón e improvisar un entablillado. Ya solo quedaba recobrar el aliento y permitir que el calor provocado por el esfuerzo inundara su piel. A fin de facilitar el proceso, volvió a descender

sobre la arena con la mirada perdida en los despojos de la aeronave.

Liz tenía por costumbre decirle, cada vez que lo asaltaba el miedo a volar, que aquel tipo de accidentes únicamente le ocurrían a los demás, y, si bien Óliver era consciente de que solo se trataba de una broma para mitigar sus temores, no podía, después de haber sobrevivido a un siniestro tan aparatoso, dejar de percibir lo sucedido con una combinación de distanciamiento irónico y amargura.

Todo había pasado tan rápido que no le había dado tiempo ni a digerirlo. Más aún: no le había dado tiempo ni a reflexionar sobre si estaba actuando de manera muy adecuada al empeñarse en preservar su propia vida o si, por el contrario, le convenía más rendirse y aprovechar la oportunidad para cumplir de una vez por todas su deseo de quitarse de en medio. El rostro de Max relampagueó entonces en su cabeza, recordándole de alguna forma que solo existía una opción correcta.

Como reconquistar la horizontalidad seguía siendo una quimera, Óliver optó por arrastrarse lejos de las olas.

—¡Maldición! —gruñó extenuado—. ¿Por qué a mí?

A no mucha distancia de donde había despertado, exhaló un resoplido de fatiga y se quitó la americana y la camisa. El dolor que hasta ese instante había permanecido en letargo acaparó su percepción. Volvió a expectorar. Un poco más de agua se estrelló contra la arena. Alguien no tan familiarizado con el funcionamiento del cuerpo humano como él vería en eso un mal síntoma, pero Óliver sabía que, si sus pulmones se habían puesto a achicar líquido justo cuando sus sentidos habían acordado despuntar también, era porque comenzaba a recuperarse. Incluso la sensibilidad parecía haber regresado a su pierna herida, ya que había dejado de sentir frío para sentir, en su defecto, una caricia tibia.

Acuciado por la necesidad de reubicarse, elevó el cuello todo cuanto fue capaz y dirigió su atención hacia el interior de la isla. Entre los destellos del sol, pudo alcanzar a ver algo de matorral. Luego, dejó correr el aliento que había estado conteniendo desde su despertar, tragó saliva y cerró los ojos lentamente con el deseo de que todo aquel desastre solo fuera un mal sueño.

Cuando volvió a abrirlos un par de horas más tarde, esa esperanza infundada se vino abajo como un castillo de naipes: la isla seguía allí; la arena seguía allí; el mar seguía allí; el sol seguía allí. Excepto por los restos abrasados del Airbus, que ya se habían hundido por completo en el océano, la situación no había experimentado ningún cambio reseñable.

Óliver se incorporó —el vigor había al fin reabastecido sus músculos— y expulsó con un movimiento espasmódico del diafragma los últimos borbotones de agua que aún rebullían dentro de sus alveolos. Usando la mano derecha a modo de visera para protegerse del sol, estudió el entorno con interés.

Se encontraba solo y alejado de todo en una playa de arena blanca y fina como de postal, al pie de un mar color turquesa al que la brisa apenas lograba imprimir algo de relieve. El arenal colindaba con una zona alfombrada de maleza, de mayor altura, consistencia rocosa y origen volcánico, entre dos promontorios.

Varios cactus y burseras crecían en lugares estratégicos del terreno, pero, aparte de eso, la vida no había logrado arraigar con demasiado atrevimiento sobre su superficie.

A lo largo de toda la ensenada había formaciones rocosas retorcidas en posturas muy extrañas, casi grotescas, y farallones de gran envergadura esculpidos por la acción erosiva del viento y el agua. Algunos fragmentos del avión moteaban el conjunto con su babel de metal y objetos cotidianos irreconocibles. Muchos de ellos flotaban sobre el mar en calma rumbo a la orilla.

El panorama era casi tan dantesco como irónico. Óliver, abrumado, sintió ganas de reír y llorar a la vez. En cuanto su coqueteo con la primera alternativa hubo cesado, llevándolo a adoptar un rictus más agrio, renqueó hasta uno de los cactus próximos.

Su boca estaba seca como el papel de lija y la falta de líquidos lastraba su coordinación motora más que la propia herida de la pierna. Aquello ponía de manifiesto que, o se hidrataba pronto, o corría el riesgo de desfallecer otra vez. Su mejor opción era arrancar uno de los frutos rojizos de la planta y sorber todo su jugo a la mayor brevedad, de modo que eso hizo. La pieza escogida estaba bastante verde, pero no tuvo problemas para abrirla y engullir su pulpa con avidez. El sabor a mitad de camino entre el bambú y el azúcar de caña sació momentáneamente su sed, aunque no su hambre, de ahí que arrancara otro de los frutos y repitiera el proceso sin atender a que quizás debía racionar mejor sus recursos.

Gracias al efecto reconstituyente de la ingesta, pronto se notó con ánimo para explorar más a fondo la playa y echó a andar en pos del rastro de desechos dejado en la arena por el siniestro con una rama de bursera como muleta.

—¡Hola! —gritó junto a la orilla para llamar la atención de posibles

supervivientes—. ¿Alguien me oye?

El eco de su voz reverberó de farallón en farallón sobre el vaivén de la marea, sin obtener ninguna respuesta.

—Hola... —insistió pese a todo—. ¿Puede oírme alguien? —elevó la voz un par de tonos—. ¿Queda alguien vivo?

El resultado fue el mismo, con la salvedad de que su interrogante tardó algo más en extinguirse que la primera vez.

Las olas depositaron a sus pies, de improviso, un bulto negro contra el que estos tropezaron con ineptitud. Concentrado como estaba en mirar hacia delante en lugar de hacia el suelo, Óliver cayó de bruces sobre la arena.

—¡Demonios! —exclamó girándose hacia lo que fuera que lo había derribado—. ¿Ahora qué...?

Su horror se desmandó al comprender que no se trataba de un objeto traído por la corriente, sino de la mitad superior de un cuerpo femenino semicalcinado.

—¡Dios santo! —Óliver se fijó en que el torso lucía una chaquetilla de auxiliar de vuelo e identificó, bajo la piel chamuscada y medio devorada por los peces, a una de las azafatas que horas antes le había dado la bienvenida al avión—. ¡No!

Una arcada de especial agresividad amenazó con hacerle verter el contenido de su estómago allí mismo a medida que más cadáveres varaban por toda la orilla.

Milagrosamente, logró retener el vómito. La muchacha era una mujer de rasgos hindúes y no más de veinticinco años cuyos ojos deslucidos por la muerte se habían quedado abiertos en una expresión perturbadora a juego con la sonrisa requemada de sus labios. De la solapa de su chaqueta pendía un emblema identificativo con su nombre.

—Lo siento muchísimo, Denali Collins —leyó la inscripción en voz alta, cerrándole a continuación los párpados y volviendo su cabeza hacia la izquierda para evitar tener que mirarla—, pero creo que voy a necesitarlo más que tú. —Retiró el identificador con cuidado—. Descansa en paz.

Tras recorrer el arenal sin encontrar otra cosa más que nuevos cuerpos y trozos de fuselaje, regresó a la zona de vegetación hasta llegar a una de las burseras de mayor tamaño.

Si en sus clases de farmacología no lo habían engañado, y la memoria tampoco le fallaba, que nada podía garantizarlo, la savia gomosa de aquellos árboles tenía propiedades analgésicas y desinfectantes. No era mala idea

beneficiarse de ello para embadurnar la herida de su pierna y de ese modo prevenir que la cosa pudiera ir a mayores.

Óliver clavó el filo de una lasca en el tronco de la planta. De la abertura comenzó a manar una sustancia cremosa de apariencia entre blancuzca y amarillenta. Aquel mejunje le provocó un agradable picor al contacto con la carne recién abierta, síntoma, junto a la espuma generada en la lesión, de que el tratamiento funcionaba. El siguiente paso era más delicado, sobre todo considerando que había dejado sus gafas en la bandeja del avión, al lado del teléfono, y eso le hacía ver de cerca incluso peor de lo que ya solía hacerlo debido a sus trepidaciones visuales. Aun así, Óliver se mordió los labios, arrancó el imperdible del emblema robado a la azafata, hundió la aguja en el extremo inferior de la herida sin pensárselo demasiado y atravesó la carne con ella para unirla al lado contrario mediante una segunda perforación de cierre.

Después de descansar alrededor de un cuarto de hora, intervalo que empleó en preguntarse si la noticia del accidente habría trascendido —y, en tal caso, si alguien habría notificado a Bárbara su presencia en el vuelo—, recorrió la playa una segunda vez con dos objetivos en mente: trazar sobre la arena un mensaje de SOS visible desde el aire y habilitar, a partir de las piezas de fuselaje desperdigadas por la playa, un refugio donde pasar la noche. Ambas tareas le llevaron bastante tiempo por causa del cansancio, el calor, la resaca y el estado de debilidad generalizada de su cuerpo, pero logró terminarlas antes de que el sol comenzara a ponerse en lontananza.

Dado que su agenda estaba por una vez despejada de compromisos, lo más inteligente era, por un lado, cobijarse dentro del refugio, y por otro, aguardar allí a un posible rescate sin gastar más energías de las necesarias ni darle demasiadas vueltas a las cosas. Lo primero entrañaba muy poca dificultad, pues, para preservar fuerzas, no necesitaba hacer mucho; lo segundo, en cambio, con todo lo que había ocurrido en los últimos años, incluida su traumática llegada a aquella isla, suponía un reto mayúsculo. La fría corriente de aire oceánico, más rigurosa a cada palmo que la noche iba ganándole al crepúsculo, le suministró la coartada perfecta para encarar el desafío con su recordatorio de que más le valía encender un fuego.

A ello se entregó durante casi dos horas frotando palos entre sí sobre un montículo de yesca, pero no consiguió nada salvo lastimarse las manos. Más adelante, probó también entrechocando piedras por si obtenía alguna chispa con la que prender las ramas secas, con resultados igualmente estériles.

—«Jaulas de Faraday», ¿eh? —Deshizo el montículo de yesca con el pie

y arrojó los guijarros y los palos al exterior de un manotazo. La luz de la luna se filtraba en el interior del refugio con un halo fantasmagórico tamizado por el titileo de las estrellas—. Ya veo...

Óliver pensó en su hijo, en lo mucho que al pequeño le gustaba contemplar el firmamento desde la terraza de casa mientras él le iba explicando los nombres y las historias de las diferentes constelaciones, y, mecido por la calidez de todas aquellas remembranzas, comenzó a quedarse inesperadamente dormido sobre la arena.



Territorio inexplorado

Un revuelo de graznidos histéricos estalló en las proximidades del vivac momentos antes de que el sol comenzara a descollar sobre la isla. El alboroto pronto comenzó a incluir aleteos, golpes y quejidos de dolor. Su frecuencia y volumen crecían según la claridad progresaba tras el promontorio, eclipsando el runrún de las olas. Óliver Eldricht, quien en ese instante se encontraba profundamente dormido, abrió los ojos y salió del refugio entre tambaleos para ver qué estaba ocurriendo fuera.

La escena era de lo más desagradable: un montón de aves que no supo identificar muy bien —parecían gaviotas, aunque también podía tratarse de charranes— peleaban entre sí, alrededor de uno de los cadáveres varados, por hacerse con las mejores porciones de su carne. Dos de estas aves, de tamaño superior al resto, se disputaban malhumoradas el globo ocular que alguna de ellas acababa de arrancar del cuerpo del pasajero.

Óliver sintió de nuevo ganas de vomitar, solo que, en vez de dejarse doblegar por ellas, recicló el impulso que le proporcionaba el asco para hacerse con su muleta de bursera y la arrojó con desdén hacia las alimañas.

—¡Largo! —exclamó colérico—. ¡Largo de aquí!

Los pájaros huyeron en desbandada unos cuantos metros, pero rápidamente volvieron a tomar tierra en torno a otro de los cadáveres y reiniciaron la lucha por llevarse el mayor pedazo de carroña humana a la boca. Óliver acusó una repugnancia infinita ante lo macabro del espectáculo.

No mucho antes, tal vez habría preferido ser él quien estuviera tendido sin vida junto a la orilla. Ahora, por el contrario, tenía muy claro que no iba darles a esas criaturas el placer de pegarse un festín a su costa, igual que tenía cada vez más claro, al margen de lo crítico del contexto, que no podía permitirse el lujo de morir allí cuando al fin había comprendido que su decisión de poner tierra de por medio había estado bastante lejos de ser un

acierto. Bárbara merecía saber qué había sido de su hermano; Axel Stigler merecía saber qué había sido de uno de los profesores más prestigiosos de la facultad; el doctor Pizarnik merecía saber qué había sido de su compañero y paciente, y, por encima de todo, Max Eldricht merecía saber qué había sido de su padre tanto como este merecía, al menos, tener la posibilidad de pedirle perdón por haber escapado sin despedirse.

—Saldré de aquí. —Cojeó hasta el cadáver picoteado por las aves y comenzó a arrastrarlo con apuro hasta los pies de un farallón—. Todavía no sé cómo, pero saldré de aquí. Te lo prometo...

Óliver Eldricht sentía lo que decía. Durante los instantes previos al accidente, tras diseccionar su propio reflejo en los servicios del avión, se había dado cuenta de que, por muy justificado que pudiera estar su viaje o muy buenas intenciones que tuviera a la hora de despegar, aquel no era el camino. ¿Cómo había podido llegar a pensar lo contrario? ¿Cómo había logrado autoconvencerse de que realmente se trataba de lo más adecuado? ¿Cómo, en suma, había caído en la trampa de creer sus propias excusas, mentiras y subterfugios hasta el punto de no atender a más razón que el miedo?

Si Liz pudiera verlo a través de un agujerito, se avergonzaría de su conducta, y si, en lugar de ella, fuera Max quien pudiera leer lo que pasaba por su mente, dudaba mucho que quisiera volver a sentarse a su lado en la terraza para contemplar las estrellas juntos. A ambos les debía algo más que una disculpa. Les debía, como mínimo, el compromiso firme de no tirar la toalla.

Una buena manera de iniciar el trayecto hacia la redención consistía en recoger todos aquellos cadáveres, alejarlos lo máximo posible del refugio y sepultarlos bajo la arena para evitar que la descomposición creara un ambiente más incompatible con la vida del que ya reinaba en la playa, así que, una vez que hubo engullido otro de los frutos del cactus, comenzó a apilar más cuerpos junto al primero.

Pese a la magnitud de la tarea —había por lo menos una veintena de cadáveres por todo el arenal— y lo precario de su propio estado, terminó bastante pronto. Uno de los últimos cadáveres remolcados fue el del hombre que viajaba junto a él en *business*. Su traje de lino blanco se encontraba ahora tiznado de humo y desgarrado por todas partes, en tanto que su rostro, antaño muy seguro de sí mismo, se había quedado como congelado en una torsión granítica bajo un matojo de pelo sintético y chamuscado.

Óliver se odió por pensar que aquel tipo tan indiscreto había tenido parte

de culpa en lo que había pasado con su imprudente palabrería, pero se abstuvo de decir nada, ni siquiera en voz baja, por respeto a los muertos. Luego, ayudado por un pedazo de fuselaje a modo de pala, comenzó a cavar una fosa donde enterrar los cadáveres. El proceso le tomó más tiempo que la recolección de los cuerpos. Mientras arrojaba el del hombre al hoyo, encima del resto de fallecidos, vio caer del bolsillo derecho de su pantalón un teléfono móvil.

La robustez y aparatosidad del terminal, así como la funda ultrarresistente de vivos colores que lo mantenía a salvo de salpicaduras y arañazos, indicaban que era un dispositivo de fabricación militar. Si, a diferencia de lo ocurrido con los pocos móviles que había encontrado en la playa durante sus prospecciones, aquel teléfono aún seguía operativo, quizás podía servirle de ayuda.

—Vaya... Mal asunto... —dijo comprobando desilusionado que la pantalla se había quedado colgada con un icono de carga en la parte central, pero lo guardó de igual modo por si más adelante salía del bucle.

Se escucharon nuevos graznidos a sus espaldas. Las aves, avizorando que Óliver se había quedado inmóvil y distraído frente al *smartphone*, acababan de descender en bloque sobre la pila de cadáveres para continuar allí con su gresca.

—¡Atrás! —Les lanzó una piedra—. ¡Atrás de una maldita vez!

Los pájaros no se arredraron en esta ocasión. Al contrario, la mayoría comenzó a batir las alas y dar saltos en el aire en protesta por la agresión. Un pequeño grupo incluso se atrevió a acercarse hasta la tumba y enfrentarse a él con feroces gorjeos y amagos de picotazos. Óliver se vio obligado a ponerse también serio, empleando la pieza de fuselaje como arma para hacer prevalecer su autoridad, pero aquellos bichos no la acataron con todas las consecuencias hasta que uno de ellos recibió un fuerte golpe en el costado.

Ya con los cadáveres de los pasajeros bajo tierra, al atardecer, Óliver regresó al vivac y contempló desde la entrada la cruz de madera que había colocado sobre la fosa para marcar el lugar donde yacían los cuerpos. La sensación de frío era más pronunciada que el día precedente, por lo que enseguida comenzó a tiritar. No perdía nada por intentar encender un fuego de nuevo, excepto quizás un poco de tiempo, y, en vista de que nadie había tenido la deferencia de acudir en su auxilio durante toda la jornada, de tiempo estaba bastante servido.

El cirujano invirtió al menos una hora y media tratando de crear alguna

chispa, primero con palos y después con piedras, igual que en su primera intentona. Ninguno de los dos métodos surtió efecto. En cuanto al teléfono móvil, seguía atrapado en la misma espiral pensativa de antes a pesar de sus reiterados esfuerzos por devolverlo a la normalidad.

Todo alrededor de aquella isla parecía haberse confabulado, en apenas veinticuatro horas, para complicarle las cosas al máximo. Como capricho del destino, seguía siendo bastante irónico —cuando no directamente cruel—, pero también había en ello algo de prueba, de escrutinio esquinado acerca de la solidez de su voluntad, que lo incitaba a tratar de superarse. Por ese mismo motivo, porque no estaba dispuesto a suspender el examen, mantuvo la compostura y evitó entrar en pánico.

—Saldré de aquí —repitió las mismas palabras que ya había pronunciado en la playa—. Saldré de aquí y...

Un barullo venido del exterior, otra vez con las aves como protagonistas, impidió que pudiera llegar a completar el enunciado. Sus graznidos excedían en sonoridad y beligerancia a los que habían articulado esa misma mañana frente a él, y, además, el bullicio de sus aleteos resonaba por la ensenada de un modo mucho más encendido, como si estuvieran combatiendo con algún tipo de depredador. Óliver se puso en pie, salió del refugio y echó un vistazo hacia el lugar de donde procedía el ruido: una roca a unos doscientos metros de la costa a punto de diluirse en el crepúsculo. Había al menos una veintena de aquellos animales revoloteando a lo loco sobre la balsa de piedra, y, entre el jaleo, siempre y cuando la falta de luz no le hubiera hecho ver cosas que en realidad no estaban ahí, divisó asimismo una figura humana batallando contra ellos mediante bruscos manotazos. Quienquiera que fuera, se apercibió de su presencia y comenzó a realizar aspavientos para atraer su atención.

—¡Ayuda! —gritó sin dejar de sacudir el aire con los brazos—. ¡Aquí, por favor! ¡Ayuda!

Óliver se acercó un poco más al agua y advirtió que se trataba de una mujer. Por unos segundos, permaneció bloqueado frente al océano sin saber muy bien de qué manera debía actuar. Luego vio que más aves se unían al ataque y se quitó la camisa para lanzarse al agua en defensa de la mujer. El dolor en la pantorrilla aún no había remitido, pero no dejó que eso frenara su avance.

—¡Voy! —escupió un chorro de agua para exclamar—. ¡Voy ahora mismo!

Los graznidos en las cercanías de la roca se agudizaron hasta casi opacar la voz de la superviviente.

La pierna herida de Óliver se enganchó con algo y este constató con agobio que todas sus brazadas eran en balde, pues, por mucho que trataba de nadar, solo conseguía frustrarse y tragar agua. Rabioso y aterrado a partes iguales, giró sobre sí mismo hasta dar con el origen del problema: una pequeña formación coralina se había enredado en el cinturón en torno a su pierna. Zarandear la extremidad no servía más que para cortarse con el arrecife, así que tomó aire, hundió la cabeza en el agua y deshizo el entablillado.

—¡Aprisa! —escuchó por segunda vez a la mujer, quien sonaba incluso más angustiada por la contienda que al inicio—. ¡Me hacen daño!

Óliver aceleró el ritmo, sobreponiéndose al miedo y al dolor sin pensar demasiado en las consecuencias, y, al cabo de un par de minutos, alcanzó al fin la roca.

—¡Ya estoy! —anunció entre jadeos mientras se encaramaba a ella—. Aguan...

El problema era que allí arriba no había ninguna mujer. Y tampoco pájaros. El estupor que lo embargó debido a aquella doble ausencia paralizó todos sus músculos y hasta sus pensamientos.

—¿Dónde...? —inquirió desubicado—. ¿Dónde se ha...?

Un fogonazo rasgó el velo del ocaso y obligó a Óliver a cubrirse los ojos con las manos. Cuando las apartó y sus retinas comenzaron a ajustarse a la nueva tesitura, asistió atónito a la conversión del atardecer —y parte del mar— en una especie de ciclorama de color blanco degradado según las pautas de un efecto túnel. Sobre este lienzo comenzaron a formarse sin previo aviso hasta cinco contadores alfanuméricos color rojo sangre, suspendidos incomprensiblemente en el aire a la manera de futurísticos hologramas. Las cifras de estos contadores tenían una altura próxima al medio metro y avanzaban y retrocedían aleatoriamente, ajenos a cualquier tipo de lógica. La única explicación más o menos racional era que estuviera alucinando, sin embargo, todo aquel despliegue daba la impresión de ser tan real, tan corpóreo, que solo cuando trató de tocar uno de los números y el panel al completo se disolvió en una implosión sorda seguida de un segundo fogonazo, como tragado por el propio efecto túnel, descartó la posibilidad de que hubiera sucedido de veras.

Con un sosiego moroso, propio de una transición cinematográfica, el crepúsculo volvió a dibujarse sobre el horizonte.

—¡Aquí! —La mujer se agitaba ahora en el agua, no muy lejos de la roca.

Por las dificultades que tenía para mantenerse a flote, todo apuntaba a que no sabía nadar—. ¡Estoy aquí!

Óliver imaginó que se había zambullido en el mar para huir de las aves. Estas reaparecieron a cierta distancia, formando una nube que se debatía entre seguir con el marcaje o emprender la retirada, y chillaron con ahínco. El cirujano se encontraba más inquieto por lo que había sucedido segundos antes, de todos modos, que por lo que pudieran hacer las aves. Su demora en sumergirse en el agua para socorrer a la mujer se debía precisamente a eso.

—Ya está... —Avanzó hacia ella con la intención de sujetarla por las axilas y transportarla hasta la playa—. Ya no hay peligro...

La mujer fue relajándose de manera gradual hasta que ambos llegaron, tras un gran sacrificio por parte de Óliver, cuya herida había vuelto a abrirse por el movimiento, a tierra firme. El superviviente resopló cansado, depositó con delicadeza el cuerpo de la mujer sobre la arena y se percató de que no solo había degustado con anterioridad la fragancia dulce y afrutada de sus cabellos, sino que también reconocía los ojos verdes de textura terrosa que presidían su rostro.

—Gracias. Muchas gracias... —masculló ella al borde del desvanecimiento.

Los últimos rayos del sol los iluminaron a ambos mientras el océano se dejaba engalanar a sus espaldas por los destellos de ese mismo anochecer. Óliver, cohibido por el hecho de que la única persona que en principio había sobrevivido al accidente fuera también la única que lo había visto a punto de llorar en mucho tiempo, curvó ligeramente los labios.

—Tranquila —dijo con timidez, igual que ella en el avión—. No hay problema.



Necesidades comunicantes

Varios haces de claridad matutina penetraron en el vivac a través de la improvisada cortina de tela raída que hacía las veces de puerta y tiñeron el habitáculo de una turbia tonalidad rojiza.

La mujer —realmente, una chica— continuaba durmiendo pese a que ya llevaban allí metidos casi doce horas...

Cierto grado de somnolencia era normal en sus circunstancias, pues se encontraba bastante débil y tenía un golpe de tamaño notable en la parte posterior de la cabeza, pero Óliver no podía dejar de preocuparse.

Aquella lesión explicaba, tomando por buena la teoría de que hubiera varado inconsciente sobre la roca, que ni ella hubiera ofrecido señales de vida ni él se hubiera dado cuenta de su presencia mientras exploraba la playa. El médico, así y todo, tenía serias dudas, a juzgar por los pocos alimentos de la isla y la fragilidad casi enfermiza de la recién llegada, de que tener compañía supusiera necesariamente una buena noticia.

La irrupción de su nueva aliada significaba que tendría que cuidar de ella además de hacerlo de sí mismo, y, si ya lo segundo resultaba muy difícil en un lugar tan inhóspito, no quería ni pensar en lo duro que podría ser lo primero.

Esa tendencia suya a adelantarse a los acontecimientos, a anticipar siempre lo peor sin aguardar siquiera a disponer de más datos, había desquiciado en muchas ocasiones a Liz. El recuerdo de algunas de las desavenencias mantenidas con ella por ese motivo —en muchas de las cuales, aunque le fastidiara asumirlo, sus argumentos habían demostrado tener más peso que los que él esgrimía— le hizo cuestionarse la pertinencia de seguir empantanado en aquellas ideas tan negativas.

A lo mejor, solo a lo mejor, la chica acababa siendo más útil de lo que creía. Era posible, incluso, que, si ocultaba algún as debajo de la manga, acabara revelándose como un factor decisivo de cara a la supervivencia. O

que, en lugar de convertirse en una rémora, su compañía pudiera llegar a servirle de apoyo mientras esperaban a que alguien los sacara de allí. Quizás —¿por qué no?— hasta terminara por agraderle su conversación y pudiera convertirse en un acicate para no venirse abajo antes de tiempo. Esos eran al menos los pensamientos que a su mujer le gustaría que tuviera. Fuera de ellos, la realidad se obcecaba en contradecir tanto optimismo, y que hubiera tenido que tratarle la herida durante la noche, velar su sueño hasta el alba y luego salir del refugio, a hurtadillas para no despertarla, en busca de algún alimento que facilitara su recuperación lo demostraba de un modo muy crudo.

Nada de lo anterior le habría importado de encontrarse él mismo en plenas facultades. Lamentablemente, ocurría que ni su cuerpo, mermado aún por las secuelas del siniestro y la mala alimentación, ni su mente, de acuerdo con las visiones que había tenido —quería pensar que debido al estrés—, también bastante tocada, gozaban de su mejor estado de forma, con lo que verse obligado de buena mañana a acometer todas aquellas tareas no era algo que le resultara ni muy sencillo ni muy grato. En especial, con el sol picando con inclemencia en lo alto y la engorrosa sombra de aquellos pájaros conspirando para volver a la carga en cualquier instante.

Tras una incursión sigilosa de cerca de una hora por lugares que todavía no había explorado, logró recolectar algunos frutos de cactus más y descubrir también, en el promontorio de mayor altura, un nido con varios huevos dentro que no tuvo problemas en saquear debido a que los pájaros se encontraban distraídos en la playa.

A su regreso, la superviviente ya estaba en pie.

—El desayuno... —le dijo perforando uno de esos huevos con una ramita para abrir un agujero en su superficie. Ella dio un respingo y se giró presa del desconcierto—. Lo sé, no es demasiado apetitoso —se lo pasó con un gesto arrugado—, pero necesitarás proteínas. —Le dio también uno de los higos—. E hidratarte un poco...

La chica se mantuvo quieta y callada frente a él, como un extraterrestre que hubiera desembarcado en un mundo desconocido cuyas características le costara asimilar por ser demasiado diferentes a las de su planeta natal, hasta que se decidió a libar el contenido del huevo.

—¿Somos...? —dijo al tiempo que se limpiaba la comisura de los labios con el dorso de la mano—, ¿somos los únicos?

Óliver rompió uno de los frutos y sumergió la cara en su carne para no desperdiciar ni una sola gota de líquido.

—Me temó que sí —contestó echando una ojeada apática alrededor—. Los únicos.

La chica dio otro sorbo al huevo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —rezongó confusa.

—Dos días.

—¿Dos días?

—Algo más, en realidad.

—¿Y no...? —dijo mientras trataba de abrir el higo con los dedos—, ¿no deberían habernos visto ya?

Óliver cogió el fruto, lo despanzurró él mismo y se lo devolvió.

—Intenta comértelo todo.

La mujer obedeció con turbación. Luego se limpió la boca otra vez, ruborizada, y fingió olvidar que su pregunta no había cosechado ninguna respuesta. El náufrago, quien sabía que el mejor modo de evitar que volviera a formular más interrogantes era no dejarle espacio para ello, le tomó la delantera.

—¿Viajabas sola?

Ella se entretuvo en contestar, no supo si por aturdimiento, por desmemoria o por algo más. La expresión nerviosa de su rostro hacía de aquella lentitud de reflejos algo tan inopinado como raro.

—No lo recuerdo. No recuerdo nada hasta lo de esa roca...

Un pájaro graznó ante la visión de los frutos abiertos y la chica dio otro respingo. Óliver arrojó la piel del higo todo lo lejos que pudo para que el ave se lanzara en picado sobre ella y dejara de molestar.

—Es normal que no lo recuerdes todo después de un *shock* tan fuerte —trató de calmar a su compañera—. Más aún si añadimos a la ecuación un traumatismo craneoencefálico. —Señaló los restos de fuselaje todavía presentes en la playa—. Has tenido suerte de seguir viva.

La aludida se llevó la mano a la parte posterior de la cabeza como si tampoco recordara habérsela golpeado y dibujó una línea de dolor con las cejas al tocarse con la yema de los dedos la zona afectada. Óliver le pasó un recipiente de plástico, fabricado a partir de una botella de agua mineral requemada, en el que la noche anterior había guardado parte del jugo de la bursera.

—Aplicatelo cada cinco o seis horas. Te sentará bien.

La chica observó la savia con extrañeza, arrimó la nariz al envase para olisquearla y asintió en anuencia.

—Gracias —dijo colocando el producto junto a la entrada del refugio—. ¿Es usted...? —vaciló una vez más—, ¿es usted médico?

Sin llegar a ofrecerle una contestación expresa, el náufrago sonrió amargamente.

—Y pon también esas ropas a secar a no ser que quieras agarrar una pulmonía —le sugirió—. Mi nombre es Óliver, Óliver Eldricht. —Le tendió amistosamente la mano—. Puedes tratarme de tú.

La superviviente tardó de nuevo en reaccionar. Su palma se elevó al cabo de unos segundos, temblorosa, cuando ya Óliver iba a retirar la suya. Por el retraimiento enmudecido de sus formas, presupuso que tampoco recordaba su nombre y prefirió no presionarla.

—¿Qué tal si te llamo, no sé, Coral? —aventuró mirando hacia la roca de atrás—. Había bastante ahí, así que tiene sentido. Al menos mientras no..., bueno, ya sabes.

La chica prolongó su silencio en una pose hierática que tanto podía dar a entender vergüenza como sobrecogimiento hasta que sus labios trazaron una sonrisa por encima del distintivo hoyuelo de su barbilla.

—Es un nombre bonito. —Le estrechó por fin la mano—. Supongo que puedes llamarme así.

No mucho después de las presentaciones, mientras cavaba un agujero al pie del promontorio, Óliver respondió mentalmente a la pregunta que la chica le había formulado durante el desayuno y sintió que la dificultad de encontrar una explicación a que, pasadas más de cuarenta y ocho horas, ninguna patrulla de rescate hubiera aparecido por la isla disparaba todas las alarmas en su interior. ¿O quizás sí que había pasado algún barco pero no había visto el mensaje de SOS? ¿Era posible, en tal caso, que lo hubiera hecho cuando él dormía y no se hubiera enterado de nada? Las dudas se multiplicaban con cada minuto perdido en aquel lugar en relación proporcional a sus ansiedades, y ni las primeras ni las segundas dejaban ya margen de maniobra para seguir confiando en un milagro.

El cumplimiento de la promesa hecha a Max iba a depender de su capacidad para ponerse en el peor de los escenarios posibles: uno en el que nadie iba a encontrarlo o a prestarle auxilio salvo que él mismo tomara la iniciativa y se cerciorara personalmente de que lo vieran. Ese desafío llevaba trazas de requerir más tiempo del que a él le gustaría, así que, mientras no se produjera ningún evento capaz de cambiar radicalmente el tablero, la prioridad pasaba a ser cuidarse de sobrevivir hasta entonces.

En aquella pirámide de necesidades comunicantes, el agua ocupaba la base. Sin ella, no durarían demasiado, se presentarían o no los equipos de emergencias. Era fundamental, por tanto, acumular líquidos de algún modo antes de que la deshidratación hiciera más mella en sus cuerpos.

Óliver creía recordar, gracias a algunas de las lecturas de su infancia, los principios básicos para la fabricación de condensadores solares de agua, claro que la única forma de comprobar si sus recuerdos reunían la precisión suficiente, o si aquellas lecturas en verdad tenían una base científica, era a través de la experiencia directa. Así, dejó en el fondo de un agujero un cuenco creado con uno de los faros del avión, lo cubrió con el forro de un chaleco salvavidas e inmovilizó el tejido con piedras para evitar que entrara el aire

—Si todo va bien, mañana deberíamos tener algo. Mientras tanto, debemos racionar los frutos que aun nos quedan —dijo apuntando con el dedo a los cactus más cercanos, y luego realizó una pausa meditabunda—. El fuego ya es otra cuestión —admitió con desaliento—, no se me ocurre cómo podríamos conseguirlo, pero nos vendría bastante bien...

La chica aguardó pensativa a que Óliver concluyera. Aunque su comportamiento había ganado cierta soltura desde el desayuno, seguía llevándole más tiempo del normal corresponder a según qué cosas.

—¿Has probado con palos? —preguntó no muy convencida de sus propias palabras.

Óliver le mostró la cara interna de ambas manos, cuyas palmas se le habían despellejado y llenado de ampollas por el esfuerzo de las noches anteriores.

—Y también con piedras. Es imposible.

Coral volvió a quedarse sumida en sus propias ideas. El cirujano reparó en que la piel de su cuerpo moreno, cubierto por la camisa que él mismo le había proporcionado mientras aguardaba a que su ropa se secara, refulgía como un metal bruñido al sol.

—Quizás deberíamos explorar mejor la isla —propuso ella al rato—. Podríamos encontrar algo de utilidad.

—Lo he hecho varias veces. No hay mucho más que lo que ya has visto...

La chica se asomó al filo del promontorio para otear las rocas de su base, contra las que el mar se derramaba acompasado con la desidia taciturna de la mañana.

—¿Estás seguro?

Su compañero se puso en pie, caminó hasta ella y siguió la dirección

señalada por su dedo hasta descubrir, atrapada entre las piedras y la espuma de las olas, una voluminosa maleta de color rojo.

Anocheceía ya sobre la isla cuando entre ambos lograron recuperar la valija y transportarla hasta el refugio. Su cierre era de combinación, por lo que, para poder abrirla, Óliver tuvo que destrozar el mecanismo a golpes con una roca. Coral separó las dos secciones del bulto y examinó su contenido a conciencia. Había abundantes prendas de verano, tres chocolatinas suizas, dos neceseres a rebosar de objetos para el aseo personal, un mapa del océano Pacífico, un ejemplar arrugado y humedecido de la novela *Ubik*, de Philip K. Dick, una bolsa de *duty-free* con varias botellas de *whisky* y un cartón de tabaco dentro y hasta un completo kit de primeros auxilios para urgencias sanitarias.

—Creo que hemos tenido suerte. —Coral pulsó la pestaña de apertura del botiquín. En el interior, entre otras muchas cosas, halló un frasco de desinfectante, dos rollos de gasas, tijeras quirúrgicas, esparadrapo, aguja e hilo.

—¿Qué tal se te da la costura? —Óliver cogió la bovina de hilo y la aguja —. He perdido las gafas y no veo muy bien de cerca...

Por su parte, Coral tomó una de las chocolatinas y partió dos trozos: uno para el cirujano y otro para ella. Se encontraba algo reblandecida por el calor, pero les supo deliciosa.

—¿Tengo alguna alternativa?

—Me temo que no —Óliver mostró una vez más sus manos en carne viva y le hizo entrega del material necesario para la intervención—, aunque, si te sirve de algo, soy mejor paciente que la mayoría de los médicos.

Ella se resignó. Con un paño humedecido en povidona yodada, limpió la herida en profundidad, siguiendo las indicaciones de Óliver, hasta que este le dio su aprobación para seguir adelante. Entonces pasó a enhebrar la aguja.

—¿Estás seguro de que quieres que lo haga? —preguntó mojándola en desinfectante.

El cirujano dio su consentimiento. La visión de las dos tentadoras botellas de *whisky* hizo, sin embargo, que, antes de permitirle pasar a la siguiente fase, cogiera una y retirara el tapón de un mordisco para asestarle un trago. El sabor ahumado y seco de la malta chispeó sobre su lengua con la alegría juguetona de un buen recuerdo. Animado por ello, pensó en darle otro trago.

—El alcohol deshidrata —avisó la chica—. Imagino que ya lo sabrás...

No fue su advertencia, sino el tono vagamente retador con el que

pronunció la frase —muy similar al que su mujer solía utilizar cada vez que lo veía a punto de cometer algún desliz— el que lo llevó a pensárselo dos veces y descartar seguir bebiendo. Al fin y al cabo, no había pasado los dos últimos años tratando de salir de aquel pozo para ahora lanzarse de cabeza a él, igual que había hecho la víspera del accidente, cuando más concentrado debía estar en sus objetivos.

—Bien visto —dijo algo avergonzado—. Lo reservaré para otra ocasión.

La chica cabeceó con complacencia y dio la primera puntada. Su pulso adolecía de precisión y tampoco hacía gala de una excesiva firmeza. Pese a ello, no lo hizo tan mal: la aguja perforó la carne limpiamente, salió por el otro extremo manchada de sangre y arrastró consigo, en un movimiento muy suave, casi cariñoso, el hilo de sutura al que estaba unida.

—¿Duele? —preguntó empujada por el temor a no haber estado a la altura.

Óliver le brindó una sonrisa cordial para dárselas de hombre fuerte y aguerrido y para que no se entreviera demasiado cuánto le escocía.

—Puedo resistirlo —dijo—. Por favor, no pares.

Coral dio una segunda puntada, algo más brusca que la precedente.

—¿Crees que nos encontrarán?

El náufrago tuvo que morderse los labios y fruncir el gesto para contener las ganas de gimotear. La proximidad del torso perfumado de la chica lo incomodó un poco. Hacía tanto tiempo que ninguna mujer se acercaba tanto a él que la piel se le erizó por una mezcla de miedo, falta de costumbre y excitación.

—He creído muchas cosas en mi vida —dijo en tono seco, tratando de defenderse de aquella sensación—, y ninguna ha importado lo más mínimo. Las cosas, simplemente, pasan —pensó en Liz y en los trágicos sucesos que habían acabado con su vida—, con independencia de lo que nosotros creamos o queramos.

—¿Es un no?

—Un por si acaso.

La tercera puntada fue todavía más torpe y dolorosa. Óliver quiso creer que únicamente porque se había puesto tensa por la rudeza y el derrotismo de su anterior intervención.

—¿Recuerdas que nos vimos en el avión? —cambió el cirujano de tema.

—El avión no es algo que tenga muy fresco...

—Pues lo hicimos. En el pasillo, junto a los servicios, antes de que..., en

fin, de esto. Y, si te digo la verdad, me resultaste muy familiar. —Escrutó su rostro sin alcanzar a ubicarlo en ningún lugar—. ¿A ti también te pasa?

La chica dejó de suturar y exploró su cara durante al menos medio minuto, como tratando de hacer memoria. Óliver dio en vislumbrar, por el modo en el que sus ojos se distendieron en un tic próximo a la sorpresa, una especie de reconocimiento mutuo en ellos. Coral, por el contrario, salió de su abstracción con indiferencia, negó con la cabeza y prosiguió cosiendo la herida en silencio. El paciente notó que el pulso le temblaba más que al inicio, y moduló la voz hasta dar con un acento sereno y agradecido para apaciguarla.

—Respira —dijo—. Lo estás haciendo bien.

Ella sonrió con su recato habitual, dio las dos últimas puntadas y se preparó para anudar el hilo y poner fin al procedimiento. La pericia de la maniobra dejó de nuevo bastante que desear. Óliver disimuló con diplomacia, como si la cosa no fuera con él, y se concentró en evitar que el dolor le alterara el rictus.

—¿Así? —Coral estiró el hilo con una mano mientras sujetaba las tijeras con la otra.

—Una enfermera no lo habría hecho mejor —bromeó el herido dejando escapar una risilla nostálgica—. Sé de lo que hablo, créeme.

La chica miró hacia el suelo, azorada y halagada a un tiempo, y guardó el material de costura en el interior del botiquín.

—Coral... —Óliver desconocía el motivo por el que había pronunciado su nombre, pero ya era demasiado tarde para retractarse.

—¿Sí?

Los ojos levemente saltones de la superviviente, en cuyos iris del color de la arena mojada se reflejaban las últimas luces de la tarde, lo observaron con desorientación y un poso de sofoco.

—Gracias —fue todo lo que a Óliver, en otro fortuito remedo de lo que ella misma le había dicho en el avión, se le ocurrió añadir—. Muchas gracias.

La noche cubrió la isla, apenas salpicada por el fulgor intermitente de las estrellas visibles en sus estratos, a una velocidad muy rápida.

Aquel tránsito tan veloz entre la luz y la oscuridad trajo consigo, igual que los días anteriores, un drástico descenso de las temperaturas. El frío y la negrura invitaban a que la brisa marina soplara con un mayor grado de desapacibilidad sobre la playa.

Los dos supervivientes se encontraban tumbados a muy escasa distancia el uno del otro dentro del refugio. Coral llevaba ya más de media hora dormida,

mientras que Óliver, a pesar de estar exhausto, no lograba conciliar el sueño ni bregando por dejar la mente en blanco.

Lo que le había pasado a aquel avión era exactamente lo mismo que le había pasado a su vida: ambos se habían ido a pique justo cuando todo parecía ir bien. La única diferencia era que el Airbus se había desviado del camino por una tormenta y él lo había hecho por un aldabonazo de noticias infaustas, pero, igual que las paredes de la aeronave habían cedido para sumergir al pasaje en el caos, todas sus certezas habían estallado por las costuras hasta hacer zozobrar su conciencia en una tempestad de vértigo, confusión y aleatoriedad.

El desastre se le antojaba tan irreal, tan inverosímil, que hasta costaba tomárselo en serio o reconocerse a sí mismo en los recuerdos que aún conservaba de su propia trayectoria —más o menos lo que le había ocurrido frente al espejo de los servicios del avión, solo que a una escala mucho mayor—. Sí, Óliver Eldricht había sido hasta entonces un doctor de prestigio internacional, un reputado docente en una de las facultades de medicina más importantes del mundo y un hombre de familia tocado durante muchos años por la varita de la felicidad. Todo aquello se había ido desmoronando, siguiendo ese mismo orden, conforme el veneno inoculado por la desdicha se había apoderado de los diferentes aspectos de su existencia, y, de súbito, a solo un par de años de esa plenitud, el mundo había pasado sin solución de continuidad a parecerse más a una de las historias escritas por Liz que a la confortable rutina a la que se había acostumbrado.

Hasta la fina ironía propia de las novelas de su esposa se apreciaba de alguna forma en la premisa narrativa tan cómica de aquel naufragio, pues marido y mujer habían discutido tanto a cuenta de la obsesión de esta porque el otro rehiciera su vida cuando ella no estuviera, antes del fatal desenlace, que encontrarse de pronto junto a una mujer diferente —una mujer, por si con eso no bastara, muy joven, educada y de un atractivo físico incuestionable—, habiéndose negado siempre a aceptar esa eventualidad bajo la promesa de que nada ni nadie lograría interponerse entre ambos, era algo que, de tan cruel y retorcido, movía a la hilaridad.

Quizás la cercanía de su cuerpo dormido estaba detrás de aquel desvelo. O quizás, no podía descartarlo, el temor a que aquel desvelo pudiera algún día llegar a convertirse en algo distinto, algo también compartido y no necesariamente restringido al ámbito de la sugestión, era lo que lo mantenía despierto.

La chica dio un giro sobre la plancha de metal envuelta en plásticos y telas que usaba de colchón y comenzó a tiritar. La capa de sudor que humedecía su frente, así como el rapto de sufrimiento recreado por su rostro y el acelerado ritmo de su respiración, insinuaban que su sueño no estaba siendo muy reparador. Antes bien, tenía todo el aspecto de que padecía pesadillas. Óliver, conocedor de lo duras que podían ser ese tipo de noches, retiró la manta de Trans-Pacific Wings con la que él mismo había tratado de taparse y la colocó encima de Coral cuidando de no despertarla.

La cortina se agitó de repente, azotada por una ráfaga de viento. A través del hueco de acceso al vivac, el cirujano pudo distinguir el perfil de la cruz de madera sobre la fosa, iluminado por el resplandor pálido de la luna.

—Saldré de aquí —murmuró—. Cueste lo que cueste, saldré de aquí...

Como si aquel juramento ya recurrente hubiera infundido fuerzas a Coral de algún modo, la chica dejó de temblar al instante. Óliver miró hacia ella con satisfacción, se hizo un ovillo a su lado para no perder demasiado calor y cerró los ojos confiando en echar él también una cabezada.

Un pitido de naturaleza electrónica desbarató sus planes cinco minutos más tarde. El médico despegó los párpados de nuevo, en alerta, y vio que el teléfono móvil sustraído al hombre del traje blanco acababa de activarse como por arte de magia en el rincón del refugio donde lo había dejado.

La noticia era inesperadamente alentadora, así que se incorporó sin hacer demasiado ruido y reptó sobre el suelo para hacerse con él. Su pantalla ya no mostraba el icono de carga en el que se había enredado durante todo ese tiempo, sino un sobrio menú de navegación con tres rayas de batería todavía operativas de un total de cinco. Por suerte, el propietario del terminal no había tenido la precaución de bloquearlo, aunque nada de aquello servía de mucho ante la ausencia de cobertura telefónica.

Óliver no quiso darse por vencido ni siquiera así. En su afán por encontrar algún otro hilo de esperanza del que tirar, deseaba creer que tal vez fuera del refugio, sin placas de metal de por medio, podía llegar a materializarse alguna barra de cobertura en el panel de control del aparato.

Esa fe en lo improbable lo llevó a salir del campamento a toda prisa y pasearse por la isla durante al menos tres horas en busca de un resquicio de conexión. El rastreo fue improductivo, ya que ni en la playa de ese lado de la isla, ni en la de la cara opuesta, ni en la zona de mayor vegetación, ni tampoco en lo alto de ninguno de los dos promontorios, logró que el dispositivo detectara ninguna señal. Mucho peor aún, lo único que consiguió con su odisea

nocturna fue que el medidor de carga de la batería perdiera una de sus franjas.

Además de un fuerte varapalo a su moral, aquel contratiempo suponía la confirmación de una teoría en absoluto halagüeña: el avión había ido a parar mucho más lejos de la costa de lo que en inicio había calculado, y eso, si atendía a que la isla solo era una mota de polvo perdida en la inmensidad del océano, comprometía bastante la perspectiva de que llegara a producirse un rescate.

Óliver Eldricht introdujo el teléfono en el bolsillo de su pantalón y enfiló cabizbajo el camino de vuelta al refugio.

El mar, para entonces, reflejaba con insolencia, sobre sus ondulaciones masajeadas por la brisa, el contorno impreciso de la luna.



Esqueletos en el armario

Las dos piedras batían una contra la otra a un ritmo constante e implacable, como deseosas de prender entre ambas la chispa que pusiera en marcha la mañana.

Muy cerca de donde Óliver las sujetaba, Coral hacía girar sobre un pedazo de corteza de bursera la rama que ella misma había seleccionado para probar suerte mientras los sonidos levantados por la fricción, en perfecta sincronía con los impactos de la roca y los jadeos de los supervivientes, se entremezclaban con el rumor asordinado del océano.

Ni la infructuosidad de todas estas tentativas por encender de una vez por todas un fuego ni el agotamiento acumulado lograron que el cirujano y la chica desistieran, de tal forma que, en lugar de perder los nervios ante la falta de resultados, como habría sido lo más lógico, seguían intentándolo con la misma tenacidad y abnegación —a ratos, incluso orgullo— que al inicio.

—¡Mierda! —exclamó Óliver tras golpearse el dedo meñique por accidente.

Coral soltó los palos alarmada y se acercó hasta el náufrago para evaluar por sí misma la gravedad de los daños. No se trataba más que de una magulladura a la altura de la tercera falange, pero el dolor que le había causado era tan agudo que impedía que pudiera obviarlo así como así.

La chica caminó hasta la entrada del refugio, abrió la maleta que habían encontrado el día anterior y cogió el botiquín. El pudor hizo que Óliver reprimiera sus ganas de seguir quejándose y hasta las lágrimas que se le habían asomado por la comisura de los ojos.

—No es necesario —dijo—. Estoy bien.

—¿Seguro?

—Debemos economizar recursos.

La chica sujetó igualmente el bote con la povidona y empapó un pedazo

de algodón. Óliver se dejó hacer por no contrariarla. Ella frotó con pulcritud la fibra mojada sobre la magulladura. Las miradas de ambos se encontraron en mitad del silencio y Coral abocetó una sonrisa apocada.

—¿Recuerdas algo? —preguntó el médico, aprovechando para desviar la atención de aquel lance tan efímero y en teoría irrelevante pero, justo por ello, tan significativo.

La superviviente agitó la cabeza en señal de negación.

—¿Ni tu nombre?

Coral volvió a sacudirla. Lo hizo de un modo más lento y reservado esta vez, como aplomada por el bochorno. Óliver lo sondeó suspicaz.

—Es extraño —dijo—. A estas alturas, ya deberías haber empezado a recordar.

Ella calló, le sopló el dedo con suavidad para facilitar el secado de la povidona y luego guardó el frasco en el botiquín y este, a su vez, dentro de la maleta.

—¿Estás bien? —Óliver vio que se había quedado paralizada frente a la valija como si, o bien estuviera pensando algo, o bien hubiera descubierto algún objeto de interés en su interior. Tal vez las dos cosas.

—¿Coral?

La chica cogió un zapato, metió la mano dentro y extrajo una funda de plástico rígido que alguien había escondido allí para ahorrar espacio. Contenía una pequeña gamuza azul y unas lentes de alta graduación. Coral ojeó los cristales, se volvió hacia la yesca y utilizó el del lado derecho para tratar de proyectar sobre ella, a modo de lupa, un punto de concentración de luz. Cuando una débil serpentina de humo comenzó a emerger de entre el combustible y luego también lo hizo una llama, Óliver comprendió lo que su compañera estaba intentando hacer y se dio cuenta de que había errado de lleno al dar por descontado que carecía de recursos.

—¿Qué te parece? —dijo la chica añadiendo unas cuantas ramas al fuego cuando se hubo consolidado—. Únicamente tenemos que preocuparnos de mantenerlo vivo.

El cirujano admiró con incredulidad su semblante.

—Vaya. Es..., es asombroso.

—Simple física —restó ella importancia al logro—. Y un poco de suerte, supongo.

Óliver arrojó también algo de material inflamable a las llamas. Estas cobraron fuerza y el humo se volvió más negruzco. Una delgada columna

ascendía ya con decisión hacia el cielo, contrastando con la claridad azulada de la bóveda terrestre.

—Ahora solo falta que alguien lo vea —dictaminó el náufrago con los ojos perdidos en la línea del horizonte—, aunque, hasta donde yo sé, todavía no ha pasado ni un solo avión —concluyó transido—. Ni barcos.

Coral no toleró que su pesimismo la contagiara y trató de delinear una sonrisa confiada.

—Tal vez estén de camino.

—Ojalá sea así, pero empiezo a tener mis dudas —confesó su compañero—. Esta isla no parece lo que se dice muy próxima a nada. Puede que no esté en los mapas..., o que nadie tenga constancia de que el avión ha caído, es posible que oficialmente solo seamos desaparecidos. Todo esto es muy desconcertante, la verdad.

La chica inclinó la cabeza unos cuantos centímetros, como claudicando ante sus argumentos.

—¿Y tú? —inquirió Coral transcurrido un receso plomizo. En sus pupilas tremolaba una combinación muy inusual de timidez y curiosidad.

—¿Yo?

—Sí. ¿Viajabas solo?

Las facciones de Óliver se ensombrecieron. Aquel tema era demasiado delicado como para tratarlo con una desconocida.

—Así es —contestó lacónicamente.

—¿Negocios o placer?

—Ni una cosa ni la otra —añadió con un incómodo repunte de aspereza.

Coral captó al vuelo la indirecta y trató de enmendar su temeridad.

—A veces soy demasiado curiosa. Lo siento mucho.

—Descuida.

—No pretendía...

—Solo buscaba tiempo —la interrumpió Óliver, arrepentido por el desabrimiento de su trato—. Tiempo para mí mismo.

—De verdad, no es necesario.

—Tiempo para tomar distancia —prosiguió—. Para olvidar, por así decirlo.

El silencio se hizo de nuevo con la charla. Ninguno de los dos osó decir nada más por alrededor de un minuto, que ambos emplearon en lanzar más combustible a la hoguera.

—¿Y lo has conseguido? —se arriesgó Coral a preguntar a su término—.

¿Has conseguido olvidar?

Óliver revolvió el fuego con un palo para que se extendiera con mayor facilidad sobre la yesca. Luego elevó los ojos manchados de llamas y replegó el entrecejo mientras observaba escamado a Coral.

—¿Has conseguido tú recordar?

La interpelada sacudió la arena que la humedad le había adherido a la ropa, consciente de que el tema ya no daba más de sí, y se alejó del fuego.

—Iré a buscar algo de comida —anunció elusiva—. Vigila que no se apague.

—Claro. Yo me encargo.

Aquella chica era una persona amable, dulce y hasta simpática, nadie podía negarlo, pero su tendencia a hurgar en los motivos que lo habían llevado hasta allí le resultaba algo molesto y, en cierta medida, también perturbador. ¿Realmente no se acordaba de haberlo visto casi llorando en el pasillo del avión o solo fingía no recordarlo? Y, en el caso de que la segunda alternativa fuera la correcta, ¿por qué motivo?

Mientras meditaba sobre ello, Óliver se aseguró de que la hoguera había alcanzado la suficiente viveza para no tener que seguir vigilándola y caminó hasta la orilla de la playa. El agua estaba tibia y muy clara. Los corales erosionados que formaban el lecho marino se veían con total nitidez sin necesidad de acercarse demasiado. Si permanecía quieto el tiempo necesario y trataba de no hacer ruido, multitud de peces llegados de todas direcciones se arremolinaban en torno a sus piernas. Algunos de ellos, para picotear los restos resecaos de su herida. Pensó que tal vez podía llegar a atrapar un ejemplar con las manos. Los animales, sin embargo, probaron ser más escurridizos de lo que creía y lo máximo que consiguió fue rozar a uno con la punta de los dedos e impulsarlo hacia la superficie, donde describió un giro muy ágil antes de desaparecer junto a todos los demás. Un par de pájaros que merodeaban por la playa graznaron desde la orilla como burlándose de él. Óliver, malhumorado, cogió un par de corales muertos y los espantó lanzándolos en su dirección. Cuando se marcharon, volvió a quedarse inmóvil para tratar de atraer a los peces por segunda vez.

Coral reapareció más tarde con algunos frutos en el regazo. Desde la lejanía, supervisó los patosos intentos del cirujano por hacerse con algún pez, cogió un palo de bursera con una mano, el botiquín de primeros auxilios con la otra y avanzó también hasta la orilla. Óliver se quedó mirándola sin entender muy bien qué pretendía hacer. Ella abrió el kit médico y sacó el esparadrapo y

un objeto brillante con aspecto de bisturí. En menos de treinta segundos, fijó habilidosamente el escalpelo en torno a la rama mediante la cinta adhesiva hasta crear una especie de lanza. Para probar si el invento funcionaba, Coral se metió en el agua hasta más o menos la altura de las rodillas y hundió la lanza en ella para atravesar limpiamente, y a la primera, el lomo de un pez alargado de color plata. Por último, retiró la herramienta con diligencia, arrojó el cuerpo todavía vivo del pescado a la arena y le cedió el turno a su compañero.

—Suerte —dijo exhibiendo una sonrisa ambigua—. Y de nada...

El utensilio creado por la chica marcó la diferencia a partir de entonces. Tanto fue así que, en poco más de media hora, Óliver logró capturar casi media docena de peces. Aquel superávit de alimento, junto a la tan ansiada disponibilidad de una fuente de calor, garantizaba que ambos podrían disfrutar al fin de una comida en condiciones.

—Buen trabajo —la felicitó ya en el campamento—. Has estado rápida ahí.

Los ojos de la chica asomaron por encima del ejemplar de *Ubik* que minutos antes acababa de ponerse a leer y su boca esbozó otra sonrisa equívoca.

—¿Has tenido oportunidad de revisar el condensador? —preguntó cauteloso Óliver.

—Lo he hecho, sí, pero aún no había gran cosa.

—Vaya.

—De todas formas, ahora que tenemos fuego, también podemos probar a destilar agua de mar.

—Parece que tuvieras experiencia en esto...

—Tal vez —bromeó Coral—. Es difícil saberlo en mi situación.

Óliver ensartó dos de los pescados en un palo y los acercó al fuego. Las llamas comenzaron a acariciar la piel de sus costados hasta encogerla y agrietarla con un crepitar aceitoso.

—¿Cómo va tu herida? —preguntó la chica.

—Bien. Eso que me has dado me ha aliviado bastante el dolor y la hinchazón. ¿La tuya?

—Bien también. Gracias.

—Parece que, después de todo, no hacemos un mal equipo.

—Eso parece, cierto.

Óliver empezaba a sentirse cada vez más desnortado. Lo único que se le

ocurría para saciar aquel malestar era recurrir a la solución fácil.

—Sé que deshidrata y que tal vez debería reservarlo para otro día, como dije —cogió una de las botellas de *whisky*—, pero me temo que lo necesito... ¿Un trago?

—No, gracias.

El cirujano destapó el recipiente, se acercó el cuello de la botella a la nariz e inhaló los efluvios envejecidos del licor con complacencia.

—Es bueno, te lo advierto.

—No lo dudo. Solo que creo que existen mejores maneras de economizar recursos.

—Queda todavía otra botella...

—E imagino que también de olvidar.

La chica volvía a expresarse con la misma sorna entre discreta, entristecida y punzante que a Liz siempre le había gustado desplegar en sus conversaciones. Si la semejanza no era producto del azar, aquello tal vez implicara que, debajo de su fachada risueña, tampoco a ella le agradaba demasiado verlo beber. ¿O solo estaba en su cabeza? Porque, extrañas coincidencias al margen, una cosa estaba clara: salvo por el breve encontronazo del avión, apenas conocía a Coral de dos días. No era posible para ella, al menos no de una manera racional, saber que... Prefirió no darle más vueltas.

—Un sorbo no te deshidratará —dijo—. Es más, podría hasta sentarte bien.

—Me sienta mejor estar serena.

Óliver se encogió de hombros, volvió a tantear dubitativo la botella y no pudo resistirse a darle un trago. El licor estaba más caliente que el día anterior y se diría que también un poco más denso, pero, después de tanto tiempo sin paladear con calma ninguna bebida alcohólica, le supo a gloria de todos modos.

—El alcohol tiene también otros efectos —comentó con disgusto y un punto de sarcasmo, en represalia—. La honestidad, por ejemplo. Dicen que el *whisky* la potencia...

Coral dejó el libro sobre la arena y se aproximó al fuego para voltear uno de los pescados, que empezaba a pasarse sin que su compañero pareciera darse cuenta de ello.

—No necesito beber para ser honesta.

El médico giró la otra pieza él mismo. La idea de darle un segundo trago a

la botella se hizo fuerte en su mente, pero, aunque hubiera caminado de manera muy irreflexiva hasta el filo del precipicio, un repentino ataque de sentido común le apuntó que no deseaba saltar al vacío tanto como creía y contuvo sus impulsos de hacerlo.

—Permíteme que lo dude —pasó disimuladamente a la ofensiva.

—¿Por qué iba a ocultar nada?

—No lo sé. Mucha gente oculta cosas.

El rostro de la chica se contrajo en un gesto mustio y arrugado. Incluso así, seguía conservando su atractivo.

—Eso no significa que yo lo haga también —replicó con la meridianidad ingenua de un niño.

—Hasta donde recuerdas... —precisó Óliver—. No lo olvides.

Ella despidió un suspiro vencido y alojó la cabeza entre los hombros como dándole la razón de mala gana.

—Hasta donde recuerdo, sí.

—¿Y dónde está el límite exactamente?

Coral forcejeó con su propia desmemoria para ofrecerle una respuesta.

—No hay una línea, es más bien un vórtice —explicó desorientada—, como una bañera cuando desagua.

La analogía sorprendió a Óliver, quien en ocasiones también se sentía de forma muy similar al mirar hacia atrás.

—¿Como una espiral? —buscó cerciorarse de que hablaban de lo mismo.

—Algo así. Recuerdo caras, pero no sus nombres; situaciones, pero no su cronología; momentos, pero no un lugar concreto donde anclarlos... Es difícil de explicar con palabras.

El burbujeo de la piel del pescado reclamó la atención del cirujano para evitar que se quemara por la otra cara. Cuando apartó las piezas del fuego y le entregó una de ellas a Coral, vio que en sus ojos se había formado una pátina acuosa. El cargo de conciencia por haberla podido abrumar fue tan inmediato como la identificación emocional con ella.

—Lo lamento —no pudo menos que disculparse—, yo también soy demasiado curioso en ocasiones...

Al otro lado de las llamas, la chica ocultó la mirada, timorata, y dio un mordisco al pescado.

El resto del día discurrió sin demasiadas novedades, del mismo modo que el resto de sus charlas discurrieron sin volver a tocar temas tan peliagudos. Todo en aquella isla, a decir verdad, formaba parte de un bucle muy perezoso

donde las cosas sucumbían en círculo a su propia inercia y rara vez admitían alteraciones significativas de la rutina. Amanecía, atardecía, anochecía. Hacía calor, soplabla la brisa, refrescaba. Tan solo las aves, y quizás el bamboleo de las olas, se salían muy de vez en cuando de aquel férreo guion.

Ambos emplearon la tarde en limpiar la playa, engrosar el mensaje de SOS sobre la arena para mejorar su visibilidad en caso de que algún avión se acercara y buscar más madera con la que alimentar y afianzar el fuego. Entre una tarea y otra, encararon también el desafío de destilar algo de agua valiéndose de ese mismo fuego y de dos recipientes de distinto tamaño cubiertos por jirones de lona. Los resultados del experimento no fueron mucho más abundantes de los que, según Coral, habían cosechado con el condensador solar, pero al menos sirvieron para aplacar un poco la sed y recuperar algo de energía.

Hacia las siete de la tarde —era difícil saber la hora real sin contar con ningún tipo de referencia para ello—, ambos se guarecieron dentro del refugio a la espera de la noche. Era una lástima que la maleta recuperada no contuviera algún tipo de somnífero o medicación inductora del sueño, porque Óliver seguía teniendo muchas dificultades para dormir —en parte, debido a que su mente estaba demasiado activa; en parte, debido a que la presencia de aquella chica seguía despertando en él bastante nerviosismo— y, además, verse súbitamente privado de la posibilidad de ingerir aquel tipo de sustancias, tras meses de fuerte dependencia, había promovido un efecto rebote en su organismo que lo hacía encontrarse mucho más despejado que nunca.

En situaciones así, solía coger una hoja de papel y entretenerse practicando origami, claro que el único papel que tenía a su disposición en la isla era el de la novela hallada en la valija y, como Coral había decidido comenzar a leerla para entretenerse, no quería destrozarla todavía más de lo que ya estaba.

La chica se había quedado dormida, con el libro en el regazo, bajo una de las mantas de la aerolínea. Su ritmo respiratorio era más sosegado que la noche anterior; su expresión, también más relajada; y sus sueños, al menos desde fuera, mucho más plácidos.

Óliver se quedó mirándola, recostado sobre el pedazo de asiento que le servía de almohada, y pensó que había tenido suerte de haberla encontrado. Aquella satisfacción no alcanzaba, en cualquier caso, para que dejara de inquietarle no saber hasta dónde llegaba su amnesia o desconocer si el interés

que demostraba por recopilar más detalles acerca de su pasado respondía solo a la curiosidad.

Coral seguía siendo un absoluto misterio. Y, aunque Óliver ignoraba la razón, presentía de manera muy vívida, por la forma que tenía de hablar, moverse y proceder, que ella también escondía algún esqueleto en el armario...

Todas las personas que escondían algo compartían una mirada parecida. La misma que Sylvie, su primera pareja, había empezado a mostrar antes de que las cosas se hubieran ido a pique entre ambos; la misma que Bárbara, en los años en los que todavía no había sacado a la luz su homosexualidad, adoptaba ante las preguntas acerca de su vida privada; la misma que Liz, aquella ya lejana noche, había utilizado como fachada para salvaguardar sus verdaderas intenciones; la misma, en suma, que el espejo del baño le había devuelto a él mismo, junto a un miriápodo aficionado a culebrear sobre sus cuencas oculares, en los instantes previos a la caída del avión.

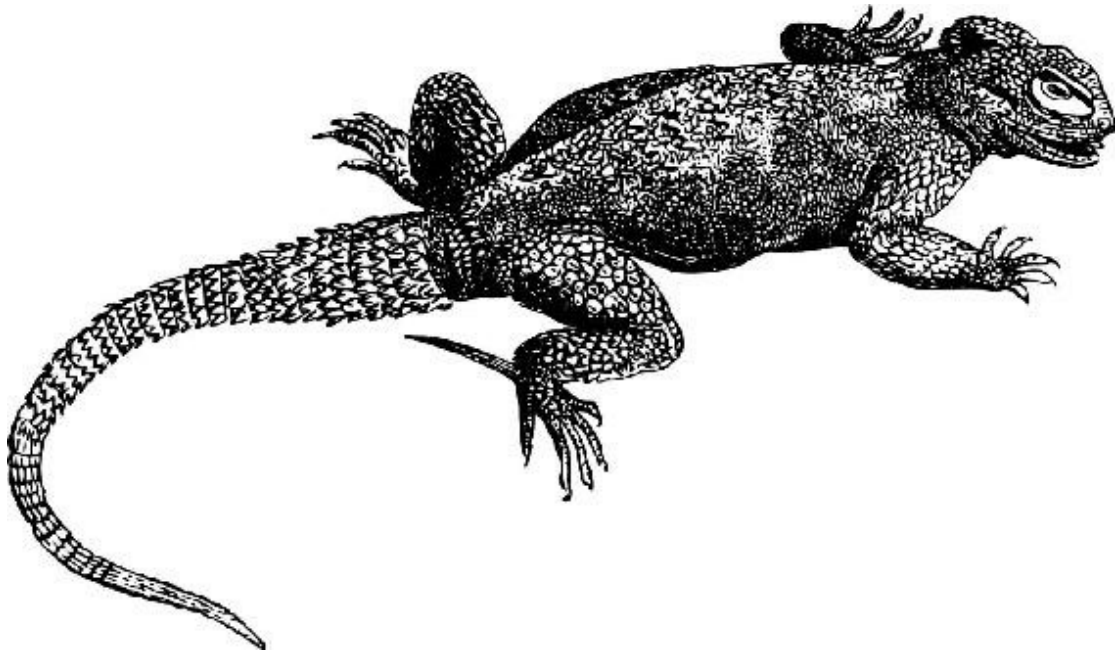
El cuerpo de Coral comenzó a temblar de frío. Óliver se acercó hasta ella en un acto reflejo con la intención de arroparla y, antes de que pudiera cumplir con ese propósito, la chica giró sobre su costado y lo abrazó instintivamente sin que quedara muy claro si se encontraba despierta, dormida o en estado de duermevela.

El calor que desprendía lo hizo sentirse muy confuso a la par que agradecido.

A continuación, con el pensamiento extraviado en el sonido distante de las olas, cerró los ojos y fue cayendo en un profundo sueño.

SEGUNDA PARTE

Un cristal traslúcido y astillado





El origen de las especies

El ruido surgió de la nada, en los minutos previos a que el sol comenzara a sobresalir en el horizonte como el alumbramiento de una nueva estrella en el vacío. Luego, fue creciendo en intensidad mientras una vibración suave estremecía las paredes del refugio, y al final, convertido ya en un estruendo difícilmente ignorable, los arrancó de sus respectivos descansos para que pudieran mirarse a los ojos con estupor y comprobar que no se lo habían imaginado.

El médico fue el primero en adivinar que el sonido procedía de algún tipo de aeronave.

—¡Aprisa! —exclamó—. ¡Ha venido alguien!

Ambos salieron del vivac con prontitud. Óliver escaneó el cielo, excitado, y no tardó en ver que una avioneta sobrevolaba en efecto la zona. El único inconveniente era que no estaba tan cerca como había imaginado por la proximidad de los motores, sino que planeaba en paralelo a la isla, indiferente a la presencia de seres humanos en la playa.

¿Como era posible que el piloto de aquel avión estuviera pasando de largo? ¿Acaso no había visto el mensaje de SOS? ¿O el humo del fuego? Un fugaz examen al arenal bastó para sacar al náufrago de dudas, ya que el efecto conjunto de la marea y el viento había desdibujado las letras durante la noche hasta hacerlas casi irreconocibles y extinguido también las llamas de la hoguera. Ya fuera por eso o por la falta de visibilidad debida a que el amanecer todavía no había llegado a romper del todo, las personas a bordo de la aeronave no parecían haberse percatado de nada raro.

—¡Ey! ¡Aquí! —gritó Óliver mientras agitaba su camisa blanca por toda la playa—. ¡Estamos aquí! —Miró a Coral con desesperación—. ¡Rápido! ¡Enciende el fuego!

La chica hizo caso omiso de sus órdenes: ni había luz suficiente para

prender nada ni tampoco un nuevo fuego hubiera podido servirles de gran cosa con la avioneta perdiéndose inexorablemente en la lejanía, y así se lo hizo saber a su compañero.

—Es tarde, no pueden vernos.

El cirujano chasqueó la lengua enojado, arrojó la camisa al suelo y regresó al refugio.

La crecida del alba en el cielo comenzaba ya a borrar todo rastro del paso de la avioneta junto a la isla.

Aquello no podía volver a suceder. Si otro avión se acercaba al lugar, ambos debían velar por que sus tripulantes pudieran detectarlos desde las alturas. Óliver dedicó un buen rato a fabricar hasta tres banderolas de colores chillones a partir de los materiales encontrados entre los restos del Airbus para asegurarse de ello. Después se las echó todas al hombro, sin ni siquiera comunicarle a Coral qué se proponía hacer, y tomó rumbo al farallón más alto de la ensenada para comenzar a trepar por él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la chica, afectada por lo árido e imprudente de su actitud—. Vas a lesionarte. Baja antes de que vuelva a abrísete la herida.

Pero Óliver ni estaba dispuesto a dar marcha atrás ni sentía ningún dolor. Su determinación por llegar hasta la cima de aquella roca —el punto más elevado y despejado de la isla y, por lo tanto, quizás también el más visible para un vehículo aéreo— solo era comparable a la inmensa rabia que sentía contra sí mismo por haber perdido aquella oportunidad de dejar atrás la playa. Uno de sus pies resbaló en ese instante sobre la roca. Afortunadamente, logró agarrarse a tiempo y evitar con ello un descalabro.

—Por favor... —imploró Coral desde el suelo—. Puedo hacerlo yo...

A la chica no le faltaba razón. Claro que podía hacerlo. Y probablemente mejor que él. De hecho, quizás bajar de allí y permitirle que tomara su relevo fuera lo más práctico e inteligente. Si Óliver se empeñó en seguir adelante, aun con el dolor de su pierna y las progresivas dificultades del ascenso, en lugar de acceder a su petición, se debía a una cuestión de orgullo.

—Tu falta de fe no ayuda, ¿sabes? —dijo aferrándose a un nuevo saliente—. He hecho escalada antes, no voy a...

Parte de la piedra se desprendió y Óliver estuvo a punto de precipitarse al suelo una vez más.

—Ten cuidado, te lo ruego —la voz de Coral traslucía, si cabe, más escrúpulo que antes—, es peligroso...

El médico no permitió que el sonrojo o el perfil escarpado de la pared, que estaba complicando sus movimientos mucho más de lo que había previsto, pusieran su intrepidez en entredicho.

—Cálmate. —Reequilibró su cuerpo y continuó trepando por la formación rocosa como si nada, aunque por dentro estuviera tan nervioso o más que ella —. Ya casi estoy...

En el último tramo del ascenso, a menos de medio metro de la cumbre, otro desprendimiento le hizo perder el apoyo de sus extremidades inferiores al tiempo que su mano izquierda resbalaba sobre el resalte, dejándolo colgado de la derecha como la versión testaruda e incompetente de un héroe de acción.

—La madre que... —balbució con un gemido esforzado para minimizar la gravedad del lance, pese a que aún desconocía cómo iba a sobreponerse a él o si la fuerza le llegaría para hacerlo—. Ha estado cerca. —Logró *in extremis* recuperar la sujeción, el aliento y la estabilidad—. Solo ha sido un susto. —Se encaramó a la cima del farallón para culminar el ascenso—. Ya te he dicho que no había nada que temer...

Las vistas desde lo alto fluctuaban entre lo espectacular —el mar celosamente azul rodeaba la isla con su abrazo de coral— y lo desmoralizador —no se veía nada más que una inabarcable bandeja de agua en cualquiera de las direcciones en las que mirara—. Óliver sacó todas las banderolas, las afirmó una tras otra en las hendiduras de la roca hasta formar con ellas un triángulo y se asomó al vacío para mostrarle el pulgar a Coral como prueba de que todo iba bien. La chica dijo algo que él no alcanzó a escuchar con nitidez debido al ruido del viento y las olas. Cuando acto seguido ella se llevó la mano al oído extendiendo el pulgar hacia la boca para recordarle que sacara el teléfono móvil y probara a buscar cobertura, justo lo que se preparaba para hacer, su mensaje quedó claro de todas formas.

Óliver pensó que, en ese aspecto, Coral también se parecía a Liz, si bien no podía concluir que se tratara de algo bueno.

El teléfono tampoco encontró en esta ocasión ninguna red a la que conectarse. La peor noticia llegó, con todo, cuando una de las dos únicas rayas del medidor de batería comenzó a parpadear al fin del rastreo, casi dejando el terminal con solo otra franja operativa.

La sensación general era la de que, por cada pequeño avance, surgían al menos dos contratiempos. En unas condiciones como aquellas, mantener una mentalidad positiva se erigía en una tarea tremendamente difícil, así que lo único que podía hacer para no desanimarse era focalizar su atención en otras

tareas. Por ejemplo, descender de nuevo hasta la playa y reescribir el mensaje de SOS. Una vez que hubo cumplido con ambas, cogió el mapa hallado en la maleta, lo extendió sobre el suelo y trazó una marca encima del papel con un palo tiznado.

—Salimos de aquí alrededor de las nueve de la mañana, siguiendo aproximadamente esta ruta —trató de recapitular—. El vuelo duraba, en principio, unas trece horas. Si tenemos en cuenta la diferencia de husos y que el accidente aconteció sobre la séptima, deberíamos estar cerca de esta otra zona. —Trazó un círculo en un área del mapa donde solo figuraba una gran masa de agua—. No hay manera de saberlo con un plano tan poco detallado...

Coral, más concentrada en avivar los rescoldos de la hoguera usando *Ubik* como abanico que en atender a sus palabras, no realizó ninguna valoración al respecto.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Óliver, molesto por su indolencia.

Ella siguió agitando el libro sin mirarlo en ningún momento a los ojos.

—Sí. —Sopló sobre el fuego, que seguía resistiéndose a comparecer—. Te escucho.

—No se te ve muy interesada en lo que digo...

La chica apartó los ojos de las ascuas e intercambió una mirada abúlica con él.

—¿Qué más da saber dónde estamos? —planteó con una sonrisa que chocaba de manera frontal, y un tanto torva, con la seriedad de su entonación—. Lo verdaderamente importante es que nadie sabe que estamos aquí.

Óliver desconocía los motivos de su nuevo talante, pero una cosa estaba clara: la prefería menos enigmática y derrotista.

—Permíteme que lo dude. Ese avión no ha pasado por casualidad.

—¿Estás seguro? A mí no me parece que anduviera buscando nada.

—Tal vez haya sido así, pero pueden pasar otros.

—Y no vernos, como este.

—Te creía más optimista.

La chica arqueó las cejas y escamoteó un suspiro mientras agitaba otra vez la novela frente al fuego.

—Soy optimista. Siempre lo he sido.

Óliver la observó con incompreensión, como si ya no la reconociera, que en el fondo quizás era lo que estaba ocurriendo.

—Pues sueñas bastante pesimista, la verdad.

—Bueno... —ella volvió a agachar la cabeza y palpó el suelo en busca

de algo de yesca—, estamos en una isla desierta, ¿no? Como las que Darwin estudiaba para desarrollar sus teorías, más o menos.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—Solo trato de adaptarme, de sobrevivir.

—Ya veo... —Óliver no pudo comedir un rebufo de fastidio—. Adaptarse y sobrevivir, en cualquier caso, no son ni mucho menos sinónimos.

—Tampoco antónimos —repuso ella, sagaz.

El cirujano guardó silencio y recogió el mapa para volver a meterlo en la maleta.

—Y cuando se acabe la comida, ¿qué harás? —preguntó en tono algo resabiado.

—No te preocupes. —Coral depositó más yesca sobre las brasas y sopló una última vez. Dos llamas enlazadas emergieron entonces de entre la ceniza, como convocadas por sus palabras, hasta prender con fuerza en la madera seca—. Siempre hay un modo...

Durante lo que quedaba de jornada no surgieron grandes novedades. El salitre, la arena, la suciedad, las ampollas y las quemaduras seguían multiplicándose sobre sus cuerpos a medida que las horas iban pasando, pero, pequeñas molestias a un lado, ambos empezaban a acostumbrarse, para bien o para mal, al peculiar ritmo de vida de la isla, donde, como en una burbuja apartada de la realidad, las horas parecían estar regidas por un sentido del tiempo y un rango de prioridades muy distintos a los del exterior.

Acostumbrarse el uno al otro no estaba siendo tan sencillo. La desconfianza, al menos en lo que a Óliver se refería, tenía bastante que ver en ello, y también influía, por supuesto, la presión de saber que, más allá de lo que pensarán el uno sobre el otro, o de lo que pudieran llegar a intuir acerca de sus respectivos secretos, debían entenderse para sobrevivir. Todo lo demás seguramente solo fuera lo que desde el principio parecía que era: una tensa e inoportuna atracción mutua alimentada por el misterio, las dudas, la necesidad y, muy en particular, por esa misma desconfianza.

Al albur de tales ideas, que se mezclaban en su cabeza con otras igual de intranquilizadoras, bien relacionadas con su miedo a no poder cumplir la promesa hecha a su hijo, bien con la incertidumbre derivada de las extrañas alucinaciones sufridas durante los días precedentes, Óliver volvió a tardar varias horas en quedarse dormido. Cuando al fin lo consiguió y su cuerpo empezaba a arrimarse inconscientemente al de Coral como a la chica le había ocurrido el día anterior, un fuerte golpetazo, coronado por el aullido salvaje

del viento, lo trajo de vuelta a la realidad. La chica despertó también, espabilada por el estrépito.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?

Un trueno retumbó en la lejanía. Óliver miró hacia arriba, de donde había comenzado a caer algo de agua, y se asustó al ver que el aire desgarraba y se llevaba consigo toda la techumbre del refugio. El espacio quedó invadido por virulentas ráfagas de viento, lluvia y arena procedentes del exterior, todo entremezclado en una vorágine de destrucción que casi no permitía vislumbrar nada.

Las paredes del campamento se vinieron abajo arrastradas por el diluvio. Todos los objetos de valor almacenados en torno al vivac —mapa, botiquín de primeros auxilios, ropa, botellas de *whisky*, chocolatinas, recipientes, etcétera — comenzaron a rodar sobre la arena. Óliver protegió a Coral con su propio cuerpo, tratando de que no se la llevara también el viento, y presencié cómo la parte superior de la maleta, sobre la cual había dejado el teléfono antes de acostarse, volaba por los aires hasta perderse en las profundidades de la tempestad.

—¡Ponte a cubierto! —tuvo que emplearse a fondo para que la chica lo pudiera oír—. Yo me encargo.

—¡Aguarda! —se negó Coral a obedecer—. Puedo ayudar...

El vendaval contradijo sus palabras mediante una enérgica ráfaga de lluvia y la arrojó al suelo. Óliver cogió un pedazo de fuselaje que se agitaba sobre la ensenada, lo sujetó con el brazo derecho a modo de parapeto y se resguardó detrás de él para protegerse del aire. El agua le chorreaba por la cara y los cabellos, entorpeciéndole el habla.

—¡Busca refugio! —ordenó a su compañera—. ¡Rápido!

Y se adentró él también en la borrasca para tratar de recuperar el máximo número de objetos antes de que fuera demasiado tarde. Otro pedazo de fuselaje, también perdido en la tormenta, golpeó su escudo.

—¡No ha sido nada! —exclamó para evitar que Coral se preocupara—. ¡Estoy bien!

Hasta tres rayos consecutivos cayeron sobre el farallón más próximo a donde él se encontraba, causando un pequeño estallido de lascas. Parte de las rocas se precipitaron sobre la cruz de la fosa común hasta derribarla también. El primer impulso de Óliver fue avanzar hasta allí para volver a colocarla, pero, al distinguir entre la lluvia torrencial el parpadeo que periódicamente emitía el terminal telefónico, así como el brillo de la lanza de pesca creada

por Coral, tuvo que cambiar de opinión y de trayectoria. El camino fue duro, pero logró hacerse con ambos objetos en un tiempo relativamente escueto. Un fogonazo lo deslumbró al poco de recuperarlos, haciéndole perder la placa de metal y caer al suelo.

—¡Maldita sea! —gruñó protegiéndose el rostro con las manos.

A lo lejos, junto a la cruz derribada, se desveló una sombra con forma humana. Su silueta se había alzado de improviso entre la tempestad y trastabillaba a trompicones hacia él.

—¡Te he dicho que buscaras refugio! —advirtió malhumorado—. ¡Es peligroso!

La sombra no se dio por aludida y siguió avanzando en su dirección. Mientras lo hacía, Óliver comenzó a darse cuenta de que aquella figura no se correspondía con la de Coral, sino con la del tipo del traje blanco cuyo móvil había tomado prestado un par de días antes. Su indumentaria estaba ahora tan corroída por la suciedad y el fuego como su cuerpo semicalcinado lo estaba por la podredumbre y los insectos después de haber pasado tantas horas bajo tierra junto al resto de fallecidos.

—No es real... —farfulló Óliver, reticente a procesar la información que sus ojos acababan de enviar a su cerebro—. No puede serlo...

El hombre continuó progresando bajo la lluvia ajeno a lo que pudiera pensar. Sus dientes ennegrecidos rechinaban los unos contra los otros al tiempo que un sonido estrangulado salía de su garganta a medio corromper. Óliver cerró los ojos, meneó la cabeza ofuscado y volvió a abrirlos más tarde con la esperanza de que la visión cesara. Todo fue en vano, pues, además de que el cadáver andante seguía allí, ni el viento ni la lluvia parecían minar su voluntad de aproximarse.

—¿Qué me está pasando? —Se aferró a la lanza, dispuesto a usarla contra aquella abominación en caso de ser necesario—. ¿Qué significa todo esto?

Detrás del hombre, aparecieron varios trazos semicirculares de color rojo similares a las marcas concéntricas que había visto durante el rescate de Coral.

El cadáver se detuvo a menos de un metro y hendió su mirada grisácea, a juego con las purulencias de su rostro, sobre el cirujano. Varios relámpagos iluminaron la playa, deslumbrando a Óliver con el chasquido de sus fogonazos. El náufrago pensó que, si finalmente se encontraba a merced de otra de sus alucinaciones, aquel era el momento perfecto para que comenzara a disolverse en la tormenta. Cuando su vista se rehízo y atestiguó que el muerto

continuaba parado frente a él como una columna en descomposición mientras el agua seguía batiendo contra su carne pútrida y las líneas rojas continuaban girando con un movimiento sincopado a su alrededor, la perplejidad se tornó paralizante.

Óliver tragó saliva. Un trueno reverberó fragoroso sobre la isla. La mano derecha de la criatura comenzó a elevarse muy lentamente con el índice desplegado en un ademán inculpatorio y de su boca surgió un alarido penetrante y airado, entre el grito y el bramido, que retumbó por toda la playa igual que lo haría la onda expansiva de una detonación. La uña del índice se movió de pronto a un lado y a otro. Debajo de ella, emergió la cabeza de un ciempiés. El insecto se enredó en el dedo y comenzó a girar a su alrededor sin que el hombre dejara de chillar y señalar al cirujano.

—¡Basta! —Óliver pegó las palmas a los oídos para evitar que aquella voz hiciera añicos sus tímpanos—. ¡Basta ya!

Más de dos docenas de manos cubiertas de carroña empezaron a revolver la arena sobre la fosa. En pocos segundos, el resto de los viajeros muertos comenzó a surgir de la tierra en respuesta al reclamo del monstruo, algunos sobre sus propias piernas, otros arrastrándose con los brazos.

La escena era tan real que Óliver no pudo seguir contrarrestándola desde el sentido común. Absolutamente horrorizado por su sordidez, dio media vuelta y echó a correr hacia el interior de la isla. El viento soplaba en dirección contraria y no le permitía marchar al ritmo que necesitaba para dejar atrás la pesadilla. Su embestida lo hizo aterrizar de bruces contra el suelo hasta arruinar toda la ventaja. Por la cercanía de los gruñidos, calculó que la horda se encontraba a punto de caerle encima.

—¡No! ¡Así no!

Delante de sus ojos aparecieron entonces dos piernas. El ritmo cardiaco se le desbocó un poco más de lo que ya estaba y trató de reptar a la desesperada sobre la arena como un gusarapo azuzado por una pandilla de niños sádicos. Coral le alargó la mano cuando ya se había mentalizado para lo peor.

—Te dije que podía ayudar. Vamos, levántate.

El médico echó la vista atrás, víctima de una gran ansiedad, y descubrió, mientras se dejaba izar por la chica y un nuevo relámpago iluminaba la playa, que no quedaba rastro alguno ni del hombre del traje blanco ni del resto de los cadáveres.

La isla se vio sacudida con saña por un trueno especialmente ruidoso.

Óliver miró a Coral a los ojos, todavía atezado por el terror, y huyó junto a ella bajo el caudal de lluvia en dirección a las rocas del extremo norte de la ensenada.



Diferentes formas de sentirse vivo

En ocasiones, ni los mejores descansos tenían lugar en los aposentos más confortables ni los mejores despertares en las localizaciones más gratas.

La humedad, el acorchamiento de las extremidades, la mugre generada por su cuerpo durante casi una semana y el cansancio fruto de la lucha diaria por la supervivencia ya se habían convertido en sensaciones tan cotidianas para Óliver que apenas las percibía como factores a los que combatir. Simplemente, estaban allí, como lo estaba el tacto reposado del aire sobre la piel, la refracción de los rayos del sol entre sus cabellos o el agua del mar que rozaba tímida los dedos de sus pies, y lo llevó a despegar poco a poco sus párpados resecaos por el salitre. Lo primero que vio tan pronto como terminó de abrirlos fue los ojos verdes de Coral, quien sujetaba su cabeza en el regazo, vigilándolo con una sonrisa tierna en los labios.

—¿Dónde...? —le llevó su tiempo reubicarse—, ¿dónde estoy?

—A salvo —respondió ella en un susurro—. Ya ha pasado todo.

Óliver miró a su alrededor e identificó por fin el lugar. Ambos se hallaban guarecidos en una de las pequeñas oquedades naturales de la playa, al abrigo de una formación rocosa erosionada por las mareas. El espacio era tan pequeño y tan bajo que no había margen de maniobra para estirar las piernas o ponerse en pie. Algunos cangrejos de tamaño también diminuto correteaban sobre el suelo de piedra porosa sorteando atropellados todos los objetos que, al parecer, la chica había logrado recuperar mientras dormía, incluidos el teléfono y la lanza de pesca.

El médico notó que algo reptaba entre sus cabellos y se incorporó de un bote. Había creído por un instante que se trataba de otro ciempiés, pero solo eran los dedos de Coral. Su monería le resultó tan placentera como fuera de lugar, así que se apartó nervioso de ella y salió al arenal.

La isla estaba sumida en una profunda calma tras la tormenta. No había ni una sola nube en el cielo, el viento había cesado hasta convertirse en una mera

brisa y todo el ruido y la furia de la noche era ahora un manto imperturbable de silencio sobre el mar adormecido. Aquella quietud tenía muy poco de prometedora pese a la escampada, pues saltaba a la vista que la naturaleza solo la utilizaba para ocultar las evidencias de su cólera. Que la playa hubiera quedado completamente limpia tras el paso de la tempestad y no se divisaran vestigios del campamento o del accidente en ella así lo confirmaba. Todo, desde las paredes del refugio hasta las banderolas instaladas en lo alto del farallón, había sido arrasado con tal fiereza que el paisaje parecía haber retrocedido a un momento anterior a su presencia en el lugar.

Desde la perspectiva de dos náufragos obligados a permanecer allí hasta que alguien se dignara a rescatarlos, aquella ruina no podía ser más inconveniente. Óliver se sintió sobrepasado por lo que el imprevisto comportaba. El miedo a que la desazón se apoderara de él y dinamitara los frágiles cimientos de su futuro le provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

—He hecho lo que he podido —explicó Coral, sucinta—. Lo siento mucho.

Su compañero caminó unos cuantos pasos junto a la orilla hasta localizar varada sobre ella la sección superior de la maleta que habían encontrado en las rocas. Dentro se había acumulado bastante agua. Óliver se agachó para sumergir la mano en ella y acercarse un poco de líquido a la boca. Su gusto era salado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Coral con la mirada fija en el emplazamiento hasta poco antes ocupado por el refugio.

El cirujano se secó los labios e hizo todo lo posible por disimular su desencanto y mostrarse seguro e inalterable.

—Ahora, buscamos un modo.

Desde esa declaración de intenciones hasta la puesta de sol, ambos supervivientes se centraron en planificar una serie de labores orientadas a restablecer en la isla el orden que habían logrado instaurar hasta la irrupción de la tormenta.

La más urgente era la reconstrucción del refugio. Para atacarla con éxito, peinaron la isla de norte a sur y de este a oeste recogiendo maleza, ramas, piezas extraviadas de fuselaje y todo tipo de materiales de edificación, buscaron un lugar menos desprotegido que el anterior —en concreto, entre dos farallones estratégicamente situados para ampararlos del viento y las mareas— y alzaron allí, con la ayuda de la propia roca, una especie de cobertizo mucho más amplio, resistente y aislado que el primero.

La fase dos consistía en encender otro fuego, hacer acopio de agua potable explorando las numerosas cavidades naturales de la isla donde podía haberse quedado estancada tras la tormenta, fabricar nuevos condensadores solares y recolectar todos los frutos y objetos perdidos posibles. En un último esfuerzo, trazaron un nuevo mensaje de SOS en la playa empleando materiales más pesados para formar las letras, como piedras o troncos, y crearon tres nuevas banderolas en sustitución de las originales.

El trabajo realizado fue tan arduo que, a la caída de la noche, estaban deslomados. Óliver aprovechó entonces que Coral había caído rendida dentro del nuevo refugio para salir al exterior, con la única botella de *whisky* que había logrado recuperar en una mano y el teléfono en la otra, y procurarse un poco de tiempo para sí mismo.

Mediante pasos muy sigilosos, se desplazó hasta lo alto del promontorio más al norte del interior de la isla.

La noche estaba apacible y estrellada. No se escuchaba otra cosa más que el eco de las olas y el sonido de su propia respiración. El médico se sentó en el suelo, dirigió la mirada hacia el firmamento y sacó del bolsillo el teléfono móvil robado al hombre del traje blanco. Un hombre, le gustara o no, a quien veinticuatro horas antes había visto caminar por la playa junto con una comitiva de pasajeros putrefectos...

Ya solo quedaba una raya de batería. El conteo, desde luego, no movía a celebrar gran cosa, pero, precisamente por ello, porque no había gran cosa que celebrar, necesitaba tanto un trago.

Durante todo el día había estado intentando disimular lo obvio por una cuestión de amor propio, canguelo y practicidad. El desgaste causado por esa impostura, unido a la fatiga física y mental de más de doce horas de ardua faena y pensamientos poco estimulantes, lo convencieron de permitirse el lujo —tal vez el riesgo— de darle un par de tragos a la botella de licor de malta sin que nadie, si es que esto era posible conociendo los antecedentes, le reprochara nada.

¿Acaso no se lo había ganado? ¿Acaso no tenía derecho a disfrutar al menos de un pequeño momento de placer o desconexión? Cualquier excusa era buena para saltarse sus propias normas ahora que todo se había convertido en una gran anomalía...

En menos de diez minutos, la botella ya estaba por la mitad. Su mente oscilaba entre el desahogo transitorio asociado a los efectos del alcohol y el remordimiento de conciencia por no haber tenido la fuerza de voluntad

necesaria para atajar sus tentaciones. Las ganas de llorar se mezclaron con las de reír, igual que a su aterrizaje en la isla. Luego sacudió la cabeza, dio otro trago más y cogió el móvil por segunda vez.

Ya que había llegado hasta aquel punto, lo natural era utilizar la desinhibición y locuacidad propias de la embriaguez en su ventaja. Se suponía, al menos, que las cosas serían más fáciles así... Claro que, ¿importaba de verdad algo?

Buscó en el menú el icono correspondiente a la cámara de vídeo. Tras activarla, inmovilizó el terminal contra unas piedras de tal manera que pudiera recoger con claridad su propia imagen y arrancó la grabación mirando fijamente al objetivo.

—Hola, Max, soy yo —dijo con una sonrisa temblorosa en los labios.

Pero, incluso ayudado por el *whisky*, no consiguió ir mucho más allá.

El simple hecho de haber pronunciado el nombre de su hijo lo había conducido a visualizar su recuerdo y, cuando la imagen del chico hubo encontrado el punto de mayor nitidez en los borrosos archivos de su memoria, todo se había vuelto demasiado confuso, demasiado triste y, sobre todo, demasiado difícil de explicar.

No deseaba que Max lo viera en esas condiciones, de modo que apretó los dientes, apagó el móvil y asió la botella para darle otro lingotazo. Antes de que pudiera hacerlo, una mano apareció de la nada detrás de él y se la arrebató con brusquedad para lanzarla al mar a continuación. La botella se estrelló contra las rocas de la base del promontorio, a poca distancia de la orilla.

—¿Qué has hecho? ¡Era la última! —Óliver se giró irritado hacia Coral. Ella no dijo nada. Solo despejó con la mano los guijarros del suelo y se sentó a su lado como si tal cosa—. No has debido hacer eso.

—Tal vez —repuso la chica manteniendo la compostura y apurando un amago de sonrisa—. Háblame de Max.

La mención al chico volvió a tomar a Óliver desprevenido. Esta vez, no obstante, su evocación le inspiró más nostalgia que tristeza, una nostalgia mullida y restauradora que lo llevó a describir un bosquejo sonriente a él también.

—Max es un gran chico —aseguró sin darse demasiada cuenta de que acababa de caer en la trampa—. Lo mejor que me ha pasado nunca... Tiene derecho a saber qué le ha ocurrido a su padre.

—Quizás no nos hayan encontrado todavía, pero eso no significa que la

noticia no haya trascendido —habló Coral pasados unos segundos de reflexión serena.

—En ese caso, pensarán que estoy muerto..., que estamos muertos.

—Pero no estás muerto. No estamos muertos.

El médico efectuó una pausa ensimismada mientras repasaba con la mirada todas las constelaciones que titilaban sobre sus cabezas. Imaginarse que Max pudiera estar viéndolas también desde la terraza de casa le hizo expandir los labios.

—Lo estuve.

—Sentirse muerto no es lo mismo que estar muerto —se arriesgó Coral a decir, flemática—. Sentirse muerto, de hecho, no es más que una forma rebuscada de sentirse vivo.

Óliver comenzó a temer que el llanto pudiera volver a jugársela, tal y como ambos sabían que le había sucedido en el avión aunque ella actuara como si nunca hubiera tenido lugar.

—No lo entiendes. Nadie estaba al tanto de que viajaba en ese vuelo, nadie sabe que estoy aquí... —reconoció desconsolado—. Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Ni tú de mí.

Ambos se escrutaron con elocuencia durante cerca de un minuto. Óliver pensó en el ciempiés, en los contadores y líneas imaginarias avistados en las rocas y en los cadáveres andantes de la víspera, y llegó a la conclusión de que aquella tal vez fuera su última oportunidad real de sincerarse con alguien, su última oportunidad, por así decirlo, de confiarle a alguien sus secretos, o, al menos, algunas de sus inquietudes, antes de que ya no pudiera confiar ni en sí mismo para mantener ambas cosas a buen recaudo.

—Estuve a punto de hacerlo —dijo sumariamente.

—¿Hacerlo?

—Quitarme de en medio —detalló con aflicción—. De una manera rápida, expeditiva, pero no tuve valor. No pude hacer lo que para otras personas parece tan fácil... En lugar de eso, subí a bordo. —Juntó las manos, que comenzaron a temblarle revueltas por los nervios, y lanzó un suspiro entre irónico y autocompasivo—. Supongo que no me puedo quejar. Al final he conseguido desaparecer...

—Yo te veo una persona bastante tangible para haber desaparecido.

—Desaparecer del todo es algo bastante difícil, te lo garantizo, y, más aún que hacerlo del todo, hacerlo para todos.

Coral estiró el cuello con la intención de contemplar el cielo empapelado de cuerpos celestes. La perspectiva era tan magnífica desde aquel confín que hasta podían captarse con total claridad las nebulosas y cúmulos más cercanos.

—No tan difícil —musitó ella como si tuviera miedo a que elevar demasiado la voz pudiera mancillar toda aquella belleza—. Solo hay que dejarse llevar —agregó con melancolía—. Quizás lo que ocurre, y corrígeme si me equivoco, es que, en el fondo, no quieres hacerlo.

Óliver se atrincheró en una pose esquivada. Lo que aquella chica a la que apenas conocía acababa de sugerir no solo tenía bastante sentido, sino que, como argumento, tenía también una gran agudeza.

—Quizás —cedió.

Varias ráfagas de viento comenzaron a soplar sobre el collado. Los dos naufragos dejaron de admirar la bóveda terrestre casi al unísono e investigaron concienzudamente sus rostros bajo las estrellas. Los hermosos ojos de Coral reflejaban todas las luces del entorno con languidez, igual que el perfil aquietado de su silueta se reflejaba en los del cirujano.

—O quizás para desaparecer haya primero que haber estado —apuntilló él, también con gran perspicacia.

—¿Estado dónde?

—...

La chica se arrimó a él y lo abrazó sin pedir permiso. Sus miradas se entreveraron, alimentadas por una mezcla de anhelo y expectación.

—Óliver, yo...

Pese a que aquello era algo tan extemporáneo como el resto de los gestos de cariño que ya había tenido hacia él, el roce con su cuerpo le resultó muy confortante. Toda su tristeza se esfumó de pronto para dar paso a una rauda sensación de perentoriedad. Ambos se observaron una última vez a los ojos sin decir nada y, mientras la noche avanzaba sobre los últimos recovecos de la isla, se entregaron a un beso largo y apasionado que, por un momento, solo un inciso, les hizo olvidar todo lo demás.



El ingrediente más poderoso

Una semana. Eso era todo lo que había hecho falta, además de una botella de *whisky*, mucho estrés y un accidente de avión, para que Óliver Eldricht, con independencia de lo que hubiera creído o deseado hasta entonces, asistiera estupefacto al desmoronamiento de todas sus promesas, de todos sus propósitos de enmienda y de todos sus principios a cambio de un encuentro íntimo con una mujer joven y bella.

Para la mayoría de personas, aquello no tendría mayor importancia, al fin y al cabo, solo había sido sexo, y ni él era un sacerdote sometido a celibato ni ella alguien que no supiera lo que estaba haciendo. El alivio de sus instintos más primarios, sin embargo, no evitaba que, desde que había despertado desnudo junto a ella, expresiones tan dolorosas como *traición*, *falta de respeto*, *deslealtad* o *egoísmo* revolotearan en su cabeza como una bandada de aves carroñeras sobre un campo de batalla anegado de cadáveres.

Óliver reflexionaba acerca de todo lo que había ocurrido y, con cada pensamiento, se autopercibía un poco más sucio y embrutecido. El decano Stigler, quien, además de un excelente profesional de la medicina, gustaba bastante de filosofar, siempre decía que lo que diferenciaba a las grandes personas de las personas mediocres era la habilidad para proyectar sus sentimientos un nivel por encima de lo que era habitual entre el común de la gente; o, en otras palabras: que la capacidad de sacrificio y no la búsqueda del placer era lo que confería a esos sentimientos su verdadero valor, y a las personas que los albergaban, su excepcionalidad.

El naufragio solía diferir bastante de las opiniones de su colega, pero, en este particular, lo cierto era que estaba al cien por cien de acuerdo con su postura. Por ello mismo no había mantenido ninguna relación con nadie desde lo sucedido con Liz, y por ello mismo, también, estaba convencido de que la mejor manera de rendir tributo a su recuerdo, de demostrarle con hechos lo que tal vez no le había dado tiempo a demostrarle con palabras, pasaba por

comprometerse con la idea de no volver a olvidarla —y menos de una manera tan pedestre como había hecho—, aunque eso supusiera, en contrapartida, una renuncia tácita a las pequeñas veleidades de lo inmediato. Lo peor, de un modo u otro, no era tanto haberse olvidado de su exmujer como haber llegado hasta ese punto porque Coral seguía recordándole a ella en muchos aspectos, y este pequeño detalle, a caballo entre lo enfermizo y lo tortuoso, estaba consiguiendo que todo fuera incluso más difícil aquella mañana.

No podía, ni siquiera así, prolongar el inevitable, y casi con total seguridad muy incómodo, encuentro matutino con la chica, de modo que dejó de fingir que dormía, respiró hondo y salió del refugio. Ella se encontraba acucillada junto al fuego mientras removía con una rama el contenido de un pedazo de metal cóncavo que le servía de cazo. En su rostro bañado por la luz del amanecer cabrilleaba una sonrisa meliflua.

—La imaginación es el ingrediente más poderoso —dijo ensartando varios pedazos de higo en una fina rama seca de bursera—. Así que mejor imagina que es otra cosa. —La sumergió en el recipiente—. Espero que te guste.

Óliver se quedó bastante sorprendido cuando Coral le entregó la rudimentaria brocheta y vio que se encontraba recubierta de chocolate caliente a modo de *fondue*. En agradecimiento, se obligó a armar él también una sonrisa, aunque el gesto no le quedó demasiado natural.

—¿Ocurre algo? —preguntó la chica, procediendo a preparar otra brocheta.

El médico se sintió tan estúpido con aquel palo bañado en chocolate en la mano que no pudo disimular por más tiempo.

—En realidad, sí.

—Es por lo de esta noche, ¿verdad? —Coral se relamió el dedo índice.

Óliver no supo qué decir. Si respondía de manera afirmativa, corría el riesgo, o bien de que lo tomara por un inmaduro, o bien de herir sus sentimientos, y, si lo hacía de manera negativa..., bueno, si lo hacía de manera negativa estaría de algún modo aprobando lo que acababa de pasar entre ellos y abriendo la puerta a que volviera a repetirse.

—Soy mayorcita, Óliver. —No fue preciso que el médico contestara nada—. Sé que Max tendrá una madre, y tú, una mujer.

El tono despreocupado de la superviviente le quitó un peso de encima. Lo mejor era tratar de adoptar él mismo una actitud sosegada y no permitir que lo ocurrido durante la noche creara desavenencias innecesarias y

contraproducentes entre ellos.

—Te equivocas —dijo tras unos segundos, compungido—. En ambos casos.

Coral lo miró con compasión y sacó la segunda brocheta del recipiente.

—¡Oh, vaya! Lo lamento mucho. ¿Puedo preguntar qué..., qué ocurrió?

Óliver espiró sobre el chocolate todavía caliente y probó la fruta con prevención. Para su asombro, no tenía mal sabor.

—Tumor cerebral —dijo tratando de aparentar naturalidad—. Pero el problema no es ese...

—Sí lo es. Debí haberme contenido —se increpó Coral con vergüenza.

Su reacción volvió a tomar a Óliver con la guardia baja. Había salido del refugio convencido de que la chica no comprendería aquel repliegue, incluso de que podría llegar a tomárselo como un desaire, y ella, de pronto, lo entendía todo perfectamente y hasta daba la impresión de retractarse tanto como él. Tal vez debía quitarle un poco de hierro al asunto para encauzar el decurso de aquella relación por un terreno menos dramático.

—No te sientas mal por ello. Mi mujer nunca desaprobaba lo que ha pasado —dijo en un alarde de sinceridad—. Al contrario, le preocupaba que no volviera a disfrutar de ciertas cosas, que me quedara solo cuando se marchara, rumiando mi tristeza y mi dolor en lugar de rehacer mi vida, como ella deseaba. Discutimos mucho debido a ese motivo, porque yo... —se le atragantó la voz—, yo me negué en redondo a imaginar un mundo sin ella a mi lado, y menos aún a aceptar que no estuviera en mi mano curarla, que no pudiera hacer nada por... —venteó un sollozo entrecortado y se recompuso antes de que la emoción hiciera que se le saltaran las lágrimas—, por salvarla de aquel maldito infierno. En cierta manera, todos sus intentos por asegurarse de que no renunciara a la felicidad cuando ya no estuviera fueron su forma de mentalizarme para ello, su última..., su última gran obsesión.

—¿Hubo más de una?

La pregunta concitó en Óliver un suspiro de nostalgia. ¿Cómo había llegado la conversación hasta ese punto? ¿Y cómo, si tanto le desagradaba que lo hubiera hecho, no la zanjaba ahí mismo en vez de continuar hablando?

—Siempre fue una persona con una sensibilidad muy especial... —dijo en cambio—, por algo no podía parar de escribir... Todos los artistas son un poco especiales, un poco delicados, obsesivos e irascibles. Celosos, también. Lo que ocurre es que eso, unido a su enfermedad, hizo que ciertas cosas la afligieran demasiado —dio otro bocado a la brocheta—, más de lo que a

muchos nos hubiera gustado... Supongo que ahí fue donde las cosas empezaron a torcerse. No era verdaderamente ella en el momento en el que lo hicieron, en cualquier caso, así que no puedo culparla por..., en fin, por lo que sucedió.

Coral honró su pena con un dilatado y respetuoso silencio, como si estuviera empleando aquella pausa para intentar desentrañar el significado de sus palabras. Varios pájaros planearon hasta el campamento entre ruidosos graznidos, evitando así que pudiera llegar a una conclusión. El cirujano lanzó una piedra a las aves para ahuyentarlas.

—Tú tampoco tienes la culpa —retomó ella el hilo cuando estas emprendieron el camino hacia el mar.

Óliver mostró entonces una sonrisa protocolaria. El desánimo y la amargura flameaban atildados detrás de sus dobleces.

—Quizás no la culpa —dijo sin saber muy bien si estaba haciendo lo correcto abriéndose tanto a ella—. Sí su misma enfermedad. —La miró a los ojos con atrevimiento, pues comenzaba a sentirse cómodo hablándole acerca de sus temas más íntimos, presumió que por tratarse de una desconocida—. El destino puede llegar a ser muy caprichoso a veces.

Coral mordió su brocheta de manera muy tímida. El ceño se le había distendido en una expresión a mitad de trayecto entre lo gentil y lo osado.

—No pareces muy enfermo...

Óliver alargó el dedo índice y se lo llevó a la sien izquierda, sobre la cual dio hasta tres pequeños golpes con la yema.

—Pero lo estoy.

La chica pasó a debatir consigo misma, paralizada, de qué manera debía responder a aquello.

—¿Qué quieres decir exactamente? —se decantó por seguir manteniendo las formas.

—Que tal vez debas estar preparada por si pasa algo.

—¿Algo?

—Ya sabes lo que quiero decir...

—Creo que no.

—Es una enfermedad grave.

Coral mordisqueó otro pedazo de fruta y lo deglutió pausadamente. Si la noticia le había afectado, no se le notaba mucho.

—La salud es solo una entelequia —dijo con autosuficiencia—. Todos estamos enfermos en mayor o menor medida. Siendo médico, ya deberías saberlo. No voy a asustarme.

—¿Y qué ocurre si soy yo quien te asusta a ti?

La superviviente se limpió la comisura de los labios con el dorso de la muñeca, igual que haría una niña traviesa tras merendar una rebanada de pan con crema de cacao, y lo retribuyó con una mirada liviana.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—Porque no sería la primera vez que alguien en mi situación le hace daño a alguien en la tuya.

—Como predicción, me parece un poco arriesgada, la verdad.

—No intento predecir nada, lo que intento es más bien prevenir.

—Ambas opciones son muy poco inteligentes.

—¿Qué es lo inteligente entonces? ¿Ignorarlo? ¿Hacer como que no pasa nada?

—Lo desconozco, pero si sé que, tal y como has hablado de tu mujer hace un momento, ni a ella le gustaría verte caer en los mismos errores ni a ti que ella viera cómo vuelves a caer en ellos. ¿Me equivoco?

—Mi mujer no tiene nada que ver con esto.

—Yo diría que sí.

—Piénsalo bien —el cirujano hizo un esfuerzo por no perder los nervios y desvió la charla lejos de Liz—, si no nos rescatan pronto, la situación podría degenerar más rápido de lo que a ambos nos gustaría, y en ese caso...

Coral lanzó el palo de la brocheta al fuego.

—Ya te he dicho que no vas a conseguir asustarme —afirmó categórica—. Tú mismo lo apuntaste: las cosas simplemente pasan, con independencia de lo que creamos o queramos.

—Cuando dije eso, no me refería a.... —Óliver se trabó frente a su terquedad—. Tienes que entenderlo: el tejido tumoral crece día a día, aplasta las zonas sanas de mi cerebro, a veces me hace... —Se lo pensó dos veces antes de continuar—. Me hace ver y percibir cosas que no existen —admitió reticente—. Y tú..., tú estás en medio. No puedo garantizar la seguridad de nadie en estas condiciones. Ni siquiera la mía propia.

El espíritu de la chica se descompuso. Óliver detectó en sus rasgos la huella de la indignación y temió que pudiera enrabiarse, pero, en contra de sus propias expectativas, esa indignación se atemperó de repente hasta hacerle concretar un gesto menos turbulento.

—¿Tan grave es?

—Semanas.

—Los médicos... —titubeó Coral acuciada—, los médicos no siempre

aciertan...

—Eso es verdad, no acertamos siempre —condescendió Óliver en actitud circunspecta—. Solo lo hacemos cuando la cuenta atrás es ya imparable... Si nadie tenía conocimiento de que viajaba en ese avión es porque yo mismo lo quise así.

—Más que a viaje, suena a huida.

La conversación encalló en un silencio romo. El temor a que aquella mujer, al igual que Bárbara —«solo huían los cobardes y los delincuentes»—, pudiera tener razón condujo a que Óliver tratara de buscar una forma de justificarse.

—Max sufrió mucho cuando perdió a su madre —dijo—. No quería que pasara por lo mismo otra vez.

—Y eso suena más a excusa para marcar distancias que a una razón de peso.

El náufrago livideció. A pesar de que, por pudor, había omitido datos esenciales, la precisión con la que Coral se las arreglaba para leer entre sus líneas era muy embarazosa. Solo Liz —y para ello habían tenido que transcurrir muchos años de convivencia juntos— había logrado hacerlo antes con un grado tan elevado de exactitud.

—Te equivocas. No ha sido una excusa.

Ella retorció sus facciones en una mueca de escepticismo.

—¿No lo ha sido?

El borboteo del chocolate sobre el fuego acentuó la tirantez del intercambio. Óliver, incapaz de dirimir cómo debía actuar para no seguir metiendo la pata y evitar exponer sus puntos débiles más de lo necesario, extremó la prudencia. Los mensajes tan discordantes que aquella chica lanzaba, junto con la celeridad con la que pasaba de uno a otro, le reportaron un cruento sofoco ante la perspectiva, cada vez más próxima a una certeza, de que sufriera algún tipo de trastorno psicológico del estado de ánimo. ¿Bipolaridad tal vez? ¿O quizá algo peor?

—Siento que lo hayas entendido de esa forma —intentó disculparse con ella para evitar males mayores—. No pretendía...

—¿Qué no pretendías? —lo cortó Coral muy soliviantada—. ¿Echarme a un lado con el pretexto de que puedes herirme? ¿O utilizar esa enfermedad para no tener que asumir las consecuencias de tus acciones?

—Asumo mis acciones, por supuesto que las asumo, es solo que... —Óliver tuvo que ceder y medir sus palabras al máximo—, bueno, ya sabes,

quizás sea demasiado pronto para... —se le encasquilló la voz—, para, en fin...

—¿Para aprovecharte de mí?

—Nadie se ha aprovechado de ti.

—¡Lo habrás hecho si me apartas ahora! —gritó Coral histérica—. ¡Te guste o no!

—Cálmate, por favor.

—Si lo que ha ocurrido esta noche no tiene ningún significado para ti, si de verdad no has sentido nada, habrás estado jugando conmigo.

Los sollozos de la chica apenas lograban enmascarar su ira. Óliver la notó tan fuera de sí que una oleada de aprensión lo forzó a replantear su postura.

—Claro que siento algo —aseveró, aunque el motivo por el que había iniciado aquel diálogo, cerrar las puertas a un hipotético romance entre ambos, era bastante incompatible con esa afirmación—. No habría ocurrido nada de no ser así.

Ambas frases tuvieron un efecto balsámico sobre la chica, quien en pocos segundos pasó del enojo a la calma como si fuera lo más normal del mundo, reforzando con ello las sospechas del cirujano acerca de que algo no iba del todo bien dentro de su cabeza. Óliver solo esperaba que, si el diagnóstico era acertado, se debiera más a las secuelas del accidente y no tanto a una anomalía conductual ligada un estado psicológico alterado.

—Entonces, deja de decir esas cosas. —Coral se abrazó a él con enardecimiento—. Deja de decir que quieres alejarte. Eso me asusta más que cualquier enfermedad...

Óliver asintió para no propiciar ningún otro malentendido. Mientras la chica pasaba a sujetarle el rostro entre las palmas, vio cómo dos desagradables cicatrices longitudinales asomaban por debajo de los puños de su blusa. El escalofrío que le ascendió por la espalda fue tan desasosegante como comprometido acababa de ser aquel abrazo.

Por la noche, ya dentro del refugio, las manos de Coral volvieron a rodear su cuerpo. El médico había tratado de no mostrarse más afectivo de lo necesario durante toda la jornada, pero, tras lo vivido en el desayuno, era ya imposible, e incluso perjudicial para ambos, hacerle ver que no estaba interesado en un nuevo acercamiento.

Esa asimetría colocaba a Óliver en una situación muy resbaladiza, pues, si ya lidiar con los remordimientos de haber traicionado la memoria de Liz era

bastante doloroso de por sí, tener que hacerlo tan cerca de quien le había hecho olvidarla, y sin posibilidad de retirada, removía su mala conciencia todavía con mayor encono. La inacción, por dura que resultara, era su mejor baza. No podía saber cómo debía proceder con la chica o encontrar un modo de volver a la normalidad si antes no establecía un diagnóstico claro sobre la dolencia que la aquejaba. Solo entonces, en el suponer de que lograra dar con la tecla adecuada, podría trazar una estrategia acorde a las circunstancias y abordar el cuadro con ciertas garantías de éxito.

La alternativa más segura era seguir observando, callando y disimulando. Con suerte, tal vez volviera a pasar una avioneta pronto y ni siquiera fuera necesario más. Pero ¿y si no venía ninguna?

Gracias a la pesca, la lluvia, los destiladores y condensadores solares, los huevos sustraídos en los nidos de las aves y los frutos de los cactus, buena parte de los problemas de abastecimiento estaban solucionados, con lo que evitar un deterioro de la relación existente entre ambos para así salvaguardar las opciones de salir adelante juntos debía convertirse en su principal objetivo.

¿O estaba volviendo a adelantarse a los acontecimientos?

En función de cuál fuera la enfermedad que padecía la chica, y de cómo se comportara él mismo frente a sus bandazos emocionales, cualquier cosa podía pasar.

—¿Duermes? —susurró ella desde la penumbra.

—Lo intento. —Óliver se dio cuenta de que había aplicado demasiada brusquedad a su tono y trató de corregirlo—. Quizás tú también deberías hacerlo. Es importante descansar bien.

—No puedo —se lamentó la chica, críptica.

El miedo a que la concisión de aquella respuesta fuera una forma de transmitirle su desencanto, o incluso de anunciar la proximidad de un nuevo berrinche, llevó al náufrago a simular tranquilidad y tomarle la mano para calmarla.

—Es difícil si no cierras los ojos.

—Es difícil de cualquier modo. Y tú tampoco los has cerrado.

—No le des tantas vueltas. Ya ha pasado.

Coral se revolvió bajo la manta, acercándose un poco más a él.

—Odiaría que pensaras que... —Su aliento le alcanzó la piel del cuello, cuyo vello enseguida se erizó al contacto con el aire caliente.

—En serio —la interrumpió Óliver, deseoso de aparcas todo lo sucedido

por unas horas—, olvídale.

Su burda artimaña de apaciguamiento quedó expuesta cuando la vista volvió a deslizársele con intranquilidad hacia las cicatrices de sus muñecas, detalle que no pasó inadvertido para Coral.

—Dijiste que también lo sopesaste.

—Y era cierto —repuso él, y no tuvo más remedio que sonreírle.

—¿Por eso me miras como a una chiflada? —dijo ella sin levantar demasiado el volumen, a diferencia de lo ocurrido junto al fuego esa misma mañana. Un resabio de arrepentimiento y desencanto latía bajo su voz, como si fuera consciente de que no había estado muy fina durante aquel episodio—. ¿Porque era cierto? ¿Porque lo comprendes?

—No te miro como a una chiflada —adujo Óliver, también precavido—. En realidad, ni siquiera te estoy mirando.

—Quizás deberías hacerlo, en lugar de estar tan a la defensiva.

El cirujano vaciló. ¿Era posible que su compañera tuviera razón? ¿Que, lejos de ser ella la persona conflictiva, marcada por un exceso de susceptibilidad, fuera él quien, con sus continuos cambios de talante y sus preconcepciones, estuviera creando mal ambiente? ¿O lo que ocurría era únicamente que todo aquel sinsentido lo estaba haciendo dudar? Por si acaso, evitó girarse.

—Convendría que nos calmáramos un poco —sugirió.

—Eres tú quien está nervioso, no yo.

—Yo...

Coral redujo la distancia entre ambos un poco más. Aun con todo el salitre y la suciedad que le recubría la piel, su perfume dulce y afrutado seguía siendo ostensible en torno a ella.

—Hablemos claro, ¿qué es lo que tanto te perturba?

—Perturbar no es la palabra.

La chica impulsó la mano hacia arriba con apego y una pizca de desafío. La cicatriz de su muñeca izquierda quedó situada muy cerca de su rostro.

—Tus ojos discrepan.

—No son una visión agradable —se armó Óliver de valor para reconocer—. Eso es cierto.

—Tampoco para mí, ¿sabes?

La confianza de la chica, que vino acompañada por cierta laxitud, ofrecía una oportunidad de comprender algo mejor qué estaba sucediendo. Si sabía aprovecharla bien, ahora que Coral se encontraba más receptiva, tal vez

consiguiera encontrar una respuesta a las incógnitas que poco antes acababa de plantearse.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó tras unos segundos de indecisión—. ¿Por qué llegaste tan lejos?

Ella se tomó su tiempo en elaborar una réplica. Cuando al fin comenzó a decir algo, Óliver respiró aliviado al constatar que su inflexión continuaba en calma.

—¿Y si lo desconociera? —dijo enigmática—. ¿No sería eso más desagradable, más perturbador que lo contrario?

—¿Es el caso?

Coral calló por un rato. Luego dejó que sus labios exhalaran una bocanada hueca y tomó a Óliver de la mano. El médico empezó a sentirse inexplicablemente menos tenso.

—No tengo ni idea. Y eso me aterra.

—Deberías darte una tregua —dijo más comprensivo de lo que pretendía—. En un momento u otro lo recordarás.

—Preferiría no tener que hacerlo.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Me da miedo lo que pueda descubrir —reveló la chica con voz muy frágil—; lo que pueda encontrarme cuando consiga saber qué fue lo que sucedió, quién soy realmente.

Su vulnerabilidad parecía sincera. Óliver se dejó arrastrar por la ternura y la empatía que despertaba en él verla hablar de aquel modo tan humano y rebajó sensiblemente su hostilidad aun a riesgo de que eso pudiera terminar volviéndosele en contra.

—Es tu pasado —dijo—. Tu historia.

—¿Y si esa historia también me aterra?

Óliver rememoró su propia experiencia con una sonrisa mustia.

—Bueno, a veces debemos recordar que no se puede huir del pasado eternamente.

—Tiene gracia que eso salga precisamente de tu boca.

—Supongo que sí —valoró tratando de disimular que el comentario le había molestado.

Coral no se dejó engañar por su actuación.

—Lo siento. No he debido decir eso —barbotó algo ruborizada.

—...

—¿Óliver?

El aludido se había quedado absorto una vez más frente a las cicatrices de sus muñecas. Una vaga línea acuosa había comenzado a lustrarle ambos ojos con motivo de las imágenes también muy tristes que estas habían promovido en su memoria.

—¿Sí?

—No quiero que me tengas miedo.

Las manos de ambos supervivientes se entrelazaron en un ademán de significado opaco. El médico, que ni daba crédito a lo que acababa de suceder ni estaba seguro de que debiera estar sucediendo, permitió que Coral apoyara el rostro entre su hombro derecho y su cuello y lo ciñera afectuosamente con el otro brazo.

—No —dijo acariciado por su respiración—. Claro que no.



Kaizen

Sin duda, era un animal fascinante...

De color gris plateado, con franjas oscuras en ambos costados, zarpas afiladas y gesto altivo, sus ojos negros contemplaban a Óliver desde lo alto de la bursera mientras la cresta de espinas de su columna vertebral se elevaba sobre las rugosidades de la piel, la papada se le inflaba a modo de técnica disuasoria en torno a la fina línea de la mandíbula y una especie de arcos óseos se tensaban bajo ella para mantenerlo todo bien desplegado.

Óliver había reproducido muchas veces las hechuras de aquellos reptiles en papel, pero ahora que veía uno frente a frente, y no en las instrucciones de un manual de origami, le resultaba algo increíble, y en cierta manera hasta irreal, que pudiera existir una criatura así. Su belleza era hipnótica y repulsiva a la vez; sus cabeceos y, en general, todos los movimientos de su cuerpo, un espectáculo desconcertante; y el gesto retador de su rostro moldeado por siglos y siglos de escrupulosa evolución, tan humano que hasta parecía estar exhibiendo una sonrisa.

Tal vez por todas estas singularidades, estar pensando en si sería comestible en vez de aprovechar para reflexionar sobre otros asuntos más elevados, como, por ejemplo, si una criatura de semejantes características podía haber sido diseñada únicamente por la naturaleza, le producía tanto rechazo.

—No te pongas así —estiró la mano con cuidado hacia la cabeza del animal, curioso—, soy inofensivo...

La iguana se mantuvo inmóvil y aparentemente receptiva hasta que el ruido de unos pasos la hizo huir de un salto hacia las rocas cercanas.

—Dicen que saben a pollo... —dijo Coral apareciendo detrás de Óliver por sorpresa.

El atractivo de la chica era innegable incluso estando su indumentaria, unos pantalones cortos de tela vaquera y una blusa vaporosa de color blanco,

bastante sucia y rasgada. De pie frente al mar en reposo, con los cabellos alborotados por la brisa y los ojos teñidos por las primeras luces de la mañana, su imagen recortada contra el horizonte transmitía una apacibilidad dulce y remolona.

Óliver se volvió para saludarla, aunque no de una manera excesivamente efusiva, pues, tras las dos conversaciones del día anterior, averiguar qué disposición debía adoptar frente a ella seguía siendo todo un misterio.

—Una excusa perfecta para devorar lo hermoso, el sabor a pollo —sonrió la superviviente, irónica.

—¿Te encuentras mejor?

Coral se acercó hasta el cirujano y le dio un beso en los labios que él no supo muy bien cómo encajar.

—Sí —dijo—. Lamento haberte dado la noche.

Se refería a que horas antes, en el refugio, había despertado sudorosa debido a otra de sus pesadillas. Él la había ayudado a recuperar la calma, como era lógico, pero cuando, al poco de despertar, la chica lo había mirado a los ojos para decirle entre lloriqueos algo similar a «Óliver, has regresado», había tenido un mal presentimiento.

—Las pesadillas son algo normal —trató aun así de actuar con naturalidad—. Incluso necesario. ¿Las tienes a menudo?

—No lo recuerdo, ya lo sabes.

—El primer día tampoco dormiste bien —le recordó.

Ella esbozó otra sonrisa, más coqueta y espontánea que la inicial.

—El primer día solo eras un desconocido.

Óliver se quedó mudo ante el comentario, no tanto porque lo hubiera halagado como por la mezcla de respeto y dentera que le suscitaba escuchar algo así en boca de Coral.

—Lo sé —rió la chica quitándole importancia—, voy demasiado rápido.

—Tal vez un poco... —luchó el médico por relativizar también, con escaso éxito.

—Solo bromeaba, tranquilo.

—Estoy tranquilo —mintió—. Espero, en todo caso, no haber tenido nada que ver con tu pesadilla.

Coral se quedó en silencio mientras calibraba mentalmente una respuesta.

—¿Cambiaría algo que lo hubieras hecho? —habló en cuanto logró encontrar una frase apropiada.

La audacia del planteamiento hizo que su compañero de naufragio se

sintiera contra las cuerdas. Por un lado, quería ofrecerle una réplica franca, pero, por otro, el temor a que eso pudiera desatar otra de sus imprevisibles pataletas le sugería que se moderara. El triunfo se lo llevó finalmente la indecisión, ya que no llegó a manifestarse a tiempo en favor de ninguna de las dos posibilidades.

—Óliver, voy a ser muy sincera —tomó ella misma la iniciativa, intuyendo los motivos detrás de aquellas reservas—, sé que estás preocupado, que piensas que estoy chalada por..., bueno, por comportarme de este modo contigo sin conocerte apenas... —Realizó una pausa para tomar aire—. Te doy miedo, desconfías, lo sé muy bien, pero yo lo último que deseo es que me veas así. Lo creas o no, soy una persona normal a pesar de esto —señaló la cicatriz de su mano izquierda con el dedo índice de la derecha—, solo que..., ¿a cuántas personas normales has conocido en una isla desierta tras sobrevivir a un accidente de avión?

El cirujano se sorprendió al advertir que la pregunta acababa de arrancarle una sonrisa. Coral se expresaba de pronto de una forma tan preclara, tan racional, que no parecía la misma persona.

—A ninguna —respondió con cierto desenfado—. Tú eres la primera.

Los dos náufragos compartieron entonces un receso cómplice. Coral lo puso en suspenso, al cabo de unos segundos, para retomar su discurso.

—Escucha, si lo que quieres saber es si salías en mi sueño, no puedo negar que sea así —convino con diafanidad—. Lo hacías, salías en él, aunque solo al principio. Luego..., luego te ibas —añadió apesadumbrada—. Por ello yo me revolvía y chillaba, porque no te encontraba, porque ya no estabas conmigo, porque me despertaba de mañana, como hoy, y me habías abandonado sin decir nada y yo no podía dejar de pensar que lo habías hecho porque mis errores te habían ahuyentado. —Despachó una mirada cohibida con él—. Fue solo un sueño, un simple sueño... Tú mismo dijiste, cuando abrí los ojos, que era mejor ignorarlo. No creo que tener un subconsciente me convierta en una psicópata. Simplemente, me gusta estar a tu lado. —Lanzó un lamento involuntario—. Y, si soy honesta, cuando pienso en que quizás ayer haya conseguido que tú no lo estés al mío, siento una gran tristeza... Solo espero que me creas y esto no se convierta en un problema. —Trató por último de articular una expresión risueña que se quedó en mera línea temblorosa—. De verdad.

Óliver volvió a admirarse por la lucidez con la que aquella chica continuaba describiéndole sus sentimientos. A juzgar por la contricción de su

voz y el sesgo apocado de su lenguaje corporal, no podía decirse que aquel arrepentimiento fuera una farsa. Más bien al revés, la imagen que daba era la de alguien que se hubiera percatado de lo profundo de su metedura de pata y quisiera arreglar las cosas para dejar de sufrir por ello. Óliver no solo podía entender su frustración, sino que conectaba bastante con el desamparo que a menudo solía traer consigo. En parte debido a esa sintonía, comenzó a experimentar cierta culpabilidad cuando la chica, ante lo prolongado de su silencio, dio media vuelta para regresar cabizbaja al refugio.

—¡Coral! —gritó su nombre antes de que se alejara demasiado. Ella se volvió pasados unos instantes, muy seria.

—¿Sí?

El náufrago dudó acerca de si debía trasladarle lo que cada vez se sentía más tentado a trasladarle. A fin de cuentas, por más que el cuerpo se lo pidiera, tal vez fuera una opción demasiado peligrosa.

—No me iré si no es contigo —cedió pese a todo al apremio. Mientras pronunciaba aquel mensaje, un escalofrió le encrespó la piel—. Lo prometo.

Ella tomó nota desde la arena, bajo la atenta mirada de la iguana, que reapareció sigilosa entre las burseras, y continuó caminando hacia el campamento a un ritmo ya algo menos decaído.

Ninguno de los dos supervivientes se aproximó al otro durante el resto de la mañana. Ese distanciamiento, paradójicamente, tenía mucho más de positivo que de negativo. Lo que estaba ocurriendo entre ellos no era otra cosa que lo que Bernardo, el *coach* que Bárbara le había recomendado para reorientar su reciente caída en desgracia, denominaba «pequeños ajustes de foco». Según el joven experto en crecimiento personal, un tipo bastante influido por las culturas asiáticas, y en particular por la filosofía japonesa del *kaizen* o mejora progresiva, la única manera eficaz de solucionar problemas de cierta envergadura consistía en realizar modificaciones muy pequeñas en detalles muy concretos, de manera gradual, para de ese modo dar pie a un cambio drástico a largo plazo.

Óliver había escuchado hablar de aquella técnica ya con anterioridad, pero nunca hasta haber conocido a Bernardo le había dado por pensar que pudiera tener una aplicación práctica fuera del contexto de la empresa. El *coach* le había enseñado que se equivocaba y, gracias a sus metódicos planes de autosuperación —en los que jamás habría creído de no ser porque, para su propia sorpresa, funcionaban—, había logrado sobreponerse a todos sus problemas y volver a asomar la cabeza fuera del pozo. Al menos, lo había

logrado durante una breve temporada... Luego el destino había irrumpido a lo loco en aquel bonito y prometedor horizonte con sus retruécanos de mal gusto y todo había vuelto a desmoronarse cuando la enfermedad comenzó a arrojarle los primeros síntomas a la cara hasta empujarlo de nuevo al fondo del agujero.

En las etapas más duras de aquella crisis, ni siquiera el estímulo encarnado por la figura de su hijo, un sólido eje de motivación a lo largo de la terapia que Bernardo, con gran profesionalidad, le había diseñado a medida, logró mentalizarlo lo suficiente para seguir luchando. Por culpa de ello, había acabado pensando cosas que no debía pensar, planteándose hacer cosas que jamás debía haberse planteado hacer y subiéndose a vuelos en los que nunca tendría que haber embarcado. Todo, en teoría, para proteger al chico, aunque ahora veía claro que su estrategia estaba errada, pues con ella solo había conseguido traumatizar su infancia aún más de lo que ya lo había hecho Liz.

Mientras observaba desde el refugio cómo Coral manejaba la lanza con destreza para capturar la comida del día, aquello parecía ahora algo mucho más lejano de lo que en realidad era. Los consejos del especialista, en cambio, reivindicaban su vigencia con cada mirada furtiva que la chica le dirigía y cada asentimiento que él le devolvía entre soplido y soplido a los rescoldos de la hoguera.

Para que todo continuara progresando en la misma dirección, solo tenía que limar algunos de sus defectos más característicos, como la precipitación, la rigurosidad, el orgullo, el miedo al fracaso o el exceso de autoexigencia. Si ella, por su parte, lograba domar sus prontos y le dejaba algo de espacio para respirar, como había hecho en las últimas horas sin necesidad de que nadie se lo pidiera, no tendrían por qué producirse más fricciones entre ambos. Al contrario, aunque a Óliver le fastidiara tener que enfrentarse a ello, era presumible que, con el tiempo y la familiaridad, volvieran a compartir escenas como las vividas en el promontorio.

La posibilidad de que eso lo arrastrara a tener que poner a prueba, otra vez más, la consistencia de su duelo, levantaba en Óliver una zozobra mareante, pero él también sabía que iba a necesitar algo más que alimentos frescos, agua potable y una gran capacidad de resiliencia —otra de las palabras favoritas de Bernardo— para encarar su propia estadía en aquella isla.

A no ser, claro, que alguien los sacara de allí.

El corazón casi le da un vuelco cuando ese pensamiento pasó del plano de las conjeturas al de la realidad tras ver que el teléfono móvil robado a su

compañero de viaje comenzaba a vibrar y a iluminarse. Óliver se lanzó sobre él con ansia. Al descolgar sin ni siquiera detenerse a mirar el número, solo escuchó unas densas interferencias mezcladas con una voz femenina muy muy distante.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con excitación—. ¡Por favor, ayúdenos!

Las interferencias se atenuaron un poco. Entre las distorsiones provocadas por la electricidad estática, Óliver pudo oír la voz de manera algo más clara. Se expresaba en un idioma extranjero que no alcanzaba a ubicar. Posiblemente oriental. Óliver recurrió al inglés, lengua natal de su padre, en la que él mismo se manejaba con fluidez, para facilitar la comunicación.

—¿Hola? ¿Me escucha alguien?—preguntó con perfecto acento británico.

Si hubo algún tipo de respuesta, no logró captarla entre las interferencias, por lo que emprendió a toda prisa el camino de los promontorios en busca de una mejor cobertura.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Quien fuera que se encontrara al otro lado, o bien tenía tantos problemas como él mismo para hacerse entender, o bien no estaba interesado en hablar.

—¿Hola? —insistió—. ¿Me oye?

Las interferencias cesaron momentáneamente y Óliver pudo apreciar una respiración.

—¿Quién es usted? —respondió la voz al fin, con un fuerte acento asiático—. ¿Dónde está Dhaval?

—Escúcheme —Óliver orilló la desconfianza de su interlocutor y se apresuró a identificarse—, mi nombre es Óliver Eldricht, soy uno de los supervivientes del vuelo Trans-Pacific Wings número...

La señal volvió a desvanecerse. No se escuchó nada inteligible por el auricular hasta que, al menos medio minuto más tarde, las interferencias dejaron entrever un par de palabras aisladas. El médico no logró decodificar ninguna de ellas.

—Hola, ¿sigue ahí? —intentó reanudar el contacto—. ¡Por favor, no cuelgue! —El sonido de la estática creció hasta acapararlo todo—. ¡Tiene que ayudarnos!

La línea se perdió definitivamente con una especie de estallido. Óliver chasqueó la lengua frustrado y comprobó en la pantalla del terminal que el indicador de cobertura no mostraba ninguna franja. ¿Era posible tener peor suerte? Coral apartó los ojos del agua, desde la playa, y se quedó mirando hacia él con un pez ensartado en su herramienta de pesca para luego arrojarlo

a la arena y volver al trabajo. No parecía haberse enterado de nada. Óliver pensó que era mejor así —ni quería crearle falsas esperanzas ni mucho menos perderlas él mismo— y caminó de regreso al arenal.

Alrededor de media hora más tarde, el cirujano limpiaba las piezas capturadas por la chica junto al fuego ya avivado mientras ella recolocaba con esparadrapo el bisturí del extremo de la lanza fijado al resto de la madera.

—Ya está bien sujeto, ¿no crees? —dijo Óliver en referencia a que había gastado demasiada cinta en ello.

Coral entrecerró los ojos con desaprobación y reforzó el agarre del escalpelo dando todavía un par de vueltas más con el adhesivo alrededor de la rama.

—¿He dicho algo malo? —preguntó su compañero para salir de dudas.

—No lo sé —refunfuñó ella, sarcástica y hostil—. No he podido oírte.

—¿Oírme?

—Lo que decías por teléfono —puntualizó con reproche—. ¿Creías que no te había visto?

Óliver tiró de las vísceras del pescado que estaba limpiando en esos momentos y las arrojó a la orilla. Varias aves acudieron a pelear por ellas. Solo al cese de sus graznidos se decidió a responder.

—Lo creía. Y esperaba que fuera así, la verdad —dijo en tono calculadamente sosegado.

—¿Por qué?

—A veces tienes reacciones un poco intensas —dijo velando por mantener la calma para que no sonara como una recriminación, sino como un simple apunte carente de malicia—. Pensé que sería lo mejor que no supieras nada. Después de todo, las cosas siguen exactamente igual. ¿Para qué complicarlas?

Coral cortó el esparadrapo con los dientes.

—Eso es bastante contradictorio —gruñó escupiendo un pequeño pedazo al suelo—. Lo que estás haciendo es justo complicar las cosas. Y de manera innecesaria, en mi opinión.

Su argumento tenía cierta lógica. Por ello, pese a que no le había gustado demasiado que Coral volviera a tomarse todo tan a pecho, Óliver apeló al *kaizen* y eludió toda posible controversia en favor del entendimiento mutuo y la transparencia, tal y como el *coach* solía recomendarle en sus sesiones.

—¿Qué quieres saber?

—Creo que es evidente.

—De acuerdo. Hace un rato, mientras preparaba el fuego, el teléfono se puso a sonar —transigió el cirujano con naturalidad—. No se escuchaba muy bien, así que me acerqué al promontorio por si allí había cobertura. Traté varias veces de hacerme oír, pero la señal se fue antes de que pudiera hablar con ella.

—¿Ella? —En los ojos de Coral fulguró un brillo escamado.

—Su voz sonaba femenina, al menos.

Óliver advirtió demasiado tarde que había cometido una equivocación y, como para paliar la posible trascendencia del desliz, colocó uno de los peces sobre el fuego. Coral enderezó el espinazo en una postura recelosa.

—¿No crees que es un poco raro que te lo hayas callado?

El médico tuvo que forcejear contra su propia paciencia para que no se le notara el enfado que sentía por aquella absurda regresión al conflicto.

—No lo estropees, por favor —le rogó conciliador—. No ahora.

Ella meneó la cabeza y frunció el ceño con impertinencia. Su rostro era un charco de gasolina al que solo le faltaba una chispa para entrar en combustión.

—¿Yo?

—No te dije nada para no desanimarte. Solo eso.

—Hablas como si no tuviera importancia...

—Porque no la tiene.

—¿Recibimos una llamada después de días aquí varados y pretendes hacerme creer que no tiene importancia?

El cirujano cogió otro de los pescados y hundió la mano en su panza para eviscerarlo. Las aves que aguardaban en la orilla se revolviéron con expectación.

—Creo que tenemos conceptos muy distintos de lo que significa la palabra *importante* —añadió Coral ante su silencio.

Los dedos de Óliver hurgaron por entre las cavidades del pez con un sonido rugoso. Una delgada capa de sudor comenzó a empaparle la frente. El sol azotaba en lo alto con inclemencia.

—Hace un par de días no parecías tan interesada en que nos rescataran —le afeó su tono.

—Tergiversas.

El náufrago se limpió el sudor con el dorso de la única mano que tenía libre. Con aquella iban ya dos meteduras de pata en poco menos de un minuto. No podía incurrir en una tercera o todo volvería a venirse abajo.

—Trataba de protegerte, nada más —dijo exprimiendo al máximo su

capacidad de contención, de nuevo según las enseñanzas aprendidas de Bernardo—. Puede que haya sido estúpido ocultártelo, pero no tienes por qué ponerte así.

La chica inclinó la cabeza con vergüenza.

—¿Quién era? —preguntó volviendo a alzarla al rato, como guiada por una fuerza superior a la de su propia voluntad.

—¿Quién era quién?

—La mujer con la que hablabas.

Óliver se quedó blanco. ¿En verdad aquel comentario escondía un ataque de celos? ¿O solo se trataba de una broma sin gracia?

Fuera cuál fuera la opción correcta, Coral aguardaba a que dijera algo con el mismo rictus acechante con el que los pájaros aguardaban a que les cayera algún pedazo de comida.

—¿Está viva? —se adelantó ella en vista de que no obtenía respuesta—. ¿También me has mentado con eso?

El médico procedió a extraer las tripas del segundo pescado, pero tiró de ellas con tanta rabia que una espina se clavó en la parte más carnosa de su dedo índice, persuadiéndolo de retirar la mano.

—Creía que no eras ninguna psicópata —dijo—. Un hilo de sangre oscura comenzó a mezclarse con las viscosidades salidas del animal. Coral le acercó un cuenco con agua de mar para que se limpiara.

—Y no lo soy —sonrió.

Óliver sumergió el dedo en el líquido y lo agitó con suaves movimientos circulares hasta que la sangre se diluyó por completo en ella, dejando un rastro de color rojo claro en el fondo del recipiente.

—Me alegra oírlo —aseguró entonces, imperturbable en apariencia pero con un toque de hartazgo y amenaza en la entonación—, porque ni tengo idea de quién era la persona del teléfono ni me gustaría pensar que realmente dudas acerca de lo que te he dicho sobre la muerte de mi esposa.

—¿Y cómo...? ¿Cómo puedo estar segura de eso? —balbuceó Coral, ya mucho menos beligerante.

Óliver sopló la herida de su dedo con cansancio y le pasó a la chica la pieza que había dejado a medio limpiar.

—Muy fácil —dijo mientras su imagen se reflejaba en el agua ensangrentada como un mal presentimiento—: confiando en mí.



Hachazos contra las olas

Al amanecer, Óliver Eldricht se levantó en silencio antes de que Coral despertara y deambuló alrededor de la isla sintiéndose inquieto y tenso. No quería elucubrar demasiado acerca de lo que había sucedido el día anterior, ya que continuaba sin saber qué pensar al respecto y, además, eso lo debilitaba demasiado cuando debía centrar sus esfuerzos en tareas más fructíferas, pero tampoco podía dejar de hacerlo. Cada vez que los pájaros gañían a sus espaldas, sus cavilaciones recalaban con tozudez en la chica con quien, le agradara o no, estaba obligado a compartir aislamiento hasta que todo terminara.

Suponiendo, claro, que llegara a terminar algún día...

De entre todas las vicisitudes que el cirujano había vadeado a lo largo de su vida, aquel naufragio era la más alucinante. En todos los sentidos de la palabra. Primero, el avión de Trans-Pacific Wings se había estrellado en mitad del océano justo cuando él se había dado cuenta de que no tenía que haber subido; luego, unos marcadores digitales salidos de la nada y una horda de zombis habían zarandeado su percepción de tal manera que comenzaba incluso a ponerla en duda; y, por si con todo lo anterior no fuera ya suficiente, la única otra persona que había sobrevivido al siniestro no solo parecía haberse enamorado de él de un modo enfermizo, sino también, y esto era lo que realmente le asustaba, estar más celosa a cada momento de su mujer muerta y de... ¿una voz telefónica con acento asiático?

De no ser porque no tenía ninguna gracia, era una situación digna de unas buenas carcajadas. O, al menos, como ya había pensado antes, de una buena historia de ficción similar a las que tanto éxito le habían granjeado a su mujer.

Era bastante gracioso, a este respecto, recordar que Liz siempre había tratado de animarlo a que redactara algún libro. «Tienes la sensibilidad, el talento y el manejo del lenguaje —aún podía escucharla en sus recuerdos convenciéndolo de coger la pluma—, solo te falta tener también algo que

contar...».

Su insistencia con el tema había sido tal que Óliver, en sus ratos libres, había comenzado a esbozar en secreto una historia con la idea de darle una sorpresa y hacer más llevadera su convalecencia, pero luego había ocurrido lo que había ocurrido y, golpeado por el fatalismo, había arrojado el borrador a la basura con la promesa de no volver a escribir nada nunca más.

Desde su nueva posición, veía ahora que quizás se había precipitado al cerrarse aquella puerta, porque, en el caso de que algún día regresara al hogar, estaba claro que no le faltaría materia prima acerca de la que novelar. Si acaso, le faltaría tiempo. El mismo tiempo que se arrepentía tanto de haber perdido y que ya jamás podría recuperar... La hipótesis de que ese plazo pudiera agotarse en la isla, y no junto a Max, le deparó un estremecimiento. Su incomodidad devino en auténtica angustia cuando pensó de nuevo en Coral y las imágenes de sus cicatrices destellaron con ferocidad en su cabeza. Con tanto malentendido, ya casi había olvidado que ella no era la única que sospechaba del otro: aquella mujer ocultaba algo, lo presentía. Ocultaba algo en la misma medida en que él se ocultaba a sí mismo muchas otras cosas... De lo que ya no estaba tan seguro era de que quisiera conocer qué escondía.

La última vez que se había enfrentado a un dilema similar, durante los últimos años de su relación con Sylvie, había acabado descubriendo verdades muy poco agradables. Si lo que Coral ocultaba era igual de oscuro, el desenlace se revelaría tan agrio y descarnado, a la postre, como el que había puesto punto y final a aquel drama, con la peculiaridad de que, esta vez, ninguno de los dos podría escapar del otro.

Bernardo solía decir que activar el cuerpo era una buena manera de apaciguar la mente, así que, a su llegada a la cala del extremo opuesto de la isla, en la cara más alejada del refugio, corrió hasta la orilla y se zambulló de cabeza en el mar para dar unas cuantas brazadas.

El chapuzón le sentó de maravilla pese a que la pierna todavía le dolía un poco. Sus músculos, sus nervios y su piel se templaron, tersados por el agua. De igual manera, mientras se desplazaba bajo ella rodeado de coloridos bancos de peces en movimiento y acariciaba el sargazo y los corales del fondo con las manos, logró dejar de rumiar por un instante acerca de todo lo que lo había llevado hasta allí.

Aquellos fugaces relámpagos de dicha, de tranquilidad desanclada de toda comezón, eran los que tan solo unos días antes le habían hecho dudar a la hora de...

—¡Coral! —exclamó al toparse frente a frente con la chica al emerger del agua. Su cuerpo lucía rígido al pie de la orilla y en su semblante reinaba una expresión bastante sombría—. ¿Qué estás...? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me tenías preocupada —dijo ella con desabrimiento.

—Solo tomaba un baño...

—¿Aquí?

Óliver dudó de nuevo acerca de qué respuesta darle, e incluso sopesó volver a mentirle para no irritarla. En el último momento, concluyó que, o comenzaba a marcar un poco el terreno recuperado el día anterior y a ser algo más asertivo, o Coral terminaría avasallándolo una vez más, por lo que prefirió decir la verdad:

—Necesitaba estar a solas un rato.

Contrariamente a lo que esperaba, la chica no se lo tomó a mal.

—Todos necesitamos espacio para nosotros mismos de vez en cuando —se limitó a recitar, magnánima—. Tan solo querría que me avisaras cuando eso ocurra. No es agradable despertar de una pesadilla para descubrir que se ha convertido en realidad.

—Aunque quisiera marcharme, que no es el caso, no tendría ningún lugar a dónde ir.

—Lo sé. No he venido a hablar de eso. Solo quería volver a pedirte disculpas. Ayer actué como una lunática.

—¿Lo dices en serio?

—No era yo. O quizás sí... —la chica volvía a explicarse con la misma clarividencia abatida de la víspera, en lo que ya se perfilaba como un patrón sistemático de comportamiento—. Hay mucho que no sabes sobre mí, ya te lo he dicho. Ni yo misma lo sabía, para ser honestos.

—¿Comienzas a recordar?

Coral desvió la mirada hacia el suelo, alternando timidez y melancolía en un mismo ademán.

—Algo —dijo mientras contemplaba su propia silueta refractada sobre las olas—. No demasiado, pero sí lo suficiente. —Le enseñó de pronto la novela que había estado leyendo.

—No sé si te sigo...

—Creo que es mía —aclaró ella.

—¿Tuya?

—Toda la maleta. —Irguió la cabeza para observarlo con decoro—. La ropa que había dentro me queda demasiado bien. Y, de repente, recuerdo

también algunas partes del argumento del libro...

Óliver le dedicó una sonrisa intencionadamente mansa.

—No es un libro fácil de predecir. Deberías estar más contenta.

—He recordado otras cosas. Cosas no tan alentadoras...

—¿Tus cicatrices?

La chica asintió con resignación.

—Entre otras —comenzó a flojearle la voz—. También la desesperación, la ausencia... y la sensación de alivio sobre el agua ensangrentada. —Se detuvo por un segundo para tragar saliva y examinar las líneas rosáceas de sus muñecas—. Realmente quería morir cuando me hice esto, realmente estaba decidida a ello...

El cirujano no supo qué decir. Frente a aquella chica tan dada a los cambios bruscos de humor, el extrañamiento comenzaba a presentarse más como una condición necesaria, casi un requisito *sine qua non*, que como una anomalía de carácter transitorio.

—¿Quieres que lo hablemos? —se atrevió a preguntar pasados unos segundos.

Ella removió el agua con los dedos del pie izquierdo hasta que su imagen se disolvió resquebrajada por un montón de círculos concéntricos y caóticas ondulaciones.

—No hay mucho más que eso —declaró con sinsabor—. Es como mirar a través de un cristal traslúcido y astillado: solo distingo retazos, fragmentos inconexos de algo que no consigo ver del todo.

Lo que Coral acababa de describir era algo que a Óliver no le resultaba ajeno. Aquella chica en su conjunto, de hecho, se le antojaba una figura muy cercana de un modo que él tampoco podía verbalizar, y quizás esa inevitable simpatía, esa afinidad tan equidistante, se encontraba detrás de todas las dificultades que ambos estaban teniendo para entenderse, pues, de alguna forma, plantaba entre ellos una barrera infranqueable motivada por el reconocimiento de ciertos rasgos de conducta propios en el otro.

—Tal vez deberías dejar de pensar en ello —fue todo cuanto dijo para consolarla.

—Ese es el problema —repuso la chica con ojos llorosos—. No soy capaz de hacerlo...

Al escuchar su respuesta, Óliver se acercó para darle un abrazo. Los cuerpos de ambos náufragos, humedecidos por el agua en un caso y por el sudor en el otro, colisionaron con un acoplamiento suave. Coral rodeó la

espalda del médico y sus dedos se extendieron sobre ambos costados como las prolongaciones del ansia que bullía en su interior.

El superviviente estaba tan próximo a sus cabellos, cuyas puntas habían comenzado a volverse más rubias como consecuencia de la falta de cuidado, que casi pudo paladear el poso afrutado y dulzón que increíblemente aún seguían conservando. De ahí a volver a sucumbir al deseo de besarla solo mediaron unas cuantas respiraciones a flor de piel, un arrebatado dejarse caer sobre la arena y un intercambio visual muy breve y corroído por el ardor.

En el punto más álgido de esa efervescencia, cuando ya ambos se preparaban para ir un poco más allá, Óliver vio que otro ciempiés brotaba entre movimientos espasmódicos del oído izquierdo de la chica y frenó en seco con horror.

—¿Estás bien? —inquirió Coral, confusa.

El cirujano cerró los ojos y aguardó unas cuantas respiraciones antes de volver a abrirlos. Como había previsto, el insecto ya no se encontraba allí, con lo que la incógnita quedaba más o menos despejada: su irrupción no había sido real.

—Sí, estoy bien —respondió finalmente—. Muy bien...

Coral sonrió y deslizó las yemas de sus dedos sobre Óliver hasta enmarcar su rostro con las manos.

—Siento tener que decírtelo —mencionó entonces, todavía afectada por el llanto—, pero creo que te quiero.

Acto seguido, sin permitir que Óliver pudiera asimilar su confesión, ni mucho menos retirarse, enredó sus piernas en torno a su cuerpo, acercó la cabeza poco a poco en su dirección y se enzarzó con él, igual que había ocurrido la noche del promontorio, en una apasionada tormenta de besos.

La resaca de bienestar originada por aquel segundo encuentro se prolongó hasta bien entrada la noche, dejando en Óliver una agradable impronta de liviandad aun cuando la irrupción del ciempiés, primero, y las palabras de Coral, después, eran dos motivos de desvelo bastante relevantes. La estela placentera de lo que había ocurrido entre ambos comenzó a cuartearse, en cualquier caso, tan pronto como el sol se puso tras la línea del horizonte, y el mismo cargo de conciencia, las mismas ideas atribuladas y las mismas conclusiones acerca de su falta de compromiso con la memoria de su esposa que la primera vez le infectaron de nuevo la mente. No importaba que hubieran transcurrido más de dos años desde el fallecimiento de Liz, no importaba que ella misma le hubiera repetido mil veces que no quería que dejara de vivir por

su culpa, no importaba tampoco la excusa de que aquella chica guardara cierto parecido con ella, ni mucho menos que los sentimientos que aseguraba experimentar no fueran correspondidos con la misma entrega: toda vez que sus hormonas volvieron a calmarse tras la agitación vivida en la playa, los fantasmas de la culpa, el arrepentimiento y el autodesprecio volvieron inexorablemente a atormentarlo.

Óliver había leído tiempo atrás, en un libro de historia de las civilizaciones antiguas, que algunas culturas celtas enviaban guerreros armados con hachas y espadas durante los temporales más virulentos para que batallaran contra las olas y de este modo pudieran hacerlos remitir. La frustración que estos combatientes debían sentir frente a las fuerzas de la naturaleza era la misma que el médico sentía frente a su incapacidad para concederse un respiro. Cansado, se levantó en silencio de la cama, si es que así podía llamársele a la madriguera donde dormía cada noche desde la reconstrucción del campamento, cogió una de las cajetillas de tabaco encontradas en la maleta y, tras abrirla cuidadosamente, se acercó hasta la hoguera con un cigarro entre las manos para encenderlo en sus rescoldos. La vigorosa calada con la que quiso acelerar la combustión de las virutas de tabaco hizo que más humo del previsto inundara sus pulmones y lo asaltara un inoportuno ataque de tos.

Mientras lidiaba como podía con las convulsiones de su sistema respiratorio, Óliver se alejó hasta una de las rocas de las inmediaciones, tomó asiento sobre ella y elevó la cabeza una noche más hacia el cielo trufado de estrellas. El recuerdo de Max se proyectó casi de inmediato en su imaginación. Y, al igual que le ocurría en ocasiones cuando conmemoraba a Liz, el miedo a que algún día aquella figura pudiera llegar a desdibujarse, bien fuera por la distancia, por el olvido o por los efectos secundarios de su enfermedad, le agarrotó la boca del estómago.

Para apartar su atención de aquel asunto tan espinoso, bajó la mirada hasta situarla en perpendicular a la línea del océano. El truco consiguió distraer el flujo de sus pensamientos por unos segundos, pero ni siquiera la calma en la que se encontraban sumidas las aguas bastó para domeñarlos, ya que en la nueva dirección encarada por sus ideas pronto interfirió la imagen de Coral, quien, por más que a ratos se mostrara capaz de actuar con normalidad, e incluso de articular discursos bastante razonables sobre su propio proceder, seguía sin parecerle una persona muy estable desde el punto de vista psicológico. Al menos eso era lo que sus frecuentes ataques de ira, sus

tendencias celosas irracionales y su facilidad para decir «te quiero» a alguien que apenas conocía de unos días le hacían sospechar.

—No sabía que fumaras. —La chica apareció de pronto a su lado con una manta cubriéndole los hombros, como si haber pensado en ella hubiera invocado su presencia allí de algún modo.

—Porque no fumo —sonrió Óliver—. Únicamente quería probar qué se siente al hacerlo...

Coral sonrió también, se acomodó sobre la roca, pegada al cirujano, y compartió la mitad de la manta con él. Este no evitó que lo hiciera, pero comenzó a sentirse algo presionado pese a que sabía que no había mala intención en su gesto.

—¿Me das uno?

—Los que quieras. —Óliver le acercó la cajetilla entre carraspeos—. Dices que son tuyos, ¿no?

La chica tomó uno de los pitillos y utilizó el del propio Óliver para prenderlo. Igual que le había ocurrido al médico, sus pulmones protestaron al instante, asediados por el humo. Coral refrotó la lengua entre los labios y los incisivos con un tic repugnado y hundió el cigarro en la arena para apagarlo lo antes posible.

—Creo que prefiero lo de las venas —bromeó en un arranque de humor macabro—. Es menos desagradable y no lleva tanto tiempo.

El cirujano se autorizó a combar los labios e insinuar una sonrisa. Al darse cuenta de que lo que acababa de hacer no era muy respetuoso con Liz, le sobrevino una punzada de pudor y volvió a ponerse serio rápidamente.

—Puede que con el resto de las cosas me ocurra lo mismo —dijo Coral, ya recuperada de su tos.

—¿A qué te refieres?

Óliver se llevó el cigarro a la boca y, aunque la primera calada había estado bastante lejos de gustarle, dio otra más guiado por una suerte de incomprensible inercia autodestructiva.

—Si esa maleta era realmente mía significa que antes fumaba, ¿no? —razonó la chica—. Ahora, por el contrario, ya ves que el humo no me va mucho...

—Quizás nunca hayas sido fumadora. —Óliver volvió a carraspear, de un modo mucho más sutil esta vez.

—¿Con dos cartones de tabaco en la maleta? Permíteme que lo dude.

—No sabemos a ciencia cierta si la maleta es tuya, y, en cuanto al tabaco,

bueno, podría perfectamente tratarse de un regalo.

La chica lo miró con ojos entre desencantados y contrariados, como en ocasiones el propio Óliver miraba a su hijo para darle a entender que no había dicho algo muy inteligente.

—Te recuerdo que sé lo que va a pasar en la novela —afirmó tenaz—. Hace dos días, ni siquiera me sonaba el autor.

—Es un libro de culto. Miles de personas lo han leído —se resistió el médico a darle la razón para evitar que siguiera obsesionándose. Por el celo con el que la chica encallecía sus rasgos mientras lo escuchaba hablar, dedujo que igual se había equivocado de aproximación—. Lo extraño, en tal caso, sería salir de viaje con un libro ya leído en la maleta.

—No es tan extraño. A muchas personas les gusta releer los libros que les han hecho pasar buenos ratos o que las han marcado de alguna forma. Este, en particular, es además bastante ligero.

—Sabes bien lo que quiero decir.

—Si es una excusa para no tener que decírmelo tú, vas a tener que mejorarla.

El acento inconfundiblemente agraviado con el que Coral acababa de expresarse no auguraba nada bueno. Óliver lo comprendió a tiempo y creyó oportuno reencarrilar la conversación para prevenir disputas de mayor calado.

—Olvidalo —improvisó una sonrisa endeble que no disimulaba su nerviosismo—, solo hablaba por hablar.

—Tú nunca hablas por hablar. No es tu estilo.

—No me conoces tanto como para...

—¿Es necesario que estés todo el tiempo marcando distancias? Porque esta mañana, en la playa, no parecía que te importara mucho saltártelas.

Óliver enrojeció. La puya de la chica tal vez estuviera tan fuera de lugar como el tono sublevado que había utilizado para verbalizarla, pero ni siquiera él podía negar que fuera cierto.

—Está bien —claudicó—. Lo que quería decir es que... —tomó aire antes de rematar la frase—, bueno, que a veces, y espero de verdad que no te lo tomes a mal, tengo la sensación de que me ocultas algo.

Ella lanzó una risotada sardónica.

—Creía que era yo la que iba demasiado rápido...

—No es eso.

—¿Qué es entonces?

—Solo una sensación. No tiene importancia —trató el cirujano de

soslayar el tema una vez más—. Posiblemente, hasta esté equivocado.

—Posiblemente, ¿eh? —ironizó Coral—. Es curioso que me acuses de ocultarte cosas cuando tú no estás siendo lo que se dice muy transparente conmigo.

—No creo que eso sea justo. Te he hablado de Max. Y también de mi mujer. Hacía mucho tiempo que no hablaba de ninguno de los dos con nadie.

—Ahora eres tú el que sabes bien lo que quiero decir.

Óliver no lo tenía claro del todo, aunque tampoco en ese tema podía negar que la chica tuviera razón. Había cuestiones de las que no le había hablado, asuntos que prefería no tocar para de ese modo ahorrárselos a sí mismo. Y ella, por algún motivo, los intuía sin necesidad de concentrarse demasiado, igual que algunos perros podían detectar el cáncer con el olfato.

—Lo último que quiero es discutir contigo —aclaró el cirujano—. Lamento mucho si...

—¿Qué es lo que crees que oculto?

—Coral, de verdad, no hace falta que...

—¿Qué es lo que crees que oculto? —repitió ella amenazante.

La cualidad casi pétrea de su mirada volvió a conseguir que Óliver se sintiera de nuevo atrapado entre dos alternativas sin garantía de éxito. Si negaba que desconfiara, se exponía a que no lo creyera y se enojara todavía más, y, si lo admitía, iba a tener que seleccionar muy bien sus palabras para no encorajarla igualmente. Mientras meditaba los pros y los contras de ambas opciones, sorbió el filtro de su cigarrillo.

—A veces pienso que utilizas la amnesia como coartada para ocultarme información sobre tu pasado —manifestó al fin, con un convencimiento inhábil—. Puede que hasta para reconstruirlo. —Dos largas serpentinas de humo se deslizaron displicentemente a través de los orificios de su nariz.

—Lo que dices no tiene sentido...

Óliver endureció los músculos faciales.

—¿Seguro? —también él sonó amenazante, aunque no tanto como lo había hecho Coral.

La muchacha lanzó un suspiro y se pasó la mano izquierda por la frente.

—Tú ganas —masculló hastiada—. No quiero mentirte. No puedo mentirte.

El náufrago, quien no esperaba una reacción así por su parte, la escrutó con aturdimiento y deslizó el brazo sobre sus hombros a fin de animarla a seguir hablando.

—Eso tiene fácil solución —sostuvo—. Basta con que dejes de hacerlo.

—El problema es que no es tan sencillo saber si lo estoy haciendo o no. Mi mente..., mi mente está hecha un lío.

La voz de la chica se había empañado de un deje lloroso. Óliver barruntó que ya faltaba muy poco para que desembuchara. Saberse de pronto con el control de la conversación le hizo ganar osadía y se arrimó algo más a ella.

—¿Recuerdas cuando el otro día me dijiste que no te asustaría lo que me pasara? —imprimió a su pregunta una afabilidad premeditada, como tenía por costumbre hacer en el hospital cuando algún paciente se negaba a reconocer algo vergonzante relacionado con el motivo de su consulta.

—Sí.

—Pues a mí tampoco va a asustarme lo que pueda pasarte a ti, te lo prometo.

—¿No cambiarás de opinión?

El médico la agasajó con una sonrisa y retiró con el dedo índice los mechones de cabello que le cubrían la frente para poder verle mejor la cara.

—Hacerlo no figura entre mis planes más inmediatos... —anunció juicioso—. Dime, ¿qué es lo que tanto te cuesta contarme?

Ella empleó casi un minuto en explorar amedrentada el rostro de Óliver. Luego pestañeó varias veces seguidas y comenzó por fin a hablar.

—El otro día comentaste que mi cara te era familiar, ¿recuerdas?

Óliver asintió, en vilo. Los latidos de su corazón comenzaron a acelerarse.

—La tuya... —continuó la chica, indecisa—, la tuya a mí también. Y dudo que se trate de una casualidad.

Ambos se observaron de hito en hito, en silencio, hasta que Óliver rompió aquella parálisis casi solemne con una sonrisa discreta que derivó primero en risa de pleno derecho y más tarde en carcajada. Las reticencias de Coral lo habían incitado a pensar que iba a revelarle algo de mucha mayor enjundia que eso, por lo que, pese a que la noticia era jugosa, le supo bastante anticlimática.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó dolida Coral—. ¿Acaso no podría ser? ¿Acaso no te fijarías en mí en otras circunstancias?

—No he dicho eso...

—¿Y por qué ríes?

—Porque puede que estés olvidando que yo no estoy amnésico.

—Pero tienes un tumor en el cerebro —precisó la chica con un asomo de malicia—. No deberías confiar tanto en la información que te envía, por

mucho que quieras creer en ella o te parezca una verdad incontestable.

El náufrago atizó una última calada al cigarro, harto ya de aquella conversación, y estuvo muy cerca de apagarlo también en la arena. Solo la necesidad de seguir sosteniendo algo entre las manos le impidió hacerlo en última instancia.

—Si tú y yo hubiéramos mantenido algún contacto, me acordaría.

—¿Se supone que eso es un halago?

—Es lo que es —hubo de morderse la lengua para no sobrepasar ninguna línea roja, sin renunciar por ello a mostrarse descontento—, nada más.

—¿Un aviso?

—Deberías volver adentro y relajarte. Ya te he dicho que no quiero discutir contigo.

—No soy tu esclava.

—En tal caso, quizás... —Óliver se lo pensó dos veces antes de decidir si debía finalizar aquella oración, pero la soberbia pudo más que la medida—. Quizás deberías dejar de comportarte como alguien que necesita desesperadamente un amo.

Coral se quedó perpleja. Tras agitar la cabeza en repulsa, como reacia a asimilar aquel desplante, arrojó la manta sobre la arena, se puso en pie y abofeteó el rostro del cirujano con tal fuerza que su cigarro saltó al suelo creando una pequeña nube de cenizas. En los ojos de la chica, además de irritación, se vislumbraba el contorno vidrioso de un llanto en ciernes.

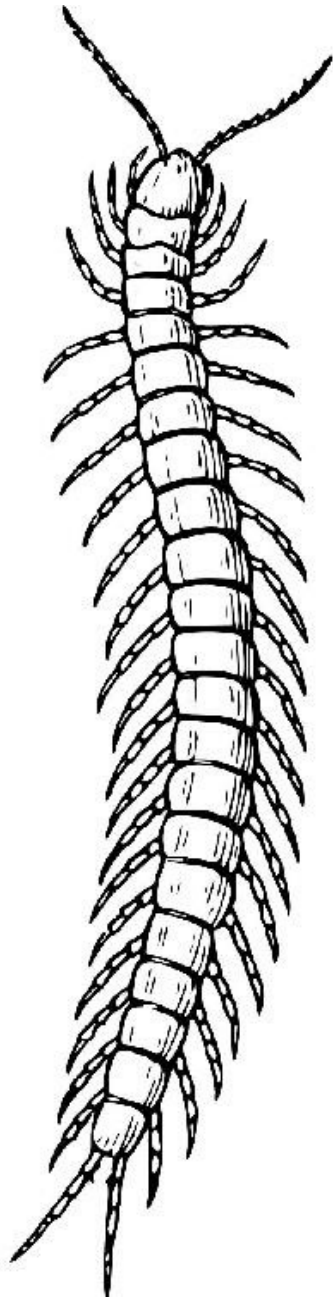
—¡Espera! —Óliver se sintió fatal por ello y la sujetó por el brazo para evitar que se fuera.

—¡Déjame!

Coral se libró de su agarre mediante un empujón y echó a andar de regreso al refugio, enfurecida, mientras el cigarrillo caído sobre la arena se extinguía con discreción en la oscuridad turbida de la madrugada.

TERCERA PARTE

La explicación más sencilla





Acción-reacción

Cualquiera que estuviera familiarizado con los reveses del insomnio conocía muy bien cómo funcionaba el proceso: uno podía tardar cinco horas o más en quedarse dormido y otras tantas en alcanzar un sueño verdaderamente profundo, pero, cuando por fin lo hacía, y, sobre todo, si lo hacía cuando ya no esperaba conseguirlo, el mundo comenzaba a desaletargarse de manera inevitable y a arrastrarlo de vuelta, con sus ruidos, a una realidad cada vez más distorsionada por la falta de descanso.

En el caso concreto de aquella mañana, los ruidos volvían a proceder de la comunidad de aves que poblaban la isla. Óliver Eldricht se cubrió la cabeza con la almohada para no tener que seguir escuchando sus gorjeos y dio un par de vueltas sobre la arena en busca de una postura más cómoda. Al notar que no había ningún cuerpo a su lado, recordó de golpe todo lo ocurrido la noche anterior y sus pensamientos tomaron el relevo de los pájaros. El barullo que formaron en su cabeza fue de tal proporción que, aun sabedor de que debía ponerse en pie más tarde o más temprano, la idea de tener que hacerlo, y, por extensión, de tener que enfrentarse a Coral en otra agotadora charla sobre los mismos temas, le producía una pereza infinita.

Ambos habían entrado en un bucle de malentendidos, susceptibilidades y reproches mutuos del que resultaba muy difícil salir ilesos si el rescate seguía sin llegar. Esa posibilidad, después de diez días confinados en la isla, parecía cada vez más factible, así que, o encontraban pronto una forma de volver a arreglar las cosas —y, a juzgar por los modales exhibidos por Coral, no iba a ser algo sencillo—, o ambos estaban condenados a perpetuar aquella espiral de confusión hasta que alguno de los dos acabara, o bien autodestruyéndose, o bien causando un daño real al otro.

Lo peor era que ni siquiera podía culpar a la chica de lo sucedido. Ella no le había puesto una pistola en la cabeza ni para que se acostaran juntos dos veces ni para que él llegara a prometerle, como había hecho días antes, que

nunca la abandonaría. Si Coral había acabado confesándole que lo amaba se debía más bien a que Óliver no había sabido trazar una frontera suficientemente clara entre ambos. Por culpa de esa falta de prevención, de esa dejadez, todo había llegado hasta donde había llegado. El escenario no solo acarreaba un oneroso obstáculo para la convivencia, sino que, en caso de empeorar, podía llegar también a complicar de manera muy seria la tarea de combinar fuerzas para sobrevivir.

De acuerdo con las teorías de Bernardo, eventualidades como esas solo podían abordarse con ciertas garantías de éxito aplicando pequeños ajustes de foco destinados a mejorarlas. Lo anterior llevaba aparejado, en términos del decano Stigler, que únicamente realizando un sacrificio podría solventar el entuerto. O, dicho de otro modo, que estaba condenado, si es que en realidad quería poner algo de sensatez en el entuerto, a tragarse todo su orgullo, acercarse de nuevo a la chica y presentarle sus disculpas.

Cuando Óliver salió del refugio, haciendo visera con la mano por el exceso de luz solar, su compromiso con aquel plan era firme. Una vez fuera, sin embargo, se encontró con la sorpresa de que su compañera de naufragio no estaba allí.

—¿Coral? —mentó su nombre con extrañeza al tiempo que miraba en todas direcciones por si alcanzaba a verla por algún lugar—. ¿Coral, me oyes?

Pero la chica se había esfumado del campamento y solo unas cuantas huellas sobre la arena, relativamente recientes, ofrecían un hilo del que tirar. Óliver las siguió por un rato, junto a la orilla, hasta que estas desaparecieron barridas por las olas a escasos metros de los promontorios. La lógica invitaba a pensar que podía encontrarse por las proximidades buscando alimentos o revisando los depósitos de agua, de modo que abandonó la playa y se adentró en la zona de vegetación.

—¿Coral? —insistió—. ¿Dónde te has metido?

Tampoco esta vez su llamada fue atendida. Óliver pensó que se lo tenía merecido por no haber sabido contenerse y caminó hacia el collado de mayor altura, desde cuya cima, con algo de suerte, podría descubrir qué había pasado.

Una cargante sensación de ardor le revolvió las tripas tras descubrir que algunas de las burseras más fértiles estaban taladas. De igual modo, varios de los acumuladores que habían fabricado al término de la tormenta con la finalidad de recoger agua de lluvia y rocío en ellos habían sido aplastados con violencia o arrojados al mar. En cuanto a los condensadores, alguien los había

destrozado también con muy mala fe e incluso vertido fuera de ellos, de manera absolutamente gratuita e irresponsable, el líquido obtenido.

Óliver se agachó junto a uno de los hoyos y sacó de su interior unos cuantos jirones de tela impermeable manchados de barro, los restos astillados del faro que había servido de recipiente para el agua y el ejemplar de *Ubik* hallado días antes en la maleta. En caso de que aquello fuera algún tipo de mensaje por parte de Coral, su naturaleza distaba de ser amistosa. La severidad del aviso aumentó transcurridos unos segundos, cuando una columna de humo negro, con origen en el refugio, comenzó a elevarse hacia el cielo.

—¡Por todos los santos! —rezongó Óliver al divisarla desde el promontorio—. ¡Qué demonios crees que estás haciendo!

En su atropellada carrera de vuelta a la playa, el médico cayó de bruces contra el suelo al menos tres veces. Era demencial que aquella chica hubiera decidido llegar tan lejos solo por un acalorado intercambio de palabras. Y todavía lo era más, como demostraban todos aquellos destrozos, que no le importara poner en riesgo su propia vida por el mero placer de... ¿darle un escarmiento?

Todo ello sacaba de nuevo a relucir la sospecha de que su salud mental se encontraba mermada por algún tipo de trastorno. Los pormenores seguían siendo complicados de definir, pero, ya se tratara de bipolaridad, trastorno límite, esquizofrenia o cualquier otra afección relacionada con la psique, una cosa estaba clara: su peligro era real.

Las llamas que devoraban el campamento lo suscribían con una rotundidad incontestable. Y, en una línea similar, los destrozos causados por la chica en los alrededores del refugio, sobre cuyo terreno yacían rotos gran parte de los enseres y utensilios creados durante los días precedentes, rubricaban con especial ensañamiento esa inclinación patológica hacia el desequilibrio.

—¡Santo cielo! —Óliver trató por todos sus fueros de sofocar el incendio, pero ya era demasiado tarde—. ¡No!

Sobrepasado por las circunstancias, se desplomó de rodillas sobre la arena, emitió un refunfuño ininteligible y hundió las uñas sobre el terreno hasta casi hacerse sangre.

La responsable del desastre no apareció por ningún lado a pesar de que el cirujano peinó la isla en su búsqueda al menos tres veces. Sin su ayuda, y con la mayoría de los recursos que entre ambos habían atesorado reducidos a astillas o a cenizas, no había mucho más que hacer salvo tratar de preservar

algo de aquel fuego. En el momento en que parecía que al fin lograba encender una hoguera, la lluvia comenzó a arreciar sobre la isla y le impidió consolidar las llamas.

El pánico a que volvieran a repetirse las escenas que había vivido durante la última tormenta llevó a Óliver a tomar refugio en la misma oquedad donde había amanecido junto a Coral aquella otra mañana. Desde la gelidez del agujero, solo habitado por pequeños crustáceos, el médico echó un vistazo a los restos del campamento y una mezcla de rabia, tristeza y resquemor le hizo apretar los puños.

La borrasca no aflojó el ritmo en lo poco que quedaba de tarde.

Cuando el sol comenzó a ponerse en el horizonte, oculto entre las nubes todavía preñadas de lluvia, Óliver estaba ya tan débil y extenuado que ni siquiera el insomnio evitó que volviera a quedarse irremisiblemente dormido.



Las riendas

Al despertar, su piel no podía estar más fría, aterida y estragada por el salitre. Todos los músculos de su cuerpo, que, a raíz de la accidentada llegada a aquella isla, habían perdido buena parte de su firmeza por las deficiencias nutricionales, tiritaban con agonía en un intento fútil por no perder el poco calor que aún conservaban.

Su boca estaba seca como el esparto debido a la falta de hidratación, su estómago rugía con la misma escabrosidad malsana con la que rugiría el de un oso recién salido de su cueva después de un invierno especialmente crudo y toda su columna vertebral se resentía, en forma de agujonazos de dolor muy seco, de las malas posturas adoptadas durante la noche.

La fatiga y el abotargamiento eran generalizados, lo que, sumado a los síntomas típicos de su enfermedad —cefaleas, náuseas, visión borrosa, falta de equilibrio y concentración, confusión...—, convirtió la amanecida en un auténtico calvario. Desde que había llegado a aquel lugar, jamás se había notado tan falto de fuerzas. Con el añadido, tras los acontecimientos del día anterior, de que ahora estaba condenado a empezar de cero por sí mismo si es que decidía no rendirse.

La mayoría de los cangrejos de la cavidad eran demasiado pequeños para aportarle las calorías que necesitaba a fin de recuperar algo de energía. Y los pocos que alcanzaban un tamaño satisfactorio, o eran demasiado rápidos y escurridizos, y, por tanto, difíciles de capturar dado el penoso estado de sus reflejos, o demasiado agresivos para dejar que nadie les pusiera las manos encima, como tuvo la oportunidad de comprobar cuando uno de ellos usó las pinzas en defensa propia.

El dolor ocasionado por el ataque de aquella minúscula criatura desempolvó en él una honda sensación de desamparo que lo retrotrajo a su primera adolescencia. Tal vez por causa de las muertes tan prematuras de sus padres, ese tipo de emociones habían estado a la orden del día por entonces, y

solo gracias a la ayuda de Bárbara, quien, a pesar de ser la menor de los hermanos, se había alzado como su protectora frente a sus compañeros más crueles —siempre aficionados a hacerle la vida imposible por enfermizo, pelirrojo, enclenque y extranjero—, había conseguido sobrellevarlas. Gracias a ella y a sus valientes intervenciones en su defensa, el orgullo se le había ido despertando hasta forzarlo a tomar las riendas de su propio destino y conseguir que abrazara finalmente la idea de que era una persona mucho más preparada para encajar los varapalos del día a día de lo que imaginaba. Que un simple cangrejo le hubiera apuntado que seguía siendo el mismo crío inerte de aquella época, con todo el tiempo transcurrido y la supuesta sabiduría acumulada, le hacía sentirse más blando y ultrajado que nunca.

Si el recuerdo de Max no se hubiera abierto paso enseguida en su cabeza para orear de golpe todos los fantasmas, Óliver se habría quedado allí dentro, salpicado por las olas del mar, hasta que todo terminara.

—Saldré de aquí. —Se levantó, en cambio, salmodiando con dificultad la misma letanía de siempre—. Todavía no sé cómo, pero saldré de aquí...

Torpemente, apoyó las manos en las paredes del agujero y se aventó al exterior. La claridad solar era tan densa allí fuera que sus pupilas se estremecieron deslumbradas por ella. Un jaleo de graznidos estalló muy cerca de su posición. Antes de que pudiera ver qué ocurría, una de aquellas aves se le lanzó encima resuelta a picotearle los ojos. Óliver tuvo que darlo todo, incluso a dentelladas, para desembarazarse de su acometida. La aversión que sentía por aquellos animales excedía ya el mero rechazo y rozaba el aborrecimiento. Exhausto, escupió con asco las plumas que se le habían quedado en la boca, aguardó a que su vista se recuperara del golpe de luz y echó a andar entre tambaleos hacia los restos del refugio.

Sobre una de las piezas de metal deformado había una pequeña bolsa de agua de lluvia. Óliver se lanzó a por ella y bebió con avidez. Su sabor albergaba matices entre terrosos y oxidados no muy gratos al paladar, pero no dejó ni una sola gota. Más aún: le supo a poco, de ahí que durante el cuarto de hora siguiente se dedicara a explorar la zona en busca de más líquido, sin éxito. Respecto a los alimentos sólidos, ya la mañana precedente había reparado en que Coral, donde quiera que estuviera, se había llevado consigo los pocos suministros que no había destruido en su acceso de ira, además de la lanza de pesca.

Un sonido como de gravilla removida lo hizo girarse hacia las proximidades de la zona de vegetación.

—¡Deja de esconderte y vuelve aquí! Todavía podemos arreglar esto...
—exclamó con la voz desgajada por el cansancio.

Claro que el ruido no lo había originado la superviviente, sino el trote de la iguana rayada de un par de días antes en su marcha hacia una de las pocas burseras que quedaban en pie. Óliver se figuró que si, tal y como le había adelantado su compañera, la carne de aquel animal sabía realmente a pollo, no tenía muchas más alternativas que tratar de darle caza. Para ello dejó pasar un tiempo prudencial, en el que otra de aquellas aves intentó de nuevo atacarlo, y, en cuanto vio que el reptil cerraba los ojos medio adormilado, comenzó a arrastrarse sigilosamente en su dirección.

—Lo siento, amigo. —Se incorporó no mucho después frente a la bursera a donde la iguana se había encaramado, con la pretensión de abalanzarse sobre ella e inmovilizarla con las manos—. Es o tú o yo...

El animal se revolvió con virulencia, encrespando todas sus espinas, y utilizó su boca y su cola en un ataque coordinado para defenderse del agarre. Óliver cayó al suelo, asustado por sus siseos, e inició un combate muy desigual del que terminó saliendo perdedor. La iguana le dio entonces la espalda y desapareció entre la maleza con las espinas aún enhiestas. Su rival se mantuvo inmóvil sobre el lecho de roca y rio para esconder que, en realidad, lo que quería era llorar.

—Parece que tú ganas —farfulló escupiendo un gargajo ensangrentado al suelo—. Cómo no...

Su cuerpo estaba destrozado por los numerosos cortes y mordeduras que el reptil le había infligido tras el forcejeo.

—¡Coral! —gritó desde el propio suelo una vez más—. ¡Coral, vuelve, por favor!

Pero, una vez más, su llamamiento fue inútil.

El desaliento que toda aquella adversidad destapó fue aumentando durante el resto de la jornada, a medida que el hambre, la debilidad y los ataques de las aves se intensificaban hasta obligarlo a retroceder al interior de la oquedad.

Su intención era guarecerse allí durante la noche del mismo modo que lo había hecho la víspera, pero sabía que, en su estado, tal vez no llegara a ver otro amanecer si se quedaba dormido; por ello, trató con todas sus fuerzas de mantenerse despierto pese a que el frío y el agotamiento lo empujaban también con bastante tesón hacia la inconsciencia.

Fue en ese punto cuando ya no pudo más y el llanto, que quizás era la

única forma que tenía de forzar la vigilia, surgió en tromba de sus ojos cubiertos de legañas y sal apelmazada. Allí dentro, hecho un ovillo bajo las extremidades cubiertas a su vez de suciedad, sangre y virutas de piel muerta, mientras lloriqueaba como un niño y tiritaba por el frío, su estampa no podía ser más desesperanzadora.

Y todo por no haber sabido morderse la lengua a tiempo...

Una pieza de pescado fresco cayó muy cerca de él en el preámbulo de su desfallecimiento. A continuación, dos manos femeninas que inmediatamente reconoció como las de Coral depositaron a sus pies un cuenco lleno de agua también fresca. Óliver no se lo pensó demasiado y recogió ambas ofrendas con premura y cierto patetismo.

Desde la entrada de la cavidad, la chica lo contemplaba todo envuelta en un silencio sojuzgador.

—Tú también deberías dejar de comportarte como un esclavo —dijo entregándole un pedazo de tela vieja a modo de pañuelo—. Vamos, límpiate esas lágrimas.



Dios no juega a los dados

Aunque el providencial regreso de la chica tal vez le había salvado la vida, Óliver aún no sabía si se trataba de lo mejor que podía haberle pasado.

Contar con Coral para las tareas cotidianas relacionadas con la gestión del campamento era sin lugar a dudas algo positivo, pues, además de que la chica había demostrado tener madera de superviviente, se encontraba en un estado de forma sensiblemente mejor que el suyo. Lo voluble de su equilibrio mental, no obstante, ponía en peligro todo lo anterior, a no ser que Óliver encontrara alguna forma segura de lidiar con sus desvaríos sin llegar a alterarla demasiado. La más fiable recomendaba comprometerse sin fisuras con tres preceptos muy concretos: no contradecirla bajo ninguna circunstancia, guardar silencio siempre que pudiera, para de ese modo minimizar las posibilidades de que una nueva crisis se desencadenara entre ambos, y tratar, costara lo que costara, de que no volviera a sentirse despechada.

Todo ello requería, por desgracia, de una gran capacidad de interpretación, y Óliver Eldricht era casi tan mal actor como cazador de reptiles. Ligando a eso su orgullo, entraba dentro de lo previsible que el conflicto estallara de nuevo a corto o medio plazo, con lo que, o se producía algún tipo de entendimiento milagroso capaz de poner fin a las disensiones, o ambos estaban condenados a reproducir, hasta que alguien desembarcara en la isla para llevarlos de vuelta a casa, el mismo tipo de relación que un artificiero tendría con un terrorista suicida cuyo chaleco cargado de C-4 pretendiera desactivar. Esa era, al menos, la sensación que embargaba al náufrago desde que había abierto los ojos por la mañana y juntos habían acordado emprender por segunda vez la reconstrucción del refugio.

En las aproximadamente dos horas y media que llevaban levantando una nueva estructura donde cobijarse, ninguno había cruzado más palabras de las necesarias con el otro, pero se percibía en el ambiente, por ambas partes, que estaban aguardando a no tener que tomar la iniciativa. En el caso de Óliver,

esto se debía a una simple necesidad de recopilar más datos, ya que, antes de arriesgarse a decir nada, le convenía averiguar qué humor influenciaba a la chica aquella mañana, y en el caso de Coral, según se deducía de sus modales, el motivo tenía más que ver con una mezcla muy poco halagüeña de altanería y resentimiento que con cualquier otra faceta.

Sus teorías se confirmaron mientras ella procedía a colocar una rama en el armazón del refugio.

—¿No piensas disculparte? —le preguntó.

Óliver, sujetando un haz de palos a su lado con docilidad, como si de verdad se hubiera convertido en su esclavo, supo rápidamente qué y cómo tenía que responder.

—Te falté al respeto. Y te pido perdón por ello.

La chica lo miró taimada al tiempo que cogía otra de las ramas.

—No suenas muy sincero.

—Pero lo estoy siendo. Solo sigo algo tenso por todo lo de... —advirtió que a lo mejor estaba a punto de patinar y marcó una pausa para modificar el sentido de sus palabras—, por haber pensado durante casi dos días que te había perdido.

Coral dejó que sus labios dibujaran una sonrisa, solo que, más que hacerlo por complacencia, que era lo que Óliver había vaticinado, lo hizo de una forma algo más ladina, entre la suspicacia y el divertimento, intuyendo que el médico solo le decía lo que sabía que ella quería escuchar.

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

Su pregunta fue tan directa, y el tono con el que la había formulado tan inquisitorial, que el pulso de Óliver se avivó estimulado por el terror a una nueva confrontación.

—No. Nada de eso.

Coral volvió a sonreír. En esta ocasión, sin la perversidad de la última vez.

—Mientes peor cada día.

—Es posible que te hayas excedido un poco cuando..., bueno, ya sabes, pero no pienso que estés loca, ni mucho menos.

—¿Qué piensas entonces?

—Simplemente, que tal vez no era necesaria tanta..., tanta crueldad.

Coral intercambió una segunda mirada con el cirujano. Este hizo descender la suya hacia el suelo, intimidado. El corazón seguía batiéndole a toda velocidad y una capa de sudor frío había comenzado a mojarle la frente.

—Tienes razón —admitió la chica de improviso—. No era necesaria.

Y, para asombro de Óliver, lo siguiente que hizo fue romper a llorar.

Aquel nuevo registro situaba al superviviente en otra difícil encrucijada y lo urgía a decidir en muy poco espacio de tiempo, a riesgo de incurrir en una nueva equivocación, si acercarse para consolarla o permanecer quieto y callado a una razonable distancia de seguridad.

—Coral..., ¿te encuentras bien? —se inclinó por la primera de las opciones con el propósito de recabar así algo de la confianza perdida.

—¡Atrás! —La chica lo apartó de un manotazo. En sus sienes, las venas volvían a estar remarcadas por la agitación.

Óliver recurrió en ese momento a la segunda de las alternativas y esperó acobardado junto a ella a que algo le indicara cómo debía actuar. Su compañera, notando que no le quitaba ojo de encima, se volvió hacia él con visceralidad.

—¡Deja de mirarme de ese modo!

El médico reculó unos cuantos pasos.

—Por el amor de Dios, ¿tú te has visto? —reventó Coral, el rostro descompuesto por un exceso de emociones contradictorias—. Estás muerto de miedo... —Estrujó los puños mientras meneaba el pescuezo con exasperación—. Esto es lo que has conseguido —gruñó proyectando una mirada cuajada de resquemor—. ¡Esto es lo que me has obligado a hacer! —elevó la voz—. ¡Yo no soy así!

Cualquier cosa que Óliver quisiera o pudiera responder sería en buena medida malinterpretada o utilizada en su contra, así que se mordió la lengua, orientó los ojos hacia la arena y se abandonó a la expectativa de que la chica recuperara el seso en algún momento.

—¡Todo iba bien! ¡Todo iba perfectamente hasta que decidiste tirarlo por la borda! —abundó Coral en su descontrol—. ¿Por qué no podemos simplemente querernos? ¿Por qué tenemos que atacarnos una y otra vez? —se preguntó en un súbito viraje compungido—. ¿Por qué no puedes simplemente disfrutar de todo esto y punto, como una persona normal?

Aquellas interrogantes no tenían ni pies ni cabeza en su boca. El simple hecho de que hubiera llegado a pronunciarlas ejemplificaba de manera bastante gráfica hasta qué punto su mente enferma había llegado a distorsionar la realidad que ambos compartían. Óliver sabía, aun así, que ninguno de esos pensamientos debía salir a la superficie. La tranquilidad de los días venideros dependía de que lograra hilar sus palabras con tino e inteligencia para no

ofenderla.

—Intento hacerlo.. —dijo consagrando todo su tacto a tal fin.

—¿Pero?

—Bueno..., estaría bien que fueras algo más paciente conmigo —explicó en voz queda y conciliadora—. Soy una persona imperfecta, como creo que ya sabes, y últimamente, por lo que sea, no me estás dejando demasiado margen.

Coral se puso en pie como activada por un resorte y golpeó con el brazo parte de la estructura que había apuntalado previamente. Varias piezas de madera y fuselaje ennegrecido se precipitaron al suelo con un sonido sordo.

—¿Es a eso a lo que se reduce todo? —bramó desahogada—. ¿A que estoy loca y la culpa es solo mía?

—No, yo...

—Pues déjame decirte una cosa: ¡esto también te incumbe! Nunca habríamos llegado hasta aquí si supieras cómo tratarme, si entendieras que lo último que quiero es tener que desaparecer...

—Lo entiendo, Coral, respira.

La chica volvió a rechazar su maniobra de aproximación con un manotazo. Luego, otra oleada de llanto fracturó sus facciones y la instó a desplomarse de rodillas sobre la arena.

—¿Por qué eres tan idiota? —preguntó deshecha por el abatimiento—. ¿Cómo no ves lo que siento por ti? —se lamentó mostrando de pronto unas enormes grietas en su coraza—. ¿Es acaso tan difícil de entender?

Óliver dio un paso hacia delante, en contra de lo que dictaminaba su instinto, y trató de establecer contacto con ella una vez más.

—Perdóname —le tendió la mano para no resultar demasiado invasivo, aunque tener que actuar con tanta cautela cuando realmente era ella quien debería disculparse rayaba en el surrealismo—, por favor.

Coral elevó la cabeza poco a poco y le sostuvo la mirada con recelo.

—Por favor... —reiteró el cirujano—. Esta vez no te fallaré...

La mano de la chica ascendió temblorosa hasta detenerse frente a la suya. Con cierta renuencia, pero en el fondo anhelando hacerlo, envolvió su muñeca en un apretón. Ambos curvaron los labios al unísono, sin dejar de tantearse, para sellar el acuerdo mediante una sonrisa.

Todo comenzaba a calmarse cuando un estridente tono de llamada se hizo audible en la playa. El teléfono móvil del hombre del traje blanco, que Óliver había dejado sobre una placa de fuselaje cercana, acababa de encenderse y vibraba sobre ella solicitando que alguien acudiera a atenderlo.

Lo primero que el médico habría hecho si Coral no hubiera estado allí, habría sido descolgar, pero, tras el espectáculo que la chica había montado la mañana de la primera llamada, tenía sus reservas de que hacerlo fuera la opción más adecuada. Coral lo autorizó a ello con un asentimiento inesperado.

—¿Estás segura? —quiso cerciorarse de que no la movía ningún tipo de retorcida segunda intención.

Ella cabeceó en señal de conformidad por segunda vez. Óliver no perdió más tiempo y corrió hasta el terminal para pulsar el interruptor de inicio de comunicación, acercándose el dispositivo a la oreja.

—¿Hola? ¿Me escucha?

La voz al otro lado era la misma que había tratado de hablar con él días atrás. Como no alcanzaba a comprender muy bien lo que le decía, el cirujano decidió cambiar de idioma.

—¡Gracias a Dios! ¡Escúcheme, es muy importante! —exclamó alborozado en inglés—. Soy uno de los dos únicos supervivientes del vuelo 456 de Trans-Pacific Wings. El avión se ha estrellado hace ya días en mitad del océano y estamos atrapados en una isla deshabitada. No puedo proporcionarle las coordenadas exactas, pero ha habido muchos muertos y necesitamos ayuda cuanto antes. ¿Ha entendido?

El salto de idioma cogió a Coral a contrapié. Por el gesto de confusión que se adueñó de su cara al escucharlo expresarse en otra lengua, quedaba patente que no la comprendía demasiado bien. El cirujano vio que caminaba hasta él para escuchar mejor la charla y sintió un escalofrío.

—¿Quién es? —inquirió ella impaciente—. ¿De qué habláis?

Óliver le indicó que aguardara mientras continuaba tratando de descifrar lo que decía la voz, y se tomó la libertad —y, ante todo, el riesgo— de alejarse unos metros para oírla mejor.

—Es una isla no muy grande, del tamaño de dos campos de fútbol, tres a lo sumo. Hay varios farallones, playas y una zona con algo de vegetación entre dos promontorios. Hemos dejado señales para que puedan vernos —detalló sin pararse a tomar aire—. Por favor, ayúdenos.

Ninguna respuesta llegó a traspasar el auricular. U Óliver, al menos, no dispuso de tiempo para oírla debido a que Coral, sulfurada, le arrebató el teléfono y lo arrojó contra unas rocas. El impacto astilló la pantalla del terminal, cuyas piezas saltaron en todas direcciones con un crujido.

—¡Basta! —vociferó autoritaria la chica—. ¡Déjalo ya!

El médico se llevó las manos a la cabeza.

—¡Eso no era necesario!

Por puro instinto, trató también de desplazarse hasta los restos del teléfono, pero Coral se interpuso en su trayecto.

—¡Era ella otra vez! —gritó cegada por la enajenación—. ¡Esa extranjera metomentodo!

Óliver dio un paso atrás y se preparó para lo peor.

—Me concediste tu permiso para hablar con ella...

—¡Pero no para hacerlo en un idioma que desconozco mientras te apartas y me ignoras!

—Era solo para escuchar mejor la señal...

—¿De qué hablabais?

—De la isla. Se la describía para que puedan localizarnos. ¿De qué otra cosa iba a...?

—¡Mientes! —Coral apretó la mandíbula y le abofeteó la cara con fuerza, conteniendo un ímpetu incluso más exacerbado.

—Por favor, cálmate...

A continuación, rendida a la belicosidad de sus emociones, se abalanzó sobre él y ciñó su cuello con las manos, deseosa de estrangularlo. El cirujano comprendió, en su lucha contra la asfixia, que, para poner fin a la riña, también él tendría que recurrir al ejercicio de la violencia.

—¡Detente, por lo que más quieras! —Le descargó un zarpazo en plena cara—. ¡No busco hacerte daño!

La chica, completamente fuera de sí, ni sentía ni padecía. Sus ojos desorbitados solo estaban pendientes de lo único que en aquellos momentos le importaba: liberar toda su inquina contra él. Óliver volvió a defenderse de manera todavía más terca, con los mismos efectos.

—Dijiste que no volverías a fallarme... —escuchó protestar a Coral encima de él—, que tú también sentías algo...

Pero, lejos de relajar la presión sobre su pescuezo, oprimía cada vez con mayor entrega. Un destello metálico sobre la arena, a no mucha distancia del brazo del náufrago, llamó su atención momentos antes de que la falta de oxígeno comenzara a enturbiarle la vista.

—Coral, no...

La superviviente reduplicó la potencia de su agarre y zarandeó el cuerpo de Óliver contra el suelo hasta tres veces sucesivas.

—¡Calla! —decretó con lágrimas en los ojos—. ¡Calla de una vez!

El médico deslizó la mano izquierda sobre la arena hasta hacerse con el

objeto que despedía el brillo. No era ni su intención ni su voluntad llegar hasta un extremo semejante. Aquella mujer enloquecida, sin embargo, no le dejaba otra alternativa. Óliver rodeó la lanza con los dedos y, en cuanto hubo sujetado la empuñadura con suficiente firmeza, cargó sobre el bisturí para hundírselo a Coral en el costado derecho. El filo del metal penetró en su carne con mayor facilidad de lo que creía. Ella emitió un gáñido en el instante en el que el dolor percutió su sistema nervioso y sus ojos se abrieron como platos. Las manos tardaron algo más en acusar el embate, y solo cuando Óliver empujó su cuerpo hacia delante para zafarse redujeron la tensión.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? —El náufrago se apartó a gatas sobre la arena.

Otro gáñido sofocado deformó la garganta de Coral. De sus labios repentinamente azulados se había escurrido un hilo color carmesí.

—Óliver... —hincó una mano en el terreno mientras que con la otra se quitaba la lanza del costado—, ¿por qué? —Un borbotón rojo emergió de la herida, poniéndolo todo perdido de sangre.

El cirujano apenas pudo reabastecerse de aire. Aunque ya nada salvo la conciencia del ataque que acababa de perpetrar contra su compañera impedía que sus vías respiratorias cumplieran con su función natural, el oxígeno se negaba a fluir de la manera en que solía hacerlo.

Un abrupto fogonazo, con origen en la herida de la chica, explotó en mitad de la playa a medida que el ahogo remitía. Los colores naturales del paraje se disiparon paulatinamente, licuados por un filtro granuloso en blanco y negro, y comenzaron a oscilar hasta convertirlo todo en una imagen palpitante que recordaba a una radiografía.

—¡No! —Óliver agitó la cabeza para no tener que contemplarla por más tiempo—. ¡Ahora no!

Al cabo de unos segundos, la visión empezó a disolverse. Por entre sus rendijas no tardó demasiado en filtrarse la colorida realidad de la isla y devolver al mundo su lógica. En el lugar donde había visto por última vez a Coral solo quedaba una mancha de sedimentos ensangrentados. Óliver creyó que había vuelto a desaparecer, pero le bastó con seguir el rastro de huellas y salpicaduras con la mirada por un rato para distinguir la figura de la chica avanzando hacia el otro extremo del litoral.

—¡Espera! ¡Puedo ayudarte! —gritó echando a andar en su dirección.

Como alertada por los gritos, la mujer se detuvo de pronto en la lejanía. Su cuerpo, vacío de todo vigor, cayó seguidamente con un tambaleo, del

mismo modo que lo haría una marioneta a la que alguien acabara de cortar los hilos, y se dio de bruces contra la arena.

Algunas horas más tarde, ese mismo cuerpo descansaba sobre un lecho de hojas de bursera, tembloroso, inconsciente y empapado en sudor, mientras Óliver, tras haberle limpiado y desinfectado la herida lo mejor que había podido dadas las condiciones sanitarias del refugio, procedía a suturársela para prevenir posibles infecciones.

Ambos habían tenido bastante suerte dentro de lo que cabía: ella, porque la puñalada, a pesar de toda la sangre perdida, no le había alcanzado ningún órgano vital, y él, porque, gracias a lo anterior, no tenía que cargar con el peso de ningún asesinato en su conciencia. La frontera entre la autodefensa y el homicidio era tan delicada, de cualquier manera, como el pulso de la propia chica, y, puesto que Óliver no había calculado la trayectoria seguida por el escalpelo para reducir el alcance de la lesión, sino que había sido el azar quien había marcado la diferencia, su presunta suerte se quedaba bastante corta frente a la culpa.

Podía negarlo, reformularlo o tratar de autoengañarse de mil maneras diferentes, pero, a la hora de la verdad, las voces que en su cabeza le recordaban su responsabilidad en lo ocurrido se imponían a cualquier otro intento de sacudirse de encima los remordimientos: él había sido quien le había dado pie a Coral a creer que entre ambos existía algo más que una simple atracción física; él había sido quien le había mentido respecto a sus sentimientos por ella y quien le había hecho promesas que no estaba seguro de poder llegar a cumplir; él había sido quien había escogido la impostura y la deshonestidad en lugar de otras alternativas cuando las cosas habían empezado a desmoronarse; y, por encima de todo, él había sido quien, incapaz de plantar cara a lo que estaba pasando entre ambos, había preferido someterse a su voluntad para así no tener que competir por preservar la suya propia.

Esa pusilanimidad y falta de decisión había creado el caldo de cultivo perfecto para que los delirios de la chica hubieran alcanzado el paroxismo que había estado a punto de costarle la vida. Si ya ambos factores alimentaban de por sí un brete lo bastante grave, la sospecha de que sus propios delirios, en combinación con el desgaste físico y psicológico previo al enfrentamiento, hubieran acelerado el choque hacía que el reconcomio fuera todavía más estricto.

Coral estaba fuera de sus cabales, aquello no admitía discusión alguna, pero él, siendo un doctor con un montón de años de experiencia y más de una

docena de títulos debajo del brazo, tampoco había estado a la altura de todo aquel bagaje a lo largo de su convivencia juntos. Solo eso explicaba que la hubiera tratado más como a una persona normal que como a una paciente sujeta a los rigores de su condición, y solo eso explicaba, por añadidura, que se hubiera saltado sus propias reglas en vez de abordar de una manera más directa y resolutiva aquel embrollo.

La tibieza de su comportamiento reciente, en contraste con el compromiso siempre meticuloso con el que había cimentado su prestigio como cirujano, resultaba abochornante y, si bien era cierto que el contexto ponía a su alcance algo parecido a una excusa —ella misma lo había subrayado días antes al preguntarle a cuántas personas había conocido en una isla desierta—, no podía dejar de sentirse un inútil, un egoísta y un absoluto cobarde.

Desde un punto de vista menos constreñido por la moral, que la chica terminara perdiendo la vida por causa de su puñalada no era algo tan malo. Hasta podía decirse, en rigor, que la tarea de seguir sobreviviendo se volvería mucho más sencilla sin tener que luchar a todas horas con ella. Su problema estaba en que el pragmatismo tampoco había sido nunca una de sus fortalezas, por lo que, incluso así, el mero planteamiento de un teatro tan maquiavélico hacía que la conciencia se le revolciera zaherida por el autodesprecio.

El *déjà-vu* no solo era algo comprensible bajo aquellas condiciones; era algo también innegociable...

Cuando Sylvie, tantos años atrás, le había notificado su decisión de irse de casa para ingresar en la secta neopagana con la que había coqueteado durante meses a sus espaldas, Óliver había focalizado su rabia y su frustración sobre sí mismo con un encarnizamiento muy parecido. Tanto era así que, en el momento en que Liz había irrumpido en su rutina para devolverle las ganas de vivir, se encontraba al borde de una de las mayores depresiones de su etapa adulta. Más adelante, el comportamiento de la propia Liz se había vuelto también extraño, errático e impredecible —en muchos aspectos, siguiendo patrones bastante similares a los de Coral—, y él había rehusado aceptar que la forma en que había muerto no tenía nada que ver con su incapacidad para curarla o con la falta de interés de la propia Liz con la vida y había dejado que el prurito volviera a consumirlo del mismo modo.

Tampoco era la primera vez que Óliver Eldricht se enfrentaba a la disyuntiva de si era más ético cumplir con su deber —y con su juramento hipocrático— para salvar una vida o bien escoger la senda de la no intervención a fin de que la naturaleza siguiera su curso y quitara de en medio

a alguien que podría causar muchos más problemas vivo que muerto.

La última ocasión que algo así había tenido lugar se remontaba a la fatídica noche en la que se había visto obligado a intervenir de urgencia a uno de los cinco terroristas responsables de haber asesinado a casi veinte personas en una de las discotecas más populares de la capital.

Aquel hombre, de veinticinco años de edad, tenía alojada una bala muy cerca del lóbulo frontal y, a diferencia del caso de Liz, en el que todos sus esfuerzos por sanarla se habían demostrado estériles, bastaba con que extrajera el proyectil de la manera más profesional posible, o, por el contrario, vulnerara su código deontológico y evitara hacerlo, para, o bien ahorrarle la muerte, o bien acabar con él alegando que le había bailado la mano.

Tras una agria disputa consigo mismo, se había decantado por la primera de las opciones, pero no porque la ética se lo hubiera aconsejado, como todo el mundo creía, sino porque tenía conocimiento de que las autoridades necesitaban del testimonio de aquel tipo para poder progresar en sus investigaciones y salvar con ello las vidas de otras personas sí merecedoras de esa suerte.

Las náuseas que le habían sobrevenido días después en la sala de cuidados intensivos al constatar que el asesino de tantos inocentes volvía a abrir los ojos, mientras que Liz hacía ya semanas que se pudría en un húmedo agujero del cementerio mordisqueada por todo tipo de insectos, había sido clave en su decisión de renunciar a la práctica profesional y, desde entonces hasta esa misma mañana, Óliver Eldricht no había vuelto a retomarla.

Todo lo que estaba sucediendo en la isla ponía a prueba que hubiera extraído alguna lección de aquellas experiencias. Incluso volvía a poner a prueba, en cierta manera, que hubiera dejado de ser el niño permanentemente en apuros de sus primeros años para convertirse en un adulto maduro capaz de cuidar de sí mismo sin necesidad de que nadie, ya fuera su hermana, Bernardo o incluso la sombra benefactora de Liz, lo protegiera de un modo o de otro.

En tales circunstancias, se hacía muy cuesta arriba desterrar el temor a estar siendo él mismo una persona bastante disfuncional. Las recurrentes alucinaciones sufridas desde su aterrizaje en la isla constituían una buena prueba de ello y, pese a que su dolencia le aportaba un pretexto muy adecuado para mitigar la inquietud, el pensamiento de que pudiera haber algo más que eso, de que, de un modo o de otro, también él pudiera sufrir algún trastorno de orden mental —los avatares de los últimos años hacían de su psique una firme

candidata al resquebrajamiento, por no mencionar que existían varios antecedentes de ese tipo de enfermedades en su historial familiar—, lo perturbaba de manera particularmente angustiada.

El deterioro físico, la malnutrición, el cansancio y la insalubridad imperantes en la playa abundaban en aquel pesimismo y le hacían ir perdiendo fe, a cada hora que pasaba, en un posible rescate. Con todo, si la mujer del teléfono había llegado a escuchar sus explicaciones, aún quedaba cierto margen para la esperanza. Tenía que aguantar un poco más. Seguía debiéndoselo a su hijo por no haber sabido comportarse como el padre responsable que nunca había llegado a asumir que era. Y se lo debía también a Liz, mal que le pesara, porque aquella era su única manera de salvaguardar los pocos recuerdos tangibles que conservaba de ella.

En mitad de la noche, Coral se despertó de golpe con una arcada y escupió sobre el suelo del refugio varios esputos de sangre. Óliver, quien acababa de quedarse dormido, se allegó a la chica con prontitud y estudió en la oscuridad su rostro congestionado por el aturdimiento y la hipoxia.

—Despacio... —La ayudó a acomodarse sobre las ramas sujetándola cuidadosamente por los hombros—. Todavía es muy reciente...

La chica acercó las manos al apósito que le cubría la herida y sus cejas se enarcaron con estupor al recordar.

—Es normal que tengas dolor —dijo Óliver tratando de mantener el aplomo—. Se irá conforme vayan pasando los días, con el reposo. —Le dio un cuenco con algo de agua de lluvia. Ella cogió el recipiente y lo sorbió en silencio—. Coral, yo... —quiso entonces ofrecerle alguna disculpa, aunque la situación era tan embarazosa que no logró hilvanar nada coherente.

—Tú nada, Óliver —respondió ella con voz quebradiza. Su disposición, después del encontronazo de la mañana, había experimentado un apaciguamiento indiscutible y, debido a ello, se asemejaba más a la muchacha medrosa del inicio que a la fiera contra la que había combatido en aquel mismo lugar.

El cirujano se sintió en la necesidad de sobreponerse a la vergüenza para tratar de transmitirle una vez más su arrepentimiento.

—Te dije que podría hacerte daño —musitó acoquinado—. Y mírate...

Contrariamente a lo que su compañero aguardaba, la chica modificó la posición de sus labios hasta componer una sonrisa trémula.

—No hablarías así si pudieras verte...

Óliver aproximó la mano a la cara, que, en efecto, se encontraba surcada

por numerosos rasguños y arañazos —algunos, consecuencia de su combate contra la iguana, otros, de su pelea contra la propia Coral—, y sonrió también.

—La única que ha hecho daño a alguien soy yo —prosiguió la chica—. Ahora lo veo bastante claro. —Tosió con ganas—. Solo que quizás sea ya demasiado tarde...

Su tono era idéntico al que había utilizado las últimas veces que le había pedido perdón. Óliver, pese a estar al tanto de que aquellos raptos de discernimiento eran algo habitual entre quienes sufrían patologías más o menos severas del estado de ánimo, seguía percibiendo una sinceridad tan aquilatada en sus palabras que no podía dejar de sustraerse a ellas.

—Tal vez deberíamos dejar esta conversación para otro momento —propuso—. Necesitas descansar.

Ella lo miró con una mezcla de ternura y acrimonia.

—No —sentenció acto seguido—. No más retrasos. Tienes derecho a saber a qué te enfrentas... —Tragó saliva para poder seguir hablando, ya que se le había quedado la boca seca, y dio otro trago al cuenco de agua—. A quién te enfrentas...

—¿Al fin recuerdas?

Coral dejó el recipiente, se limpió la comisura de los labios con la muñeca y volvió a buscar sus ojos.

—Algo... —reconoció un poco más tarde—. Para ser sincera, nunca he llegado a olvidarlo todo. —Óliver escuchaba sus palabras con atención mientras la vocecilla afónica de la chica pugnaba por seguir explicándose con mayor claridad—. Te he mentado, sí, o quizás sería más exacto decir que he intentado protegerte, como tú hiciste conmigo.

—¿Protegerme de qué?

Tras un breve intervalo de enmudecimiento, Coral reunió el valor necesario para responder.

—La pregunta no es de qué, sino de quién.

—¿Te refieres a...?

—¿A qué otra persona podría referirme? No hay nadie más aquí.

El médico aprobó con inevitabilidad e inició de ese modo un nuevo periodo de silencio, más dilatado que el anterior.

—Liz sufría ataques similares —le confió a la chica a su término, arrastrado por el clima cada vez más recogido de la conversación.

—¿Quién es Liz?

—Mi mujer.

Coral asintió. No se apreciaba ni en su gesto ni en su inflexión ningún indicio de rencor o desagrado. Ni mucho menos aún del desbocamiento que se había apoderado de ella a primeras horas de la mañana.

—No los puedo controlar —convino con honestidad—. No sin mi medicación.

Esa vertiente suya tan cálida seguía teniendo el poder de hacer que Óliver bajara involuntariamente la guardia cuando tal vez aquello no fuera lo más recomendable todavía. Y, al mismo tiempo, entorpecía su capacidad para medir con cierto grado de adecuación las distancias que debía aplicar entre ambos.

—Ella tampoco podía controlarse —afirmó asumiendo que su decisión de profundizar en el tema quizás contribuiría a normalizar un poco las cosas—. Se le metió en la cabeza que debía dejar las pastillas y quiso hacerlo en varias ocasiones. Decía que se sentía fuerte, que podía desengancharse y soportar el dolor, que necesitaba volver a ser ella misma —rememoró aquellos duros momentos con amargura—, pero los efectos secundarios fueron demasiado fuertes y al final..., bueno, todo terminó de la forma en que terminó.

—¿Qué forma fue esa? —preguntó la chica con comedimiento—. Nunca has llegado a contármelo.

—Es algo de lo que no me gusta hablar demasiado.

—Entiendo. No pasa nada.

—Claro que quizás haya llegado el momento de hacerlo...

—No te sientas obligado. Sé que te incomoda.

—Hizo lo mismo que hiciste tú —continuó Óliver pese a la advertencia, conmovido—. Lo que ocurre es que a ella sí le salió bien. Max fue quien la descubrió al volver de la escuela con mi hermana, en la bañera... —Paró para reprimir un sollozo—. Y todo porque yo, como siempre, no estaba allí cuando ambos más me necesitaban. Es curioso —efectuó otra pausa y esbozó una sonrisa apenada—, creía que volcándome en mi trabajo para tratar de encontrar una cura podría salvarle la vida, pero la única forma que tenía de salvarla era quedarme con ella en casa. —Apenas pudo retener el llanto—. Nunca podré perdonarme por haber estado ausente, y dudo que Max llegue a hacerlo algún día.

Coral contempló el rostro del cirujano desde la penumbra y ensambló otra vez los labios en una mueca impenetrable.

—Se nota que la querías mucho...

—Sí. —Óliver volvió a ponerse en guardia, ya que ignoraba si debajo de

aquella frase había algo más que una fórmula cortés, y un tanto manida, de comunicarle su pesar—. La quería.

La chica prolongó su ambigüedad con una expresión taciturna.

—Liz tenía suerte, entonces. Debe de ser algo muy bonito que una persona te quiera tanto como tú la quieres...

—¿Por cuánto tiempo has estado medicada? —el náufrago, temiendo que aquello pudiera derivar en un recrudecimiento de las hostilidades, cambió de tema.

—¿Qué más da eso ahora? Años.

Por la renuencia de su tono, Óliver advirtió que el terreno en el que acababa de adentrarse no era el más favorable para cumplir con su ambición de mantener la paz, pero, incluso así, estaba claro que la mejor forma de escarbar en los misterios de aquella chica exigía arriesgar algo más. La convalecencia de Coral reducía temporalmente su peligro, por lo que era un buen momento para probar suerte.

—¿Una aproximación? —perseveró guiado por ese convencimiento.

Ella seguía sin querer desvelar demasiados datos sobre el asunto, pero justo porque conocía bien cuál era su posición acabó haciéndolo de todas formas.

—Más de cinco, menos de diez —informó evasiva—. Nunca lo he calculado.

—Eso es mucho tiempo.

—Sí. Lo es.

—¿Antidepresivos? ¿Ansiolíticos? ¿Antipsicóticos?

—¿De verdad importa? Lo que cuenta es que ya no tengo nada de eso a mano.

—Si esa maleta fuera tuya, las medicinas deberían estar allí...

—Quizás me haya equivocado.

—Tendrías que habérmelo dicho antes...

Coral ocultó la mirada y movió el dedo índice alrededor de la lesión de su costado como si, en lugar de un testimonio aún palpitante de su inestabilidad emocional, se tratara de una cicatriz que convocara en ella recuerdos no del todo ingratos.

—Me daba miedo poder asustarte —enunció segundos más tarde, cortada—, aunque difícilmente lo habría hecho más de lo que ya estás ahora.

—Si lo hubiera sabido, a lo mejor no habría actuado como lo hice.

—¿Tampoco para lo bueno?

—En este tipo de cuadros es muy importante el apoyo del entorno. Seguro que ya lo sabes.

—No me has respondido.

—Puede que no haya entendido la pregunta.

—La reformularé: si hubieras sabido lo que soy, ¿habrías permitido que pasara?

Óliver guardó silencio, exteriorizando casi sin darse cuenta una sonrisa de mimbres equívocos, y enjugó con un paño el sudor que recubría la frente de la chica.

—¿De qué te ríes?

Para evitar un malentendido, suavizó la curvatura de la boca.

—No me río. Sonrío.

—Óliver... —pronunció ella su nombre con lasitud—, puedo estar herida, pero no soy tonta.

El médico se comprometió a decir algo, aunque no le apetecía demasiado tener que hacerlo.

—Supongo que hay un destino escrito para todos. El nuestro, por alguna razón, es este.

—¿Y no has pensado que, más que destino, sea casualidad?

—¿Casualidad?

—Sí, casualidad —precisó ella—, algo fortuito, aleatorio, sin ningún sentido definido.

—Einstein dejó escrito que Dios no juega a los dados —explicó Óliver presintiendo que la chica querría oír algo así—. ¿Quién soy yo para contradecirlo?

—¿A Dios o a Einstein?

El cirujano entornó los ojos, escurrió el paño sobre el suelo y arrojó a la mujer bajo una manta todavía ennegrecida por las llamas del incendio.

—A los dados —contestó dándole un beso en la frente a modo de ofrenda de paz—. Ahora, por favor, descansa. Ha sido un día muy largo.



Mens sana in corpore sano

Aprovechando que Coral dormía profundamente, Óliver Eldricht salió a la playa en cuanto hubo amanecido para recoger las piezas del teléfono roto y tratar de recomponerlo. El rollo de esparadrapo lo ayudó a crear una estructura rígida y a recolocar algunas de las partes dañadas, en tanto que el ungüento creado con la savia de la bursera le sirvió de adhesivo para evitar que pudieran llegar a desprenderse.

Las grietas de la pantalla eran numerosas y bastante graves, pero, como pieza unitaria, el cristal aún permanecía firme en su marco e incluso permitía cierta visibilidad.

Óliver rezó para que el terminal todavía funcionara y pulsó repetidamente el interruptor de encendido, sin obtener ningún resultado satisfactorio. Aquello podía explicarse de dos maneras: o bien el golpe había malogrado algún elemento clave de la circuitería, opción bastante probable, o bien la batería se había agotado, una alternativa igualmente desalentadora que, por desgracia, no era tan incompatible con la anterior como creía.

La decepción acentuó su dolor de cabeza hasta hacerlo ver borroso. Como no quería forzar demasiado la máquina después de la mala noche que había pasado, abandonó el móvil en su sitio, caminó hacia el agua para zambullirse en ella y, ya más despejado, se equipó para recorrer la isla en busca de algo de comida.

La misma lanza que había utilizado para agredir a Coral le fue útil esta vez para dar caza a uno de los pájaros. El metal, como en el caso de la chica, sajó la carne del ave con la soltura de un cuchillo caliente en un bloque de mantequilla. Al percatarse de que el animal caía derribado sobre la arena entre horribles graznidos, mientras aleteaba esparciendo sangre en todas direcciones, el resto de la bandada huyó despavorida hacia el interior de la isla. Óliver se agachó junto al ave abatida, la sujetó por las patas y, aunque en inicio había pensado que ajusticiar a una de aquellas molestas criaturas le

alegraría el día, se sintió repentinamente consternado por su sufrimiento. Para no prolongarlo, rodeó el pescuezo del ave con las manos y se lo partió con un movimiento de muñeca.

El sol resplandecía en lo alto a una temperatura ni muy elevada ni muy baja, respunteado con timidez por varias líneas de nubes con apariencia esponjosa.

Óliver se dejó acariciar por su calor antes de regresar a la playa.

Una vez allí, sumergió el pájaro en el agua para limpiarle la sangre que se le había quedado adherida y se sentó sobre una de las rocas cercanas al campamento para desplumarlo. Todavía ignoraba cómo iba a cocinar su carne, ya que las lentes no aparecían por ninguna parte, pero confiaba en que Coral pudiera echarle una mano con ello en cuanto despertara.

No tardó mucho en hacerlo...

Su figura esbelta y espigada, que había perdido algo de color a causa de la hemorragia de la víspera y, al igual que su propio cuerpo, mostraba notorios síntomas de desnutrición en la zona de las costillas y las articulaciones, salió de la estructura a medio construir del refugio, con pasos torpes y arrastrados, y tomó asiento junto a él. Como si le hubiera leído la mente, metió a continuación la mano en el bolsillo de sus pantalones cortos y le entregó las gafas extraviadas.

Óliver ya había llegado para entonces a la conclusión de que quizás debía dejar de darle tantas vueltas a todo y actuar con mayor naturalidad. Por ello mismo, recogió las lentes con agradecimiento y prefirió no realizar ningún tipo de comentario al respecto. Si de verdad existía alguna posibilidad de arreglar las cosas, y, en consecuencia, de desembravecer el mar de culpa que se agitaba en su interior, debía dejar de tenerle tanto pánico a Coral, olvidarse de seguir escurriendo el bulto y empezar a robarle algo de espacio. En la medida de lo posible, sustituyendo la violencia física por inteligencia y empatía.

—No deberías moverte tanto —le recomendó en actitud más amistosa que profesional—. Todavía es muy reciente.

—Eso es lo que a ti te gustaría. Venga, hazme un sitio.

Ella arrimó la cadera para acomodarse mejor sobre la roca. Óliver vio que arrugaba el rostro en una contorsión dolorida y deslizó la mirada hacia su costado. A primera vista, no había signos de infección.

—¿Qué tal vas? —preguntó para asegurarse.

—¿De qué exactamente? —replicó ella, enigmática.

—De lo que te resulte más fácil hablar.

—Mejor, mucho mejor. —Se tocó la marca de la puñalada con delicadeza—. Estoy en manos de un buen médico —añadió sonriente—. Al menos, eso dice.

El náufrago sonrió también y continuó arrancando las plumas del ave, que encontró bastante más resistentes de lo esperado. Unos cuantos metros por encima de sus cabezas, el resto de los pájaros protestaron con ruidosos gorjeos.

—Hace tiempo que no ejerzo...

—Supongo que, en ese caso, he tenido suerte.

—Desde lo de Liz, me dedico más bien a la docencia. —Óliver se maravilló de que no pareciera guardarle rencor por la agresión, sin atreverse tampoco a sentir alivio por ello, y trató de concentrar todos sus pensamientos en la tarea que estaba llevando a cabo—. Es menos desesperante... —Arrancó un manojo de plumas—. Bueno, en ocasiones.

La chica ni se inmutó mientras el médico repetía la operación hasta media docena de veces. Las plumas del ave revoloteaban entre ambos otorgándole a la escena un cariz casi onírico bajo la luz desbordada del alba.

—No se puede salvar a todo el mundo —dijo Coral apartándole cariñosamente una de la cara.

—Yo diría que más bien no se puede salvar a nadie... —la corrigió el náufrago, melancólico—: solo retrasar lo inevitable.

—Si buscas deprimirme, vas por buen camino.

Óliver vio en aquella respuesta una oportunidad magnífica para aportar una pincelada de humor y se acogió a ella con la intención de poner a prueba el nuevo talante de su compañera.

—No te lo tomes a mal, pero te prefiero deprimida a sobreexcitada —dijo flexionando los labios con sorna.

Ella emitió una risilla cómplice. Con ese gesto certificaba que, salvo vuelco de última hora, lo peor ya había pasado.

—¿Cuánto durará? —inquirió algo más seria.

—¿El qué?

—La ansiedad, los cambios de humor, la confusión, el miedo..., todo el desorden de estos días.

—Depende de muchos factores —contestó Óliver encogiéndose de hombros—. No todos los organismos reaccionan de la misma forma ante el síndrome de abstinencia, y, por supuesto, no todas las personas. —Sopló las plumas que se interponían entre ambos—. El proceso puede llegar a ser

bastante largo, más aún si la privación de la sustancia a la que se es adicto no tiene lugar de una manera gradual, como en este caso. Quien mejor puede saber lo que me preguntas, y, en especial, si la evolución es constante o irregular, suele ser uno mismo.

—Quizás no me he expresado correctamente —matizó la chica con educación—. Ahora me encuentro bien, me siento bien, pero me preocupa que pueda volver a pasar. —Lo miró sumisa—. A veces no sé qué es real y qué no. Y, cuando eso ocurre, lo terrible es que tampoco me importa demasiado.

El cirujano pensó que aquel receso suponía un claro progreso con respecto al día previo, pero, como ya había escuchado disculpas similares con anterioridad, evitó ilusionarse más de la cuenta.

—Es normal. Los asuntos de la mente no son matemáticas —dijo despojando a su voz de todo dramatismo—. En cualquier caso, te sorprendería saber cuánto ayuda no pensar en ello...

—*Mens sana in corpore sano.*

—Algo así, sí.

—Sería más fácil si se me diera mejor el latín —bromeó la chica—. Las lenguas, a diferencia de lo que te pasa a ti, no son lo que se dice mi fuerte.

Su compañero pestañeó con desconcierto. Aunque intuía que el comentario llevaba incorporada una puya, también era posible que se equivocara y estuviera viendo dobles lecturas en un gesto sin relevancia real. Ella se llevó la mano al costado y su rostro volvió a contraerse por el dolor. Óliver le prestó su apoyo para sobrellevar mejor la punzada.

—No deberías haberte movido. Te lo he dicho.

Mientras se dejaba manipular con mansedumbre, Coral propagó toda la hondura de sus ojos verdes sobre él.

—Quería estar contigo... —declaró, y, al sentir que el cirujano desencorbaba el espinazo tras escucharla, moderó un par de tonos la viveza de su discurso—. Junto a ti, más bien. —Puso en orden, a duras penas, una sonrisa—. Sin locuras, sin montañas rusas. No quiero..., no quiero que vuelva a pasar nada como lo de ayer. Nunca más.

—Yo tampoco, créeme.

—Y, si volviera a pasar, si volviera a perder el control del modo en que lo hice, asegúrate de hacer lo que sea necesario para detenerme.

La mirada de Óliver recaló de nuevo sobre la herida de la chica.

—Puede que tú también tengas que detenerme a mí en algún momento —la previno a regañadientes—. He estado a punto de...

Coral lo interrumpió alargando la mano hacia su mejilla para acariciarle la barba con una sonrisa algo más afianzada en los labios.

—No temas —susurró con dulzura—. Por más que te guste pensar lo contrario, no eres ningún peligro...

Aquella renovada e indulgente conducta por parte de la chica consiguió que las líneas de defensa de Óliver se fueran replegando más y más a lo largo del día. No lo hicieron del todo porque el juicio y la experiencia así se lo aconsejaban para no quedar demasiado expuesto, pero, cuando la noche se cernió sobre el arenal, tras una nueva jornada de reconstrucción del campamento y búsqueda de recursos, sus esperanzas de que pudiera llegar a fraguarse cierto ambiente de normalidad en la isla habían mejorado mucho.

Si lo pensaba con la cabeza fría, o desde una óptica alejada del minúsculo ecosistema creado por ambos en la playa al margen del resto del mundo, aquello no tenía ningún sentido. ¿Una persona que poco más de veinticuatro horas antes había apuñalado a otra de pronto se llevaba mejor con ella justo por haberlo hecho? ¿Y esa otra persona, en lugar de guardarle rencor, se mostraba comprensiva con sus motivos e incluso lo animaba a volver a hacerlo de ser necesario? Era sencillamente de locos. Claro que, tal vez por ese motivo, porque de algún modo la lógica de lo real, igual que lo haría una convención atávica y salvaje al contacto con la modernidad, parecía desmoronarse en lo tocante a su extraña convivencia juntos, podía funcionar.

Los dolores de cabeza, en cambio, eran cada vez más despiadados, y algo parecido ocurría con las náuseas, las palpitaciones, la visión borrosa y el resto de los síntomas vinculados a su enfermedad.

Óliver se estremeció frente a la sombra que aquel cuadro arrojaba sobre su futuro más inmediato. Si no lograba escapar de allí a tiempo y zanjar la promesa que le había hecho a su hijo, su estancia en el paraje habría sido una tortura tan gratuita como el propio accidente. La frustración causada por este miedo aumentó sus niveles de estrés hasta hacer del insomnio algo virtualmente insoslayable.

Harto de dar vueltas en vano sobre el suelo del refugio, dejó a Coral durmiendo en el interior, cuando ya el silencio de la madrugada campaba a sus anchas sobre la isla, y salió a la playa para estirar las piernas, inhalar algo de aire fresco y vaciar la vejiga.

En la orilla, la superficie del mar formaba una explanada cristalina que se prolongaba hacia el infinito como un desierto de consistencia líquida, apenas tachonada por varios destellos de luz de luna. Hacía algo de frío por causa de

la brisa salida de esa misma inmensidad, aunque no tanto como para que lo incomodara seguir allí. La hoguera crepitaba a sus espaldas, creando claroscuros muy curiosos sobre la arena.

El conjunto desprendía tanta placidez que Óliver se sintió mal consigo mismo cuando la urgencia se impuso a la contemplación y hubo de rasgar aquella quietud liberando un chorro de orina contra el agua. En una suerte de efecto en cadena, el sonido del líquido batiendo contra el líquido comenzó a mezclarse con un rumor de fogosidad progresiva originado en el horizonte, mientras que un somero temblor se hacía también más fuerte a sus pies.

El chorro se entrecortó hasta agotarse con un espasmo temeroso. Óliver fijó la mirada en lontananza y vio cómo el océano comenzaba a burbujear. Su primer impulso fue acuclillarse para comprobar la temperatura, pero otro fogonazo como el que había precedido a sus visiones más recientes impidió que llegara a hundir el dedo en la orilla. El rumor y los temblores se multiplicaron conforme sus ojos iban recuperándose del deslumbramiento producido por el destello. El único modo que encontró de mantener el equilibrio fue usar los brazos como apoyo sobre la alfombra de fragmentos de coral pulidos por la marea.

Al igual que había sucedido con aquel sonido y con las vibraciones del terreno, el borboteo del agua se intensificó de tal manera que el mar parecía haber entrado en ebullición. Todas las piezas del Airbus siniestrado, hasta entonces ocultas en las profundidades del lecho marino, emergieron forradas de sargazo, fango y espuma para elevarse luego en el aire, detenerse a unos diez metros por encima del nivel del agua y ponerse a rotar, como atrapadas en algún tipo de animación suspendida, al tiempo que unas líneas luminosas de color rojo —¿láseres?— escaneaban de arriba abajo todas las caras de cada fragmento recuperado del mismo modo que lo haría un *software* de creación de objetos en tres dimensiones.

—Otra vez no... —murmuró Óliver sacudiendo vehementemente la cabeza con la esperanza de que todo terminara, volviendo así a la normalidad —. Ya basta...

Las piezas, pese a ello, continuaban en el aire cuando volvió a mirar hacia el océano. Y, como también había ocurrido en el caso de los marcadores digitales, de los ciempiés y de los muertos vivientes, su apariencia era demasiado realista como para confiar al cien por cien en que se tratara de una alucinación.

—¡He dicho que basta! —exclamó atosigado.

Tras varios ciclos de rotaciones, las piezas comenzaron de nuevo a moverse, siguiendo cada una de ellas una trayectoria distinta como en un efecto de rebobinado, hasta acabar convertidas de nuevo en el avión del que todas habían salido.

El vehículo se quedó inmovilizado en lo alto mientras el rumor y los temblores alcanzaban su cénit y, en el instante en que ya el estruendo era insoportable y las vibraciones tan poderosas que amenazaban con partir el suelo allí mismo, sus motores reventaron con un segundo fogonazo.

La onda expansiva de esa luz, más cegadora que la precedente, hizo que Óliver tuviera que llevarse la mano a la cara para protegerse de ella y terminara perdiendo el equilibrio.

El cirujano permaneció tendido sobre el coral, con los músculos en tensión, los ojos cerrados y el corazón latiéndole a un ritmo muy raudo dentro de la caja torácica, por un par de minutos. Cuando juzgó que ya había transcurrido suficiente tiempo para volver a enfrentarse a la realidad, despegó los párpados y presenció cómo una imagen granulosa en blanco y negro, muy semejante a la que había visto tras el apuñalamiento de Coral, se iba desvaneciendo como una transición entre dos escenas de una misma película.

Otras tantas incógnitas florecieron entonces en su cabeza. La primera de ellas, «¿hasta cuándo podrás seguir aguantando en estas condiciones?», lo llevó a padecer un sobrecogimiento muy desapacible, y la segunda, «¿puedes seguir fiándote de lo que ven tus ojos después de todo esto?», redundó en esa misma sensación de *horror vacui* al hacerle ver, por primera vez desde que había varado en aquel lugar, que quizás no todo lo que allí había ocurrido hasta ese momento, más allá de lo tangible o verosímil que pudiera haberle parecido en primera instancia, fuera verdaderamente real.

Sin una respuesta clara para ninguna de las interrogantes, Óliver se puso en pie, dirigió la mirada hacia el mar otra vez en calma y, a medida que su respiración también se estabilizaba, emprendió el camino de regreso al refugio.



El dedo y la llaga

Como de costumbre, Óliver Eldricht alcanzó la fase más estable de su sueño pocos minutos antes de que el sol comenzara a despuntar en el cielo, y, como de costumbre también, la confluencia de la luz que se filtraba por la techumbre con el paisaje sonoro propio del inicio de una nueva mañana revocó su descanso por la fuerza y guio sus pasos, entre bostezos infelices, otra vez más hasta el arenal.

Toda aquella remolonería quedó sustituida por una desazón muy árida cuando comprobó que Coral no estaba en el campamento.

La última vez que la chica había desaparecido tan de mañana sin decir nada había ocurrido lo que había ocurrido, y, pese a que, al hilo de la charla mantenida la víspera, toda la animosidad existente entre ambos había en teoría cesado, nada le garantizaba que aquella conversación no hubiera sido más que un subterfugio para volver a tenderle una nueva emboscada en cuanto así lo creyera oportuno.

El médico comprobó, nada más poner el pie en el exterior, que sus temores eran infundados.

—Buenos días, doctor.

Coral se encontraba acostada sobre la arena de la playa con las manos debajo de la cabeza y las piernas estiradas mientras tomaba el sol con toda la tranquilidad del mundo en ropa interior, y este desgranaba reflejos dorados contra su piel.

—Buenos días... —Óliver tomó asiento junto a ella, aliviado—. Tiene buen aspecto —dijo supervisando la herida, que había quedado reducida a una hendidura bastante limpia de no más de un centímetro y medio de largo—. Quédate así un rato. Es bueno que le dé el aire.

—Sin problema —la chica, divertida, ratificó el plan con frivolidad—. ¿Me pasas la crema?

Óliver pensó que estaba de guasa, pero, justo donde Coral había apuntado

con el dedo, había un pequeño bote de crema solar. Probablemente lo habría encontrado en la maleta de las rocas. El cirujano acercó la mano hacia él y se lo entregó.

—Te estás adaptando muy bien.

—Falla el alojamiento y la comida —dijo Coral con una sonrisa—. Aun así, no es un mal resort. —Giró el cuerpo unos cuantos grados para ventilar mejor la herida—. ¿Me echas un poco?

Óliver asintió. La distensión que de pronto se respiraba entre ellos era delicada de evaluar, pues, aunque le agradaba ver que la conducta de la chica había atenuado su virulencia, incluso llegando a asimilarse con la de una persona normal, seguía resultándole inconcebible que pudiera haber llegado a perdonarlo. Esta última idea hizo que se planteara otra vez la posibilidad de ser él con su desconfianza, y no ella, el verdadero problema. Lo que Coral le había confesado el día anterior acerca de su medicación explicaba, a fin de cuentas, todas las locuras que había cometido. Si, en lugar de comprenderla y tratar de ayudarla, se empeñaba en ver en ese escollo una excusa para que pudiera manipularlo a voluntad no solo estaría siendo más paranoico de lo debido, sino también una persona demasiado egoísta, un médico de dudosa humanidad y un hombre muy poco avisado.

—He estado reflexionando acerca de lo que me dijiste... —habló mientras acumulaba algo de crema en el hueco de su palma derecha para esparcirla sobre la superviviente.

—Te he dicho muchas cosas...

La piel de su espalda estaba suave y algo húmeda. Mientras la masajeaba, Óliver se dio cuenta de que disfrutaba y recordó irremediablemente a Liz. La evocación le generó cierto azoramiento. No el suficiente, de cualquier modo, como para dejar de pensar en ella. ¿Por qué iba a hacerlo, si ni siquiera sabía si...?

—Que te costaba distinguir lo que es real de lo que no.

—A veces, no lo olvides.

—A veces, claro, el caso..., el caso es que... No eres la única a la que le pasa.

Coral inclinó el torso hacia él y frunció el ceño en una expresión desajustada.

—¿A dónde quieres llegar?

Un mareo rematado por molestos acúfenos en los oídos aquejó en ese momento al médico.

—Estoy empeorando. —Tuvo que apoyar las manos sobre el suelo en un intento ineficaz de mantener el equilibrio—. Puede que más rápido de lo que pensaba...

Coral no se dejó importunar y, a la remisión del vahído, acarició su muñeca con los dedos sin dejar de mirarlo con arrobó.

—Yo sigo viéndote bien —sonrió una vez más—. Deberías relajarte y disfrutar. —Le dio un beso en el dorso de la mano—. Sé que es difícil en nuestra situación, hasta puede que un poco disparatado, pero no nos queda otra. Esta isla es todo lo que tenemos ahora mismo.

La dulzura de sus gestos y el timbre reposado de su voz impresionaron a Óliver por su capacidad para desactivar las objeciones que él oponía y hacerle aplazar, con una simple mirada, cualquier otra consideración, incluido el hecho de que dos días antes había estado a punto de matarla.

Óliver no sentía nada así desde hacía muchos años, quizás desde el inicio de su relación con Liz. Para evitar que aquel señuelo lo llevara a hacer algo de lo que pudiera arrepentirse, debía ser más astuto que ella.

—Veo cosas raras —reconoció observando con el rabillo del ojo las cicatrices de sus muñecas—. Cosas que no pueden ser reales.

—Creía que ya se te había pasado lo de tratar de asustarme.

—No pretendo hacerlo. Es solo que...

—Piensas que yo soy una de esas cosas, ¿no es cierto?

—¿Por qué me preguntas eso?

El interpelado no podía negar que la sospecha se le hubiera pasado por la mente, aunque ni siquiera él había llegado tan lejos como para formular aquella hipótesis de manera tan directa.

—Soy una mujer. Tengo un sexto sentido para ciertos asuntos.

El médico desvió la mirada con apuro, prendió un cigarro en la hoguera, aunque ni le gustaba ni le apetecía fumar, y le dio una profunda calada.

—Lo que demonios haya aquí dentro está comenzando a expandirse. —Señaló su propio cráneo con el índice—. Puedo notar lo.

—Eso no me convierte en un espejismo —replicó la chica, un tanto molesta—. No soy ninguna... —se quedó en blanco por un instante—, ninguna de esas cosas que dices ver...

Óliver dio una segunda calada al cigarro cuando aún ni había terminado de espirar el humo de la primera.

—Tal vez sí. Tal vez solo estés en mi mente.

—¿Hay alguna manera de quitarte esa ocurrencia de la cabeza? —

preguntó Coral, poniéndose derecha para poder confrontarlo mejor. Al cirujano volvió a fascinarle que, con todo el tiempo transcurrido desde el accidente, su atractivo siguiera sin menguar.

—Ojalá lo supiera.

—Ciertas personas solo llegan a despejar sus dudas del todo metiendo el dedo en la llaga —dijo ella apuntando con el índice a la herida de su costado—. En el caso de que tú también quieras hacerlo, tienes mi permiso.

La chica no parecía hablar del todo en serio. Óliver, sin embargo, sopesó la propuesta de manera muy formal, llegando hasta el punto de alzar la mano hacia la herida antes de comprender que aquello era una locura y volverla a bajar a mitad de camino.

—Lo siento, estoy muy confuso...

—Ambos estamos confusos, lo cual, ya de por sí, es un síntoma de cordura —afirmó brindándole otra sonrisa—. No se puede confundir lo que no es real, solo tomarlo por otra cosa. En eso consiste precisamente la confusión.

Su voz se abría camino con tanta serenidad que Óliver ya no podía imaginarla convertida en la furia del día anterior. En el clímax de esa cábala, la natural inclinación del médico a recelar de todo cuanto no dependía de él volvió a hacerlo temer por la veracidad de sus percepciones.

—¿Y tú? —inquirió con agobio.

—¿Yo qué?

—¿Cómo estás tan segura de que yo soy real? —dio la vuelta a su propio argumento a modo de autodefensa—. ¿No has pensado que el síndrome de abstinencia podría estar jugándote una mala pasada?

Coral rio con ironía, se recostó sobre el regazo de Óliver y le besó otra vez la mano mientras sus pupilas reflejaban la aureola azulada del firmamento.

—Puede que esas preguntas tengan cierta lógica en un contexto tan especial como este —respondió desacomplejada—. En todo caso, te sorprendería saber lo que ayuda no pensar en ello...



Interferencias

Con el ineludible transcurso de los días, Óliver Eldricht comenzó a verlo muy claro: la relación que Coral y él mantenían con aquella isla era muy similar a la que el sistema autoinmune de un ser humano mantenía con los agentes patógenos del entorno. Así, igual que los organismos infectados pasaban de luchar por seguir desempeñando sus funciones con normalidad a constatar que ya no podían hacerlo, y, por tanto, a mostrar una mayor resistencia a la agresión, la biología del pedregal había aprendido en poco más de dos semanas a defenderse de su presencia de diferentes maneras: las aves, por ejemplo, ya no permitían que se les acercaran con la misma impunidad que antes —si alguno de los dos náufragos decidía hacerlo, enseguida se organizaban en una frenética batahola de picotazos y aleteos para que volvieran a alejarse—; los peces que poblaban la orilla de la playa tampoco se adentraban en ella tanto como al inicio y, cuando lo hacían, pocas veces se dejaban alcanzar; y las escasas chumberas que Coral había dejado en pie tras su arranque de cólera, como conscientes de que necesitaban sus frutos para sobrevivir, habían dejado de ofrecerlos con generosidad para ofrecer, en su defecto, espinas cada vez más numerosas, gruesas y afiladas.

Todo ello, bien se tratara de una mera idea obsesiva, bien de algo que estaba sucediendo de verdad, había acabado por obstaculizar bastante la tarea de seguir obteniendo alimentos por los cauces habituales, así que tanto el cirujano como la chica se encontraban más débiles y famélicos que nunca.

Igual que una bacteria o un virus no pertenecía a un cuerpo humano, ninguno de los dos pertenecía a aquel ecosistema, pero lo realmente grave era que tampoco podrían salir jamás de allí salvo que alguien intercediera para facilitarles el trámite. A casi veinte días del siniestro, cinco del paso de la avioneta y tres de la accidentada charla con la mujer del teléfono, cualquier posibilidad de que un equipo de rescate se plantara en la isla en un plazo razonable quedaba ya bastante a desmano. El clima, por suerte, aún no

formaba parte de la conjura de aquel hábitat por erradicarlos y, gracias a las frecuentes lluvias y al perfeccionamiento de los sistemas de condensación y destilación de agua, todavía disponían de líquido en abundancia para mantener sus cuerpos hidratados.

Otra buena noticia era que la chica tampoco había sufrido ningún vaivén significativo del estado de ánimo desde la puñalada. La relación del cirujano con ella había mejorado tanto que, de hecho, Óliver hasta comenzaba a olvidarse de que había supuesto una amenaza y solo el limitado interés que mostraba en dejar atrás aquel pedazo olvidado de roca le suscitaba todavía cierto reparo.

La felicidad con la que Coral se levantaba cada jornada, el optimismo con el que encaraba los pequeños retos de cada muesca en el calendario y, sobre todo, su empeño inquebrantable por contagiarle esa alegría hacían pensar que no veía nada malo en tener que continuar allí atrapada siempre y cuando él estuviera a su lado. Óliver, como era natural, se sentía halagado por esa devoción, aunque muchas noches, en la soledad del refugio, se abstraía al meditar sobre el tema y le costaba saber qué pensar al respecto.

No ganaba nada, de un modo u otro, volviéndose a enredar en sus pensamientos cuando había tantos asuntos acerca de los cuales preocuparse. Uno de los más acuciantes era encontrar nuevas fuentes de alimentos para suplir sus carencias nutricionales. Al menos, de manera temporal. Óliver se internó de buena mañana en la zona más boscosa de la isla con ese propósito, en busca de la única fuente alternativa de alimento que había visto desde su llegada.

La iguana rayada, en el caso de que se tratara de la misma de la primera vez, descansaba de nuevo al sol sobre una de las burseras, en la parte más guarecida de la zona. Óliver, quien aún lucía sobre su piel las secuelas de su enfrentamiento con el animal, mantuvo las distancias para que no volviera a repetirse algo similar. El modo más viable de abatir al reptil, y averiguar de paso si de verdad sabía o no a pollo, era seguir respetando ese margen, apuntar con la lanza a su pescuezo y confiar en que la fortuna estuviera de su parte. No ocurrió exactamente así. El arma pasó a toda velocidad a un palmo de su cabeza mientras la iguana saltaba a una pared cercana para emprender la huida y proseguir su camino hacia la vegetación que crecía en la base de uno de los promontorios. Lo lógico habría sido que se hubiera quedado atrapada en el cortinaje de maleza sin hacer demasiado ruido, como cuando de niño perdía alguna pelota jugando entre los setos próximos a la pista del colegio,

pero rebotó con un sonido metálico tras penetrar unos centímetros en la maraña y cayó al suelo con un bailoteo inerte.

Óliver se acercó hasta el lugar del impacto atraído por el ruido y retiró parte del follaje con las manos. Detrás descubrió una vieja puerta de hierro de apariencia oxidada en la propia pared rocosa. Su asombro fue tan grande como su curiosidad. Si no se trataba de una nueva alucinación, aquel hallazgo daba a entender que él no era, junto a Coral, la primera persona en pisar a la isla. Y si más gente había estado allí, como el acceso insinuaba, solo podía deberse a que alguien más conocía las coordenadas del recinto. No era descabellado concluir, por tanto, que ese alguien decidiera regresar a la isla en algún momento.

Óliver empujó la puerta excitado por la idea. El metal estaba tan corroído y se deslizaba con tanta lentitud que tuvo que patearlo varias veces para conseguir que girara sobre sus goznes. Todo en el interior estaba muy oscuro, aunque la luz que concurría a través de las fisuras de las paredes le permitió orientarse en su descenso por unas estrechas escaleras plagadas de polvo, raíces y telarañas.

Los peldaños desembocaron al rato en un emplazamiento algo más amplio y mejor iluminado.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la negrura, el médico comprendió que se encontraba en el interior de un puesto militar subterráneo. Las inscripciones de los objetos allí almacenados —cajas, latas y botellas vacías, sacos de arena, libros, juegos de mesa— eran de procedencia nipona.

Óliver avanzó por la estancia inspeccionando todo al detalle.

Una vieja estación de radio, un generador de energía eléctrica situado muy cerca de ella y un puesto de ametralladora con el cañón orientado hacia el mar desde una hendidura en la pared norte destacaban entre la ruina. Ninguno de los tres aparatos, que presentaban un deterioro bastante acusado por la falta de mantenimiento, parecían funcionar. Incluso se diría que alguien los hubiera destrozado aposta antes de abandonar el búnker. Óliver tropezó con algo y estuvo a punto de precipitarse al suelo.

Varios insectos y una nube de polvo se levantaron allí abajo junto a un extraño ruido como de desmoronamiento. Era un esqueleto. Un esqueleto enfundado en un uniforme del ejército japonés con un sable atravesado a la altura del tórax. Lo poco que se intuía de la postura en la que el soldado había exhalado su último aliento indicaba que se había practicado el harakiri. Cerca de él, otro saco de huesos uniformado descansaba con la espalda apoyada

contra la pared y una pistola sujeta entre las falanges de su mano izquierda. Tenía el occipital destrozado por un disparo.

Óliver se acuclilló junto al muerto y recogió el arma. Una vez que la hubo estudiado con minuciosidad, verificando que todavía estaba en uso, la guardó en el bolsillo. En el mejor de los casos, podría servirle para cazar, y en el peor, si veía que la evolución de su enfermedad se complicaba o Coral volvía a perder el control sobre sus actos, para tomar otras medidas.

El náufrago ya comenzaba a respirar mal por causa del exceso de polvo cuando una caja de mayor volumen que las demás, alojada en una de las esquinas del búnker, concitó su atención. Pese a que el diseño grabado en varias de sus caras se encontraba bastante borroso y a que los *kanjis* caligrafiados debajo de él le resultaban incomprensibles, sintió una gran emoción.

El contenido del embalaje no defraudó, ya que dentro había un bote inflable, aparentemente para dos personas, un par de remos plegados sobre sí mismos y un fuelle de pie. De encontrarse todos los objetos en buen estado — y el reducido desgaste del caucho invitaba a creer que así era—, podrían servirle para tratar de salir de allí.

Sus expectativas adquirieron aún más cuerpo al encontrar en el fondo de la caja una detallada carta de navegación en la que alguien había remarcado con rotulador una isla. El perfil orográfico del enclave se correspondía con el de la playa, pero, además de eso, el mapa atestiguaba que, a no muchos kilómetros al norte —entre ciento cincuenta y cien, aproximadamente—, había otra isla de mayor tamaño con varios núcleos poblacionales de cierta entidad.

—¡Óliver! —escuchó entonces la voz amortiguada de Coral en algún lugar indeterminado del exterior—. ¿Estás ahí?

La llamada lo forzó a aparcarse las fantasías y tener que decidir, en muy pocos segundos, si revelar lo que había encontrado allí dentro era lo más conveniente para sus intereses. Dado que no quería poner nada en riesgo, dedujo que lo mejor sería no hablarle del puesto militar por el momento. Cerró la caja, se apresuró a ascender por las escaleras y, ya fuera, ocultó de nuevo la entrada bajo la cortina de vegetación. Coral llegó justo cuando terminaba de cerrarla.

—He estado buscándote... ¿Dónde has estado metido?

El médico se encogió para recoger la lanza del suelo, turbado, y así tratar de hacer más creíble la mentira que estaba a punto de espetarle.

—De caza. ¿Ocurre algo?

Ella escudriñó su rostro con aprensión. Luego lo tomó cuidadosamente del brazo y dirigió la mirada hacia la playa.

—Mejor que vengas a verlo...

En el arenal, Óliver se quedó sin habla.

—¿Qué opinas? —preguntó la chica.

La respuesta tenía poco de sencilla. A primera vista, las cosas no habían cambiado tanto desde su partida: el mar continuaba en calma bajo la brisa amable de la mañana, multitud de destellos esmerilaban su extensión, creando el mismo mosaico de luces y colores de siempre, y las olas se escurrían por entre los corales y la arena con un siseo espumoso. Lo único que había variado era el color de las aguas. Este cambio era tan drástico, no obstante, que digerirlo suponía todo un reto.

Óliver se agachó frente a la orilla y sumergió el dedo en ella.

—Tú... —Contempló a continuación la mancha roja, de textura viscosa, que había quedado impregnada en la yema de su dedo—. ¿Puedes verlo?

La chica olfateó el aire cautelosamente.

—Y olerlo —agregó con un mohín de disgusto.

—Es imposible...

Óliver pestañeó aturullado y puso otra vez el foco en la inmensidad carmesí frente a ellos. El filo del horizonte emitía un resplandor brumoso sobre el océano de sangre que transformaba la claridad matutina en una especie de crepúsculo prematuro.

—Pues, salvo que hayamos perdido el juicio los dos a la vez, está sucediendo.

—No —insistió el cirujano dando varios pasos hacia delante—. No es real...

Coral lo sujetó por la ropa para frenar su avance.

—Sal de ahí —le advirtió con miedo—. Puede ser peligroso.

El naufrago se desembarazó hábilmente de ella y continuó introduciéndose en el mar hasta que la sangre le llegó por la cintura. Su aroma de matices ferruginosos le pellizcaba las fosas nasales mientras que su tacto aún por coagular realzaba si cabe más la truculencia del ambiente.

—¡Por favor, vuelve aquí!

Óliver elevó la mano y examinó el líquido por segunda vez.

—Es solo una alucinación —porfió fijando los ojos en la palma chorreante—. Una maldita alucinación...

Y, como en una interferencia salida de una pesadilla, la sangre se

transformó por varios segundos en agua y luego volvió a cubrirlo todo de rojo.

Óliver concentró la vista sobre el mar, en una especie de desafío contra su propia insania, y el efecto se repitió hasta que los tonos turquesa reconquistaron definitivamente el territorio perdido.

Ambos supervivientes entrecruzaron sus miradas desde la distancia, incrédulos, al tiempo que los confines de la bóveda terrestre trazaban entre el cielo y su reflejo una línea divisoria ya no tan marcada.

Durante el resto del día, Óliver se las arregló, con la ayuda de Coral, para no especular demasiado acerca de todo aquello, pero, tan pronto como la noche cayó sobre la isla, todas las interrogantes que había estado conteniendo se le vinieron encima como un alud fuera de control.

El vértigo de no disponer de ninguna respuesta satisfactoria hizo que tuviera más ganas que nunca de echar un trago. Lamentablemente, Coral había destrozado la última de las botellas de *whisky*, por lo que, para distraerse, solo podía dar vueltas sobre el suelo y confiar en llegar a quedarse dormido en algún momento de la noche.

—Por mucho que sigas rumiando no solucionarás nada —dijo la chica, quien al parecer tampoco lograba descansar.

Óliver se giró hacia ella, ofuscado por su incapacidad para aclarar el misterio.

—Pero tiene que haberla, tiene que existir una explicación, una explicación racional... —trató de darle una vuelta más a lo ocurrido y se asustó al llegar a la misma conclusión a la que había llegado al menos una docena de veces a lo largo de la noche: no se sostenía por ningún lado que ambos hubieran sufrido las mismas visiones siendo él el único con un tumor en el cerebro.

—¿A ti te ha parecido algo racional? —inquirió la chica, también intrigada por lo ocurrido, aunque muchísimo más tranquila que él—. Porque yo creo que no lo ha sido en absoluto.

—¿Y qué ha sido entonces?

—Una prueba de que estamos más en sintonía de lo que crees —sonrió Coral—. O quizás simplemente una prueba.

Óliver no entendió lo que su compañera quería decir con aquella frase. El misterio ya era lo bastante grande, de cualquier forma, como para avivar su fuego todavía más.

—Hace algunos años tuve la oportunidad de visitar el lago Hillier, en Australia. No sé si has oído hablar de él... —inició una digresión para sortear

el tema—. *A priori*, es un lago como cualquier otro, solo que sus aguas tienen un color rosáceo muy raro. La razón no está del todo clara. Algunos dicen que se debe a los microorganismos de la zona, otros, que se debe a ciertas sales o incluso a la mutación de algas. Tal vez aquí ocurra algo parecido.

—¿De un día para otro? —preguntó la chica haciendo ostentación de una mueca quisquillosa y agitando la cabeza en disconformidad—. ¿Y luego todo desaparece en cuestión de segundos? Permite que lo dude.

Óliver se mordió el labio inferior. La opinión de Coral no solo tenía una lógica aplastante, sino que, en el fondo, y por más que se empeñara en encontrar argumentos capaces de refutarla, era la misma que la suya.

—En tal caso, solo nos queda una opción...

—¿Cuál?

—La navaja de Ockham.

Coral puso cara de no saber de qué estaba hablando.

—Guillermo de Ockham, un filósofo escolástico —aclaró Óliver—. La navaja de Ockham es una teoría suya muy conocida, quizás la hayas escuchado alguna vez: «En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable».

—Nada suele ser nunca tan sencillo.

—Pero solo eso podría explicarlo.

—Define *eso*.

Óliver elevó la mano izquierda con el dedo índice estirado y señaló varias veces la parte lateral de su cráneo como toda contestación.

—Olvidas que yo también lo he visto —objetó Coral.

—No, no lo olvido.

—Lo que sugieres no es precisamente algo sencillo, e implicaría que estás aquí solo, hablándole a la nada, al vacío.

—O viceversa —puntualizó el médico con agudeza.

—Soy real, Óliver. Somos reales.

—¿Y si solo uno lo es? —El aludido sabía que todo lo que estaba diciendo era un auténtico dislate, pero únicamente ese dislate, aun con toda su carga de locura, justificaba mínimamente lo que había sucedido aquella mañana—. No podría ser más sencillo.

Coral meneó la cabeza.

—Sé lo que he visto —impugnó su tesis por segunda vez—. También lo que siento. —Acorazó su rostro—. Tú no lo tienes tan claro, por lo que parece.

—Solo tengo claro lo que tú ya me hiciste saber hace no tanto —dijo Óliver con un suspiro oprimido— que mi mente no es fiable.

—Pero la mía sí.

—La tuya y la mía podrían ser la misma.

—Quizás. No en el sentido en el que tú crees.

—¿En cuál entonces?

La chica aproximó su cuerpo al del cirujano hasta acomodarse a él como una prenda más y, tras apoyar la barbilla en el hueco de su hombro derecho y rodearle el torso con los brazos, besó el nacimiento de su cuello.

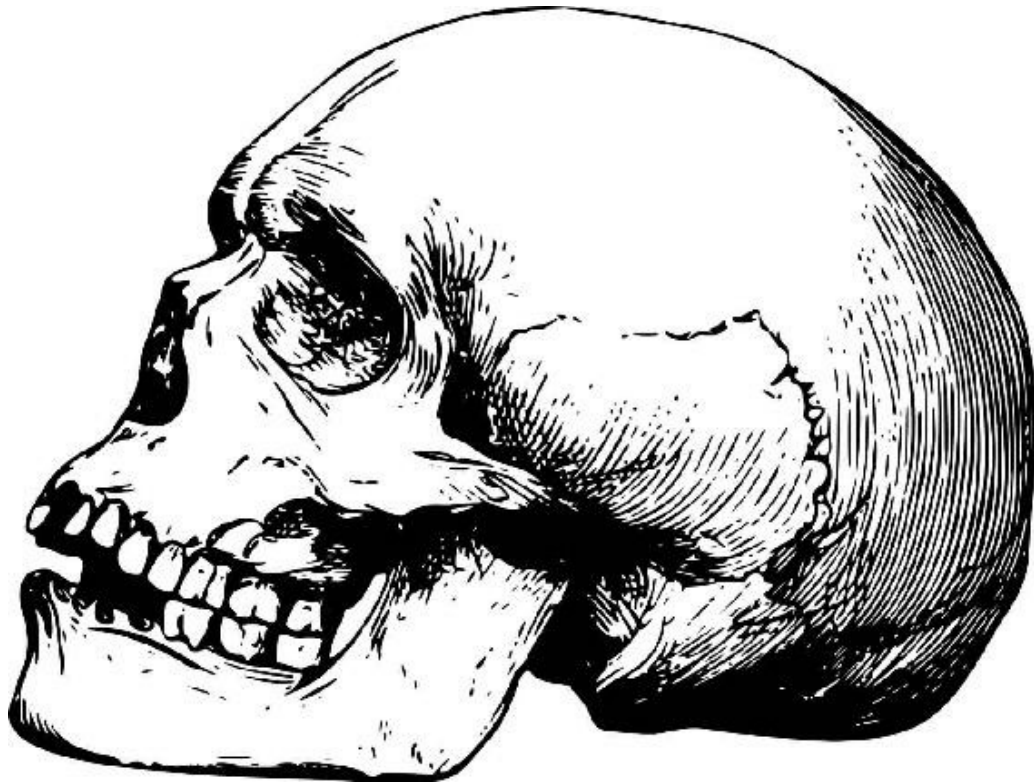
—En el único que importa.

La piel de Óliver se erizó estremecida por el roce de sus labios. A través de una de las rendijas de la construcción, en respuesta a ese palpito, asomó serpenteante el tronco de un ciempiés.

Óliver cerró los ojos, trató de purgar su mente de toda actividad y se dejó llevar.

CUARTA PARTE

Una excusa para devorar lo hermoso





Aquí y ahora

La mañana de su decimosexta jornada varado en la isla, Óliver Eldricht despertó con una migraña tan grande y un cansancio tal que solo de pensar en que cada vez le quedaba menos tiempo se sintió empujado a salir del vivac y hacer algo productivo.

Las dificultades para obtener alimento, ocasionadas por el modo en que la isla seguía defendiéndose de su presencia, lo indujeron a poner en práctica una idea que había leído alguna vez por internet para facilitar la captura de piezas de pescado. Consistía, básicamente, en construir un pequeño delta de piedras en la parte más próxima a la orilla del mar, con solo una pequeña abertura en su perímetro, y aguardar a que los peces la atravesaran y se quedaran atrapados dentro, de tal forma que él pudiera darles caza sin tantos problemas como se había encontrado la última semana.

Labores como aquella lo ayudaban a mantener la cabeza despejada, a no perderse en sus propias divagaciones, que cada día eran menos optimistas, y a prepararse para tomar una decisión respecto a sus futuros movimientos —y confesiones— que no pusiera en la cuerda floja su relación con Coral.

Mientras aguardaba a que algún pez cayera en la trampa, Óliver columbró algo inusual agitándose contra unas rocas cercanas. Se trataba de un objeto rectangular del tamaño de una caja de zapatos, color naranja chillón, con revestimiento metálico y apariencia robusta. A pesar de ello, conseguía de algún modo flotar en el agua.

Óliver lo recogió, caminó hasta la orilla para depositarlo sobre la arena y palpó todas sus caras en busca de algún mecanismo de apertura, sin éxito. Acto seguido, en una decisión un tanto peregrina, trató de forzar una vía de acceso utilizando una piedra como cincel.

—Te hacía más ducho en idiomas —dijo Coral a sus espaldas en referencia al texto que la caja mostraba en su lado más visible con grandes caracteres de color negro: «Flight recorder, do not open»—. Hasta yo lo

entiendo.

El médico, ya bastante habituado a que Coral apareciera siempre de aquella manera tan inadvertida, como si en lugar de una persona fuera un espíritu al acecho, la miró de reojo y apuró una sonrisa de cortesía.

—Quizás haya algo importante dentro. Algo que nos ayude a salir de aquí...

El rostro de la chica se enfoscó al escuchar aquella oración, aunque Óliver, volcado en seguir forzando la caja, apenas se dio cuenta de ello.

—Si lo hubiera, no podrías reproducirlo —hizo notar Coral, impasible—. Y además lo estarías machacando.

—Se supone que estas cosas están construidas para resistir.

—Más razón para que dejes de atizarle.

Óliver intentó abrir la caja una última vez antes de desistir con un bufido hastiado.

—¿Es posible que siga grabando? —preguntó a la chica, pues sus conocimientos acerca de aquel tipo de dispositivos eran bastante precarios.

—No lo tengo claro —respondió ella con indiferencia—. No creo... —agregó a desgana—. ¿Qué más da?

El cirujano le lanzó una mirada entre censora e indignada.

—En eso te equivocas.

—Olvidaba lo de tu hijo. Lo siento mucho —captó Coral el mensaje. Óliver aceptó sus disculpas con un cabeceo indolente.

—No solo se trata de Max. La gente tiene que saber lo que ha pasado aquí.

—¿Qué versión? —Coral volvió a adoptar un rictus circunspecto—. ¿Y qué gente?

—Tarde o temprano, alguien tendrá que encontrarla.

—Para entonces ya habrá dejado de picarles la curiosidad. Puede que ya lo haya hecho. Además, el objetivo de este aparato es determinar lo que ha ocurrido allí arriba, no aquí abajo. Existen otras formas de dejar un mensaje, si es eso lo que quieres.

—¿Como cuáles?

—Como siendo felices. Aquí y ahora.

—Confundes felicidad con resignación.

—No se puede confundir lo que no es real —terció la chica con melancolía y un toque de humor—. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo?

El temple mesurado de sus palabras sorprendió gratamente a Óliver.

Desde el último estallido de ira, la chica había protagonizado una espectacular evolución a mejor, de tal manera que ya se podía hablar con ella con normalidad y no yendo siempre con pies de plomo.

—Hay que intentarlo —le dijo aprovechándose de aquella sensatez—. No ganamos nada cruzándonos de brazos.

—Creía que Dios no jugaba a los dados...

El médico celebró la elocuencia del contraataque con una media sonrisa. Luego sondeó indeciso el rostro de su compañera mientras trataba de dirimir si era pertinente obrar como se sentía obligado a obrar, ahora que la mujer enloquecida, obcecada y violenta de los días anteriores parecía solo un mal recuerdo.

—Ven conmigo —se animó finalmente a decirle—. Tengo algo que enseñarte.

Dentro del búnker todo estaba igual que cuando Óliver lo había descubierto. Coral progresó entre las telarañas, sorteando el mobiliario carcomido, las cajas de suministros y la suciedad, y, una vez que hubo revisado todo el espacio, se giró incrédula hacia él.

—¿Por qué no me has dicho nada?

De su pregunta emanaba cierto desencanto. Óliver presentía, desde antes de acceder al puesto, que a la chica no iba a hacerle ninguna gracia averiguar que había mantenido la existencia de aquel lugar en secreto, pero también confiaba en que habérsela desvelado atenuara esa decepción inicial, aunque fuera con retraso, y la convenciera de lo que ya debería ser bastante obvio a esas alturas: que comenzaba a verla de manera diferente.

—Lo estoy haciendo ahora —aseveró—. No quería precipitarme.

Coral se detuvo frente a la estación de radio y deslizó la palma de la mano sobre la capa de polvo encima de ella.

—¿Funciona?

El náufrago negó con la cabeza. Su gesto —o eso fue la impresión que le dio— fue recibido por Coral con cierto desahogo.

—¿Este es tu plan? —dijo en alusión a la caja que contenía el bote de remos hinchable.

Óliver asintió un tanto avergonzado, como un crío frente al profesor encargado de evaluarlo en un examen oral. La chica hizo oscilar la cabeza a ambos lados en señal de descreimiento.

—No sabemos dónde estamos —adujo entonces—. Podría no haber nada en muchas millas a la redonda...

El cirujano caminó hasta la caja, se arrodilló frente a ella y hurgó en su interior hasta encontrar la carta de navegación que había guardado allí durante su primera incursión. Sin decir tampoco nada, se la entregó a Coral y posó el extremo del dedo índice sobre la isla remarcada con rotulador. La chica comprendió lo que aquello significaba, solo que, en lugar de alegrarse, sus ojos se encogieron en una expresión preocupada.

—Sigue siendo arriesgado —dictaminó—. El clima podría cambiar en cualquier momento y jugárnosla. Por no hablar de las corrientes y los posibles problemas que puedan surgir con la embarcación... Son muchos años dentro de una caja.

—Puedo ir yo solo, si no quieres correr riesgos —propuso el cirujano, ajeno a la escasa receptividad de su compañera—. En cuanto consiga contactar con alguien, volveré con ayuda.

En el semblante de la chica refulgía una extraña mezcla de desengaño e incompreensión.

—Prometiste no abandonarme. Que nunca te marcharías si no era a mi lado.

—Pues ven conmigo. Hay espacio para los dos.

La mirada pensativa de la superviviente fluctuó aturdida entre el rostro de Óliver y los esqueletos de los soldados japoneses.

—Ellos también decidieron quedarse, me temo —dijo dejando caer el primero—. Es lo que nos espera si no hacemos algo pronto.

La chica aproximó la punta del pie al segundo de los cadáveres y parte de sus huesos se vinieron abajo con un repiqueteo ahuecado y sordo.

—Que estén muertos no significa que ahí fuera les esperara algo mejor.

—Nunca lo sabrán. Y nosotros tampoco.

Los ojos de Coral se pusieron vidriosos al tiempo que un puchero descomponía su ademán.

—Tengo miedo, Óliver. —Se abrazó al médico. Él la cubrió con los brazos y trató de tranquilizarla frotando las manos contra su espalda en suaves movimientos circulares.

—Yo también lo tengo —le susurró al oído mientras se fijaba con extrañeza en que su característico aroma afrutado había desaparecido después de tanto tiempo—. Es natural.

—No a esto. —La chica se separó momentáneamente de él para escrutar mejor su cara.

—¿A qué entonces?

—Ya lo sabes.

Efectivamente, Óliver lo sabía.

—Descuida —dijo de todas formas lo que imaginó que ella deseaba oír—. No me perderás.

Coral se limpió las lágrimas con la muñeca. El contacto del líquido con las huellas encarnadas de su intento de suicidio le sugirió a Óliver que a lo mejor, siempre y cuando se confirmara que nada de aquello estaba tan solo en su mente, sí había vuelto a precipitarse.

—Ya te he perdido, en realidad —soltó la chica un sollozó entrecortado—. Peor aún: no creo que te haya tenido nunca.

—Deja de decir tonterías. Estoy aquí, contigo.

—Ni siquiera tú crees eso.

—Tú tampoco puedes creer lo contrario.

—No lo entiendes...

—¿Ah, no? —discrepó el cirujano—. ¿Acaso has vuelto a recordar algo?

—No, no he recordado nada más de lo que ya te he contado.

—En ese caso, quizás estaría bien que me ayudaras a entender.

La chica se rehízo y le dedicó una mirada imprecisa y acobardada.

—Ockham —dijo.

—¿Ockham? —repitió Óliver—. Pensaba que no confiabas en él...

—Y yo que tú sí lo hacías.

Ambos embarrancaron en un silencio de lo más tirante hasta que, pasados unos segundos, el médico se decidió de nuevo a romperlo.

—Los maestros budistas suelen preguntar a sus discípulos si un árbol hace ruido al caer al suelo cuando no hay nadie en los alrededores para escucharlo. —Le vino a la cabeza uno de los múltiples problemas irresolubles de tradición zen con los que Bernardo solía retarlo intelectualmente en sus sesiones—. Esto es un poco lo mismo, ¿no crees?

Pese a lo extemporáneo del inciso, Coral maduró su enseñanza con atención. Solo cuando pareció estar segura de comprender lo que Óliver había querido decirle se atrevió ella también a intervenir.

—Ningún árbol tiene por qué caerse si sus raíces se encuentran bien ancladas en tierra —dijo resentida—. Es un dilema absurdo.

—¿Y cómo sabemos que se trata de un árbol y no de otra cosa?

—Esto no es ningún templo budista. Ni tú tampoco mi maestro —replicó la chica, molesta—. Cuando un árbol se cae en mitad del bosque, de lo que uno debe preocuparse es de que no lo aplaste. —Echó a andar hacia la salida

—. Y no hay ningún sonido que alerte de eso con antelación suficiente. —
Cerró el acceso, por último, con un portazo.

El cirujano se quedó paralizado en la oscuridad del búnker sin comprender muy bien lo que había sucedido. A causa de las vibraciones arrancadas por el impacto de la puerta contra el quicio, el cráneo de uno de los esqueletos se desprendió del resto de las vértebras que lo sujetaban y rodó sobre el suelo hasta detenerse casi a sus pies.

—Maldición —masculló Óliver recolocándola en su lugar—. ¿Qué he hecho mal ahora?

La actitud de Coral no volvió a ser la misma por el resto del día. Sus gestos de cariño, sus sonrisas y sus palabras, hasta entonces afectuosas, derivaron de manera bastante bronca en una interacción mucho más fría y, por lo común, lindante con la hostilidad.

Aquel desapego repentino no llegaba a tener tanto peso como para precipitar los acontecimientos hacia una nueva confrontación, pero resultaba bastante enojoso y no presagiaba nada bueno. Cada vez que Óliver se cruzaba con ella y veía que le rehuía la mirada para retirarse a alguna esquina y quedarse absorta durante horas en sus propias divagaciones, el miedo a que alguna de ellas pudiera prender la mecha de su descontrol le provocaba escalofríos.

Únicamente apelar al cuestionamiento de sus sentidos le infundía cierto consuelo, claro que esa idea, a tenor del atípico vínculo que ambos habían desarrollado a lo largo de su encierro en la isla, era, como mínimo, tan ridícula como la mayoría de las que habían encendido los ánimos de la superviviente en sus episodios más críticos.

Del modo en el que Óliver gestionara todo aquello dependía que nada grave volviera a poner en riesgo la paz prevaleciente en la isla desde su última pelea. Y, por descontado, también la única posibilidad de la que disponía para recuperar la moral, ganarle algo de terreno a su enfermedad y evadirse de allí a tiempo usando el bote de remos del puesto militar.

Nada de eso sucedería, o al menos no lo haría de una forma pacífica u ordenada, si antes no lograba convencer a Coral de que salir a la mar no solo era la mejor opción, sino la única.

Para ello iba a necesitar hacer gala de un tacto, una inteligencia emocional y una capacidad de persuasión que quizás ni formaban parte de su inventario de virtudes ni estaba preparado para conjugar con garantías de éxito.

Lo que hizo fue esperar a que el sol se ocultara tras el horizonte y forzar entonces, al resguardo de la madrugada, un acercamiento furtivo. Sus esperanzas de que ese acercamiento se tradujera en una reconciliación de facto saltaron por los aires cuando la chica, no supo si voluntaria o involuntariamente —aunque apostaba más por lo primero que por lo segundo —, se escurrió hacia un lado en lugar de permitir que él la ciñera con los brazos a fin de darle calor.

Su rechazo no era muy estimulante, pero, por lo menos, el refugio continuaba en pie y nadie había salido herido.

Óliver emitió una espiración desilusionada, acomodó la cabeza contra la almohada y se giró lenta y cuidadosamente hacia el otro extremo para no despertarla.



Jenga

Al día siguiente, antes incluso de que el sol volviera a dejarse ver sobre la superficie del océano, Óliver Eldricht aprovechó su insomnio para escabullirse hacia el puesto militar con la intención de abrir el registrador de vuelo y comprobar si podía reactivarlo. En caso de que algún contratiempo, ya fuera relacionado con su enfermedad, con el estado de la mar o con su compañera de desventuras, terminara frustrando sus planes de abandonar la isla y regresar a la civilización, aquel sería el único modo de dejarle un mensaje a su hijo.

Los esfuerzos se revelaron infructuosos, pues, pese a dar con varios instrumentos de utilidad para llevar a cabo su tarea —una llave inglesa, un martillo y varias cizallas, entre otros—, el revestimiento no cedió a sus golpes.

Cumplida casi una hora de trabajo, Óliver vio a través de los agujeros de ventilación y las grietas de las paredes que la luz del amanecer comenzaba a penetrar en el búnker y supo que debía regresar al campamento cuanto antes. Si Coral despertaba durante su ausencia, era posible que no se la tomara demasiado bien, y algo así, teniendo en cuenta que al fin contaba con posibilidades reales de poner término a su confinamiento, estaba muy lejos de venirle bien.

Coral, tal y como había calculado, se encontraba ya en pie a su regreso a la playa. El fuego de la hoguera crepitaba frente a ella agitando sus llamas al viento mientras el océano, al fondo, se dejaba acunar por los movimientos de avance y retroceso de la marea. Un pitillo reblandecido le bailoteaba entre los labios aunque en teoría no le gustaba fumar. Con el resto de cigarros, salidos de una de las cajetillas de la maleta, sus manos edificaban sobre la arena una estructura alambicada similar a una torre de jenga. Óliver se sentó a su lado.

—¿Me das uno?

La chica señaló con el índice la frágil construcción de cigarros,

invitándolo tácitamente a proveerse.

—Tú mismo.

Seguir teniéndole miedo no era una estrategia ni muy adecuada ni muy perspicaz si de verdad quería volver a llevarla a su terreno, así que Óliver acercó la mano a la estructura y rodeó con los dedos el filtro de uno de los cigarros de la parte superior. Solo tenía que tirar hacia un lado sin ejercer demasiada presión para sacarlo de allí, también igual que en un juego de jenga. La maniobra pareció ir bien encaminada durante los primeros compases del movimiento, pero, al poco de haberse hecho con el pitillo, toda la estructura se vino abajo de un modo bastante calamitoso. Coral presenció el derrumbe con un escrúpulo cínico.

—Lo siento —se disculpó el médico metiéndose el cigarro en la boca—. Mi pulso ya no es el que era... ¿Fuego?

La superviviente lo miró al bies y le pasó su propio pitillo para que lo utilizara a modo de encendedor.

—Estás llevando las cosas demasiado lejos —dijo Óliver después de prender el tabaco e inhalar la primera bocanada, que tenía un fuerte regusto a salitre y humedad—. Dudo que sea bueno.

La chica no estaba muy interesada en contestarle, pero tampoco se la veía demasiado capaz de resistirse por mucho tiempo a replicar.

—Solo tú eres bueno. Queda claro —dijo atribuyendo a su voz un soniquete sarcástico.

Óliver modeló una sonrisa afable para evitar que sus ánimos se caldearan.

—No enredes mis palabras —repuso precavido—. Sabes que no es eso lo que he dicho.

—Lo que me importa es lo que piensas. Y sé lo que piensas.

—Para no estar en mi mente, quizás sea una presunción demasiado atrevida.

Esta vez fue la chica quien sonrió, aunque, en lugar de afabilidad, la fina línea de sus labios traslucía más bien una arrogante socarronería.

—Sin duda alguna —proclamó arbitraria—, sé lo que piensas.

Óliver sufrió un bloqueo pasajero. El recado que Coral acababa de enviarle con aquella exhibición de hosquedad no dejaba espacio para conjeturas: solo si volvía a pasar por el aro podría llegar a inocular cierta dosis de normalidad al cuadro. El cirujano tenía muy presente, no obstante, que eso era perjudicial para sus objetivos, de modo que toda posibilidad de salir airoso dependía de que supiera moverse con soltura entre la

condescendencia amistosa y la reivindicación de su propia firmeza.

—Me gustaría poder decir que yo también sé lo que piensas —sostuvo con valentía—. Desgraciadamente, eso es algo que cada vez me cuesta más adivinar.

—No te hagas el loco.

—No me lo hago. Es la verdad.

Coral sopesó el comentario con desarreglo. Por primera vez desde el inicio de la charla, rebajó la dureza de su lenguaje corporal.

—Lo lamento —dijo mientras estudiaba a Óliver con la mirada—. Lamento ser tan opaca.

—No pasa nada.

—Pero no te culpo —prosiguió de improviso—. Ni por lo que piensas sobre mí ni por lo que piensas que yo pienso sobre ti. Cualquiera en tu situación pensaría lo mismo. En ambos casos.

Agradado por su indulgencia, Óliver asintió en conformidad y fue directo al grano.

—Quiero que estés de acuerdo con ello.

—¿Con lo que piensas o con tu intención de hacerte a la mar?

—Más con lo segundo que con lo primero.

—Lo segundo es en realidad lo que menos me preocupa.

—¿Y por qué te preocupa tanto lo primero?

—Por lo mismo de ayer: Ockham. —El rostro de Coral quedó oscurecido por el desasosiego—. Y a ti también debería preocuparte. Más de lo que dejas entrever.

—Ayer ambos nos dispersamos en exceso —razonó el náufrago, cabal—. Me niego a creer que esté hablándole a la nada...

—Pero eso no me convierte en algo.

—Para mí sí.

—Eres médico —manifestó la chica dando un sorbo inapetente a lo poco que quedaba de su cigarro—. Sabes lo que haces. Lo que dices. No quieres que vuelva a enloquecer. Nada más. —Exhaló el humo lentamente por la nariz.

Óliver carraspeó al tiempo que succionaba él también el filtro de su cigarro. Todo estaba volviéndose a enredar de tal manera y en tan poco tiempo que ya hasta su propia conciencia, su propia percepción acerca del entorno, comenzaba a antojársele algo todavía menos fiable que de costumbre.

—Incluso si eso fuera cierto no podemos prolongar la situación. Tanta incertidumbre es asfixiante —dijo sobreponiéndose a la congoja.

—Dejaría de serlo si no dudarás —la voz de la chica albergaba un inesperado tono deprecatorio—. Mejor dicho, si no hubieras dudado... —matizó con un encallecimiento repentino de sus rasgos faciales—. Ahora ya es demasiado tarde.

—No necesariamente.

—Te equivocas. Es tarde. Muy tarde.

—¿Crees que no soy real?

Coral se refugió en sus propios pensamientos hasta que la última calada se evaporó en el aire cálido de la mañana.

—No —dijo al fin—. No lo creo.

—En ese caso, aún estamos a tiempo.

—Lo que creo es que yo no soy real... —dispuso hundiendo el cigarro en la arena para apagarlo. Sus dos ojos verdes cobraron un poso esquivo y sombrío cuando el tabaco a medio consumir se extinguió con un siseo.

Su confesión descolocó al cirujano incluso más de lo que ya estaba. El sabor de la nicotina, cuya textura revenida se intensificaba por momentos, le hizo sentir náuseas y una arcada. También él apagó el cigarro.

—¿Puedo preguntar por qué?

La chica deslió su compostura en un gesto alicaído que buscaba apuntalar una sonrisa mientras se ponía en pie para alejarse lentamente hacia la orilla.

—Porque tú así me lo has sugerido —afirmó—. Y yo, a diferencia de ti, sí creo en lo que me dices.

La amargura destilada por Coral durante la conversación dejó en el naufrago un sabor tan agrídulce como el del propio tabaco. De un lado, le alegraba que no hubiera vuelto a perder el control sobre sus emociones, que se hubiera mostrado hasta cierto punto comprensiva con sus planes y que no hubiera tratado de hacerlo cambiar de parecer respecto a su decisión de abandonar la isla en busca de ayuda; pero, de otro, esa misma serenidad a la hora de aceptar la idea de su partida, junto a la resignación casi servil de sus palabras, le inspiraban una inquietud bastante trabada.

Ya con anterioridad, Coral había demostrado que aquella calma raras veces auguraba nada bueno. Y, si bien su comportamiento había sido irreprochable desde el último encontronazo con motivo de la paulatina remisión del síndrome de abstinencia, no resultaba desatinado pensar que, tan pronto como los efectos de las drogas se disiparan por completo, los problemas por los que había tenido que recurrir a ellas volvieran a salir a la superficie. Posiblemente, como solía ocurrir en aquel tipo de episodios, de

una manera incluso más virulenta que antes de iniciar el tratamiento.

El temor a un incipiente bandazo se sumó de ese modo a la angustia de estar quedándose sin tiempo para encontrar un modo de regresar con su familia. Si quería conservar alguna opción de volver a estrechar a Max entre sus brazos, cuando nadie había llegado a la isla ni siquiera tras su conversación telefónica con aquella mujer —un detalle tan crucial por lo que comportaba para su presente como poco alentador por lo que suponía para su futuro—, debía dejar de atender a lo que Coral pudiera opinar sobre sus propósitos y encomendarse a ellos a la mayor brevedad.

Lo primero era, naturalmente, confirmar que la embarcación se encontraba de verdad en condiciones para salir al mar. Óliver aguardó a que Coral estuviera todo lo distraída que necesitaba y, una vez que sintió que podía hacerlo con seguridad, encaró el camino de vuelta al puesto militar con la excusa de ir en busca de comida.

El bote pesaba bastante para una persona tan debilitada como lo estaba él en ese momento, pero aun así consiguió sacarlo de la caja, cruzar hasta la playa del otro extremo de la isla y acercarlo a la orilla. Después de invertir alrededor de veinte minutos inflándolo con el fuelle, lo arrastró hacia el agua. El proceso dejó a Óliver tan derrengado que hubo de tomarse un descanso, con las manos sobre sus propias rodillas, para recobrar el aliento. Luego se encaramó a la borda, reclinó el cuerpo sobre el caucho repleto de aire y comprobó con optimismo que la embarcación no solo reunía una estabilidad más que aceptable, sino que, en un primer vistazo, tampoco presentaba ninguna rotura por donde pudiera filtrarse el agua o escaparse el oxígeno.

—¡Sí! —exclamó desdoblado muy excitado uno de los remos plegables—. ¡Funciona!

Cuando quiso preparar también el segundo, vio que no lo tenía con él en la embarcación. Lo más probable era que, o bien lo hubiera olvidado en la arena mientras inflaba el bote, o bien lo hubiera perdido durante el trayecto entre el búnker y la playa. Coral enseguida lo sacó de dudas desde la ensenada.

—Relájate —dijo aproximándose hasta la barcaza para entregarle el aparejo extraviado—. No interferiré.

Aquella declaración neutralizó en buena medida las alertas del cirujano, quien notó como si su compañera le hubiera quitado un peso de encima al pronunciarla.

—Solo estoy probándola —sintió también la necesidad de ofrecerle una

excusa, tal vez porque no terminaba de fiarse del todo—, nunca me iría sin despedirme.

—Lo sé.

—Y sigo queriendo que vengas conmigo —añadió cordial.

—Y yo que te quedés...

Óliver sonrió a la chica con gentileza al tiempo que desdoblaba el segundo remo y lo colocaba junto al otro en sus correspondientes sujeciones de plástico, a ambos lados de la lancha.

—Anda, sube. —Le tendió la mano para que embarcara—. Demos una vuelta.

La chica se dejó izar, tomó asiento frente a Óliver y cruzó los brazos alrededor de las rodillas, oteando la línea del horizonte con taciturnidad.

—Te equivocas si ves en esto un motivo de abatimiento —dijo Óliver al rato, resuelto a exprimir su empatía para que no se tomara nada de aquello por la tremenda—. No tiene por qué ser una despedida.

Los ojos de Coral se escoraron hacia él con un deslizamiento escéptico. Óliver no vio nada amenazante o esquinado en ellos, solo la mirada ahogada en pesadumbre de una persona sensible al borde de la desolación.

—Pero es posible que lo sea —dijo—. Es posible que sea la última vez que te vea, como en mi pesadilla.

—Contigo tendría más posibilidades —trató el médico de persuadirla una vez más, pues también a él le estaba costando luchar contra sus sentimientos, aunque se hubiera empeñado en anularlos—. Solo tienes que cambiar de parecer.

La chica sacudió la cabeza en negación, un tic que a Óliver le recordó poderosamente a Liz y reverdeció en su interior la necesidad de no olvidarla.

—No necesito huir. Estoy bien aquí.

—Aquí nadie te... —vaciló el cirujano—, nos encontrará.

—«Uno no puede huir de su pasado eternamente» —citó Coral la máxima que él mismo le había comunicado días antes—. Tú me lo enseñaste.

Acorralado por el fantasma de aquella sentencia, Óliver enmudeció y se centró en remar.

—«No me iré si no es contigo» —volvió la chica a sacarle los colores—, ¿recuerdas?

—Alejarse no es lo mismo que huir —el médico tuvo que romper su silencio para defenderse—. Cuando encuentre a alguien que pueda ayudarnos, volveré a por ti.

—¿Y si te pasa algo? —preguntó Coral con mayor energía en la voz—. ¿Cómo volverás entonces? ¿Con la marea, como un pez muerto?

—No me pasará nada.

—O quizás peor —enfaticó la chica su contrariedad—, quizás te quedes en el camino y tu cuerpo nunca aparezca... Yo esperaré cada mañana con ilusión pero nunca regresarías, nunca volverías conmigo. —Su entereza flaqueó ante la mera formulación de aquel supuesto—. Y, aunque en realidad sí hubieras querido hacerlo, siempre pensaría que me has abandonado. —Apretó los puños, frustrada—. Porque, si te vas, Óliver, eso es lo que estarás haciendo: abandonarme, dejarme sola en este roquedal, justo lo que prometiste que nunca harías...

Coral realizó una pausa para contener el llanto. Óliver se vio invadido por una tiránica sensación de pena, descontento y culpabilidad.

—Lo siento —se recompuso la chica *in extremis*—, no pretendía sonar así. —Una sonrisa tímida agrietó su adustez—. A veces me cuesta aceptar que las cosas no son siempre como me gustaría que fuesen...

Óliver soltó los remos, tocado por lo que acababa de escuchar, y avanzó sobre la superficie de la lancha para abrazarla. Mientras las manos de la chica rodeaban también su cuerpo, le dio un beso cariñoso en la frente.

—Relájate. Todo saldrá bien.

Coral se apoyó sobre su hombro, venteó un suspiro y ojeó el rostro del náufrago con ternura.

—Ojalá tengas razón —susurró reconfortada—, de veras...

Dos disparos resonaron a espaldas de Óliver antes de que el náufrago pudiera comprender lo que estaba ocurriendo. Coral se apartó de él con la pistola humeante en la mano y, cuando se hubo cerciorado de que los disparos habían reventado el caucho de la lancha y esta comenzaba a desinflarse, apuntó al cirujano a la cabeza.

—Aprisa —dijo al ver que el agua irrumpía en el interior de la embarcación—. Salgamos de aquí.

Ya en tierra, agitó la pistola y lo urgió por mímica a que echara a caminar hacia el refugio. Óliver no podía creer que hubiera sido tan necio como para dejarse arrebatar el arma, pero mucho menos que hubiera vuelto a permitir que Coral lo engañara de aquella manera por no haber prestado suficiente atención a las señales. Lo que la chica pudiera hacer a partir de ese momento, independientemente de ello, le producía todavía mayor malestar que los irresponsables actos que acababa de cometer.

—Estás volviendo a perder el control —se arriesgó a decirle.

La lancha, unos cuantos metros por detrás de ellos, estaba ya tan anegada que iniciaba el descenso hacia el fondo entre gorgoteos.

—Puedo permitirme perderlo —respondió la chica con una mezcla de rudeza y fragilidad—. A ti no.

—«No quiero que vuelva a pasar» —el superviviente emuló la táctica de Coral e invocó también sus palabras—. «Y, si pasa, haz todo lo que sea necesario para detenerme».

—Me has dejado sin opciones.

—¿Desde cuándo sabías lo del arma?

—Lo sé todo sobre ti. Eres transparente.

Óliver Eldricht dejó constancia de su enfado con un irreflexivo chasquido de lengua y un rápido meneo de cabeza.

—Si no te lo dije fue justo por esto.

—¿Igual que lo del teléfono?

—Lo del teléfono, como tú dices, solo está en tu mente. —El rehén aminoró hasta detenerse junto a Coral—. ¿Qué pasa? —dijo desviando el cuerpo hacia ella, desafiante—. ¿No te gusta cómo suena esa música?

La chica blandió el arma para intimidarlo.

—Hace tiempo que he aprendido que la realidad no es música, sino ruido. Sigue andando.

—¿Me dispararás si no lo hago, como a la embarcación?

—No deja de sorprenderme lo poco que me conoces después de todo lo que hemos vivido juntos. Camina.

La furia que en esos momentos hormigueaba dentro de Óliver le proporcionó el arrojo necesario para plantar cara a su captora. A fin de cuentas, con el bote destrozado, ya no tenía mucho más que perder. Y quizás, solo quizás, algo de valor podía llegar a amilanarla un poco y hacerla recapacitar. Ella lo apuntó con mayor obstinación.

—Por favor. No me obligues a hacerlo.

El médico desoyó su advertencia y dio un paso hacia delante hasta rozar la boca de la pistola con la frente. El corazón le martilleaba con gran ansiedad dentro del pecho.

—No lo harás —dijo asombrado por su propia bravura—. No puedes hacerlo.

Coral aumentó la presión del dedo índice sobre el gatillo, solo que el temblor de la mano con la que sujetaba el arma delataba que aquel era su

límite.

—No quieres hacerlo...

Sabedor de que la inclinación que sentía por él era su punto débil, el cirujano le quitó la pistola con un movimiento ágil y utilizó esa ventaja para fijarla directamente entre sus cejas.

—Adelante, hazlo —dijo la chica sin dejar que aquello la impresionara demasiado—. Acaba con esta incertidumbre —agregó sonriendo de manera enfermiza—. Veamos si el árbol hace ruido o no...

El médico oprimió el gatillo unos cuantos milímetros, pero, como en el caso de Coral, tampoco consiguió dar el salto.

Aquella mujer solamente era una persona que había llegado demasiado lejos por causa de su enfermedad. Si él no lograba refrenarse y llegaba igual de lejos, estaría actuando de una manera tanto o más insana. Por no hablar de que había algo de relevancia incluso superior a todo ello, algo relacionado con la naturaleza de sus propias emociones que añadía dificultad extra a la misión de poner fin a aquel enfrentamiento. Óliver desconocía si se trataba de simpatía, afán protector, cariño u otra conexión de rango todavía más elevado, pero, fuera lo que fuera, le estaba impidiendo hacer lo que más le convenía hacer en esas circunstancias: abrir fuego sin contemplaciones contra ella. En lugar de eso, retiró el dedo del percutor y apartó el arma. Luego miró a Coral a los ojos, se dio la vuelta y tomó el camino que conducía hacia el búnker.

—¿A dónde vas? —preguntó ella—. ¡Espera!

Óliver la encañonó de nuevo, evitando que le diera alcance.

—No me sigas —bramó iracundo—. No me busques —ordenó—. No te acerques a mí.

—Pero Óliver...

—A partir de hoy, mantendremos las distancias.

—¡No puedes hablar en serio! —protestó Coral desesperada—. ¡Estamos juntos en esto!

—Sí puedo. —Óliver disparó sobre la arena, muy cerca de sus pies, a modo de aviso. Un revoltillo de polvo se elevó entre ellos—. Y ya no estamos juntos en nada.

Tras esto, volvió a girarse hacia el interior de la isla, dejando a la chica en la estacada, y recorrió el trayecto que lo separaba del puesto militar. Allí echó todos los pestillos de la puerta principal, decidido a no tener que lidiar con ella nunca más, y se encerró con los esqueletos de los dos soldados japoneses.

Mientras tomaba asiento en el suelo frente a uno de ellos, observó el arma y se sintió tentado a hacer lo mismo que aquel pobre hombre había hecho junto a su compañero, tantos años atrás, para acallar el deshonor.

La frustración de descubrir que carecía del coraje de los combatientes lo puso tan rabioso que aferró la pistola con ímpetu y se la llevó a la sien. El tacto del metal estaba igual de frío que la oscuridad de aquel agujero lleno de telarañas. Pensó que, en el fondo, no era algo tan terrible. Un simple empuje de su dedo índice bastaba para volarse la tapa de los sesos en un abrir y cerrar de ojos. Con ello, no solo su encéfalo saltaría en mil pedazos, sino que también lo harían el miedo, la zozobra, el dolor, las alucinaciones y el conglomerado de células cancerosas que, a la postre, lo habían llevado hasta aquel lugar.

Era cierto que le había prometido a su hijo no volver a tirar la toalla, pero, sin una nave dentro de la cual escapar ni nadie que hubiera respondido a sus llamadas de auxilio, todo lo que le quedaba era seguir malviviendo en aquella playa del demonio, junto con una bandada de pájaros enloquecidos, una iguana escurridiza y una mujer peligrosamente inestable, a la espera de que el destino se lo llevara por delante.

El arma que sostenía en su mano derecha ponía a su alcance, si no una salida digna, al menos una salida coherente con el páramo de cobardía que había sido su vida. Y, con suerte, siempre y cuando el tiro fuera mínimamente preciso, su cerebro estallaría como una piñata antes de que tuviera que procesar el dolor causado por su propia explosión.

No, no era algo tan terrible.

Óliver apretó un poco más el cañón contra el parietal.

A tan solo una contracción muscular del momento clave, que ni siquiera él sabía si le conduciría a acabar con todo de una vez o a incurrir de nuevo en el error de perpetuar por pusilánime aquel desastre, el teléfono móvil que había dejado horas antes sobre la mesa se iluminó con un bip entre la penumbra.

Óliver alejó el arma del cráneo y se desplazó a trompicones hasta el terminal. A través de su pantalla astillada, vislumbró atónito que volvía a estar operativo. Solo tenía, eso sí, una barra parpadeante en el indicador de carga, y, en cuanto a la cobertura, seguía siendo inexistente. El milagro lo conminaba a mantenerse fiel a la promesa que le había hecho a su hijo aunque solo fuera hasta que el dispositivo volviera a apagarse para siempre y extinguiera con ello cualquier otro resquicio de esperanza.

—¿No había otro momento mejor? —refunfuñó arrojando un suspiro

rendido para, a renglón seguido, guardar la pistola en el bolsillo, coger un bloc de notas amarilleado que había sobre la mesa y volver a sentarse frente a los dos inquilinos originales del búnker—. Odio esta isla....

Las dos calaveras desdentadas de los soldados, parcialmente ocultas en la oscuridad, parecían sonreír.



E. E.

Un golpe seco hizo vibrar la puerta a primera hora de la mañana. Óliver se incorporó con sobresalto, desparramando por el suelo todas las figuras de papiroflexia que había construido durante la noche, y desenfundó el arma en un gesto reflejo más propio de un pistolero que de un náufrago debilitado por el hambre, el frío y la sed.

—¿Óliver? —Resonó otro topetazo más—. ¿Estás ahí?

Desde el instante en que había decidido refugiarse dentro de aquellas cuatro paredes, sabía que Coral no tardaría demasiado en aparecer por el puesto. Su presencia junto a la puerta no dejaba de ser, en cualquier caso, un engorro, pues si algo le apetecía incluso menos que tener que volver a enfrentarse al mundo real era hacerlo de aquella forma tan brusca frente a la mujer responsable de que continuara atrapado en la isla en lugar de embarcado en un bote de remos rumbo a pastos más verdes. Lo más lamentable era que continuaba teniendo la sensación —ya casi más una certeza— de que nada de aquello habría llegado a pasar si él no le hubiera dado alas para hacerlo al permitir que la atracción que desde el principio había sentido por ella se interpusiera en el recuerdo de su esposa muerta. Ahora, incluso en una tesitura tan comprometida como la que vivía fruto de ese error, le dolía tener que admitir que la atracción inicial se había convertido en algo más con el paso de los días, y por ese mismo motivo, porque el regreso de Coral, además de un contratiempo anunciado, entrañaba un recordatorio de su propia incapacidad para mantenerse fiel a sus sentimientos, aquel despertar era doblemente molesto.

—¡Vamos! —exclamó la chica chocando de nuevo sus nudillos contra el metal—. Sé que puedes oírme...

Óliver se irguió con torpeza tras sacudirse el resto de las figuras de origami y caminó en silencio hacia la puerta.

—¡No pienso irme hasta que me abras! —escuchó persistir a Coral.

Los golpes reverberaban dentro del búnker con tanta fuerza que una migraña igual de intensa comenzó a embotarle las meninges. Al dolor lo sucedió un mareo también bastante crudo y una afilada sinfonía de acúfenos. La única manera que el cirujano tuvo de atajar el envite de aquellos síntomas fue apoyarse en la pared de las escaleras hasta que sus pulmones recuperaron el aliento, y su vista, la nitidez.

—Ayer no estuve muy acertada, lo sé —dijo la chica desde el otro lado de la puerta—, y también sé que no es la primera vez que me disculpo contigo y que eso te hace dudar —su voz reflejaba, en efecto, la misma lucidez afligida que todas las ocasiones anteriores—, pero tú mejor que nadie debes saber que no era yo quién hablaba, quien disparó a esa barca... La persona que viste era solo mi peor versión..., la versión que me veo obligada a interpretar sin mis pastillas. Yo... —titubeó desarbolada—, yo no quería hacer nada de eso...

Óliver trató de resistirse al impulso de contestar. Este era tan poderoso, sin embargo, que acabó descorriendo la mirilla y echando un vistazo a su través. Sus ojos se encontraron con la mirada cariacontecida de la chica, quien portaba algo entre las manos que no alcanzaba a distinguir bien.

—Creía que había sido claro —le recordó—. Tú y yo tenemos unas distancias que mantener.

Ella elevó la cabeza, cohibida.

—Lo sé. Solo he venido a traerte esto. —Le mostró lo que sostenía: un cuenco de agua, dos higos y un pez asado—. No quiero que te desnutras por mi culpa.

La proximidad de aquellos alimentos hizo que Óliver comenzara a salivar. El día previo lo había pasado prácticamente en ayunas, y en el interior del búnker, por desgracia, no había nada de comer salvo raíces y arañas.

—No necesito tu ayuda —dijo de todos modos—. Vuelve a la playa.

—Morirás de hambre si no te alimentas.

—He dicho que no necesito nada —reiteró malhumorado—. Solo que me dejes vivir.

Sus tripas rugieron justo en ese punto como si se hubieran puesto de acuerdo para llevarle la contraria.

—Está bien. —La chica se agachó frente a la entrada—. Lo dejaré todo aquí por si cambias de opinión. —Volvió a ponerse en pie y echó a andar hacia la playa—. Que tengas un buen día.

Óliver cerró la mirilla y descendió por las escaleras hacia el núcleo del

refugio. Era algo alucinante que, después de todo lo que Coral le había hecho pasar, se sintiera tan mal consigo mismo por aspirar a poner tierra de por medio. La noche de su última intervención al frente del equipo de cirugía, en el hospital, cuando había tenido que decidir si salvaba o no la vida de aquel terrorista, lo había asaltado una inquietud muy similar y, al final, aunque nunca se lo hubiera confiado a nadie, se había arrepentido de no mover *accidentalmente* la bala alojada en su cerebro unos cuantos centímetros. ¿Por qué, siendo así, no lograba que Coral dejara de importarle? ¿Y por qué si se arrepentía tanto de haber intimado con ella no podía dejar de pensar en que había hecho algo mal, en que, tal vez, a pesar de lo intolerable de su comportamiento, no estaba siendo justo?

Una vez más había vuelto a actuar de manera precipitada, y una vez más, también, había vuelto a poner de manifiesto que no sabía tanto de la vida como creía. Lejos de su hogar, de su zona de confort y de sus seres queridos, Óliver Eldricht solo era una persona fallida y poco autosuficiente incapaz de aclarar siquiera sus propias ideas. Saltarse los preceptos que él mismo se había autoimpuesto solo le había traído problemas, igual que se los había traído no haber sido claro con la chica. Bernardo estaría muy decepcionado si supiera todo aquello, y tanto Bárbara como el decano Stigler y el doctor Pizarnik se maravillarían de que alguien tan válido en lo profesional, e incluso en lo familiar, fuera tan inútil a la hora de armonizar sus pensamientos y emociones con sus actos.

Lo que más le irritaba era que, contrariamente a lo que en su dilatada experiencia como sanitario había visto que solía ocurrir con los pacientes terminales, no notaba que ningún aplomo de última hora estuviera por la labor de presentarse para hacerle el tránsito más llevadero. Antes bien, si los enfermos de la unidad de paliativos siempre se aproximaban a su final con una dignidad encomiable, él solo percibía más estrés cada vez. Todo era confuso, inconexo, enrevesado, como si la dichosa luz al final del túnel se hubiera convertido en un fognazo molesto similar a los de sus alucinaciones —esas mismas alucinaciones que seguía sin poder aislar de un modo fiable del resto de estímulos— y ya no desembocara en ningún remanso de paz.

—Sí, lo sé —le dijo a uno de los esqueletos en cuanto las tripas volvieron a rugirle—, quizás he sido demasiado duro con ella...

A continuación, ascendió de nuevo por las escaleras, se aseguró mediante un vistazo a través de la mirilla de que la chica no rondaba por las inmediaciones y abrió la puerta dispuesto a tragarse su orgullo y recoger los

alimentos que había dejado al pie del acceso. Una sombra se abalanzó de súbito sobre él desde uno de los laterales de la puerta.

—¡No vuelvas a hacerme algo así! —los estridentes chillidos de Coral hicieron que Óliver no supiera si utilizar las manos para cubrirse los oídos o para protegerse de sus golpes y arañazos—. ¡No vuelvas a desaparecer! —Coral le robó la pistola con una maniobra huidiza y la tiró escaleras abajo, lejos de su alcance.

Ambos iniciaron de esa forma un forcejeo que los hizo rodar sobre los peldaños, en un barullo exaltado, como dos animales de especies enemigas luchando por defender su territorio.

—¡Para! —Óliver trató de detenerla cuando sus cuerpos llegaron hasta la sala central del búnker—. ¡Cálmate de una vez!

La chica hizo caso omiso de sus palabras, con los dientes apretados y los ojos retorcidos en una contracción cruel, y continuó zarandeándolo.

—¿Cómo has podido? —Coral desbarató todos sus intentos por hacerse de nuevo con el arma sujetándole la muñeca izquierda de manera muy agresiva—. ¿Con qué derecho?

El forcejeo se reanudó a partir de entonces con mayor encarnizamiento. Solo el disparo fortuito de la pistola, debido al exceso de celo, consiguió que ambos dejaran temporalmente de atacarse. Óliver miró en la dirección tomada por el proyectil y descubrió que había impactado contra la caja negra del Airbus. El tiro acertó al revestimiento de metal con tal energía y de un modo tan certero que, en cuanto esta cayó derribada de la mesa y se estampó contra el suelo, el metal de su sección superior se separó del resto de la estructura con un crujido.

—¡Aparta! —gritó el cirujano.

Óliver empujó a Coral hacia atrás y avanzó a rastras hasta la caja. Un pinchazo en mitad de la cabeza, precedido por más acúfenos, le reportó otro mareo de camino. A escasa distancia del registrador de vuelo, un estallido de luz nubló sus pupilas. Lo que hasta ese momento había sido una caja negra fue transformándose, a medida que recuperaba la visión, en otro objeto que solo compartía con aquella su forma rectangular. El cirujano presupuso que estaba sufriendo una nueva alucinación, pero, al poner las manos sobre el otro objeto y sentir el tacto de la madera en las yemas de sus dedos, comenzó a plantearse si su anterior forma no habría sido el verdadero espejismo.

El objeto en cuestión era un estuche de teca barnizada y motivos florales cuya tapa deslizante había quedado medio abierta tras el disparo. En su

superficie de textura artesanal todavía podía leerse el texto «Flight recorder: do not open». Óliver vigiló a Coral de reojo para no llevarse más sustos y, cuando le quedó claro que continuaba inmóvil al pie de la escalera, acomodó los dedos sobre la tapa del estuche y los impulsó suavemente hacia arriba. Dentro, solo había un montón de viejas fotografías.

—¿Qué significa esto? —Reparó en que todas ellas los mostraban a ambos, felices y enamorados, en diferentes localizaciones de la ciudad—. ¿Qué haces conmigo? —Cogió una donde también podía verse a Max—. ¿Con mi hijo?

Coral no dijo nada. Las letras sobre la cubierta comenzaron a desvanecerse hasta que solo dos de ellas, una de las es de la palabra *recorder* y la e de la palabra *open*, fueron visibles. Los dos símbolos comenzaron a yuxtaponerse y quedaron situados justo en el centro de la pieza. Óliver tuvo que pellizcarse para verificar que no estaba soñando, pero las iniciales continuaban allí a pesar de todo.

—¿Quién es E. E.? —preguntó.

Con pasos muy cautos, la chica comenzó a moverse hacia él. De la cólera de antes no quedaba ya gran cosa. O, si quedaba algo, había conseguido disimularlo muy bien.

—Te dije que te conocía —declaró con voz menesterosa—. Siento que hayas tenido que descubrirlo así.

—¿Se suponía que estabas amnésica!

—No, Óliver, lo que te dije fue que nunca había llegado a olvidarlo del todo. Tú eres el único amnésico en esta isla. Yo solo te he seguido el juego para no volver a perderte.

El cirujano sintió que un escalofrío le helaba la sangre.

—¿Quién eres? —la interrogó en tono mitad autoritario y mitad amedrentado—. ¿Quién es E. E.?

—Eso ya lo sabes —sonrió Coral—. La persona que más te quiere en este mundo, la persona que siempre estará a tu lado para protegerte, la persona de la que a veces sigues empeñado en apartarte aunque nunca puedas hacerlo del todo.

Óliver dio un puñetazo sobre el estuche que hizo saltar algunas de las instantáneas.

—¡Solo ha habido una mujer en mi vida! ¡Y no eres tú!

La chica recogió una de esas imágenes y se la puso delante. En ella aparecían los dos junto a Max en la terraza de casa durante una de sus sesiones

nocturnas de astronomía.

—¿Estás seguro? —Coral seleccionó otra donde ambos se daban un beso vestidos de personajes de tebeo, muy cerca también del crío—. Mira las fotos. Míralas bien.

El médico las observó conmocionado por unos segundos. Pasado ese tiempo, los párpados comenzaron a temblarle y lanzó las fotografías al suelo con desprecio.

—El tumor... —dijo más para sí mismo que como respuesta a Coral—. Todo es culpa del tumor... —Se fue derrumbando pesarosamente sobre sus propias rodillas—. ¡Nada de esto es real!

La chica recortó algo de espacio con la intención de consolarlo. Sus brazos salpicados de sangre no llegaron más que a circundar un tercio del cuerpo del cirujano, ya que este se libró de su abrazo con aspereza antes de que pudiera consumarlo.

—Soy real, Óliver.

El náufrago elevó la mirada hacia ella con resentimiento.

—El otro día no estabas tan segura.

—Al menos, quiero serlo —precisó la chica—. Tú no parece compartir ese deseo. —Le devolvió el arma—. De un modo u otro, solo hay ya una bala. Y también una sola manera de comprobarlo —sentenció agachando la cerviz para indicarle que no le importaba sacrificarse si eso servía para fulminar sus dudas.

Óliver se quedó paralizado con la pistola en la mano. Lo que Coral le proponía volvía a situarlo en la disyuntiva de tener que optar entre deshacerse de ella, y así acabar de una vez con su entrometimiento, o perdonarle la vida y afrontar las consecuencias de sus actos. No se trataba de una decisión fácil. En buena medida, porque no podía ni siquiera estar seguro de que así fuera a solucionar nada.

Poco a poco, deslizó los dedos en torno a la empuñadura del arma y pegó el cañón a su cabeza.

De lo que sí estaba seguro era de que algo no funcionaba como debía allí dentro. Y también, de que las imágenes encontradas en el estuche habían embrollado su mente todavía más, hasta el punto de que ya no la veía como una aliada con la facultad de asistirle a discriminar lo verdadero de lo figurado, sino como una enemiga.

Una enemiga a abatir.

Coral intuyó que el médico estaba tardando demasiado en tomar una

determinación y ladeó la cabeza para no perderlo de vista. Óliver respiró hondo, aupó el mentón y trasladó una orden desde su cerebro al índice de la mano derecha para que se doblara sobre el gatillo y el arma escupiera la última bala sobre su cráneo. Increíblemente, Coral estuvo más rápida y logró abalanzarse encima de él para malograr el desenlace, aunque lo hizo de una manera tan ajustada que, cuando se produjo la detonación, esta abrasó parte de la piel y los cabellos del náufrago. Óliver, con los tímpanos ensordecidos por el estruendo, resopló airado y cargó contra la chica.

—¿Qué has hecho? —clamó con desafuero, pues, tal y como ella misma la había advertido, ya no había más munición—. ¿Qué demonios has hecho?

Ambos se enfrascaron en otra pelea. La vehemencia de las arremetidas y gruñidos con los que cada uno de los contendientes acompañaba sus golpes, zarpazos y traqueteos sobrepasaba en salvajismo a la del enfrentamiento precedente. Aquel frenesí jamás habría llegado a originarse si Óliver no hubiera dejado de oponer resistencia para pasar a la ofensiva. Lo hizo con tanta acometividad que Coral se sintió abrumada y quiso implorarle que parara. El cirujano pasó por alto su ruego y siguió atacándola con saña.

Había estado conteniendo todo aquello por demasiado tiempo, guardando dentro de sí demasiadas emociones irreconciliables, demasiadas afrentas, demasiados reveses por compensar. Los muros que embridaban esa marea de inmundicia se habían abierto y ya nada parecía poder detenerla. Ni siquiera su deseo de hacerlo. Coral reptó sobre el cemento, estiró el brazo hacia uno de los esqueletos y extrajo el sable que tantas décadas atrás había quedado atascado entre las costillas polvorientas del muerto. Cuando Óliver ya se cernía sobre ella sosteniendo el estuche de manera muy poco amistosa, se lo hundió en el mismo costado en el que él le había hundido la lanza la primera vez.

—Lo siento —dijo llorosa—. No me has dejado alternativa...

El náufrago congeló su irritación en un gesto transido, hizo rechinar los dientes para asordinar el dolor y estrelló el estuche contra su cráneo con una explosión de furia. Las fotografías revolotearon por doquier, manchadas de sangre, y crearon una macabra lluvia de recuerdos sobre los supervivientes. Óliver volvió a sentirse aturdido. Tras unos segundos en los que se afanó en digerir lo que acababa de hacer, le sobrevino una arcada. El escozor en su costado comenzaba a volverse más vívido; el equilibrio, a zozobrarle, doblegado por una oleada de vértigo. Con aprieto, recogió el estuche junto al cuerpo inerte de Coral, se puso en pie entre jadeos ahogados y caminó hasta

las escaleras. Allí tuvo que detenerse y buscar apoyo en la pared para no estamparse contra los peldaños. Otra arcada le revolvió el estómago, haciéndole escupir un esputo en el pasadizo. El vértigo se acrecentó. De la herida manaba sangre en abundancia. Estaba caliente y oscura, como el aire que corría por la isla cuando llegó al fin hasta el exterior y la luz del sol abofeteó sus iris. Entre el deslumbramiento y la fatiga instigada por la hemorragia, no sabía ni hacia dónde iba. Óliver se acercó las manos ensangrentadas a la cara y apenas pudo entrever un borrón rojo sobre un fondo verde y azul. La imagen fundió abruptamente a negro y su cuerpo se desmoronó sobre el suelo como una cúpula de cristal reventada a pedradas.

En el momento en que abrió de nuevo los ojos y se encontró con la luna y las estrellas enjuiciándolo con altivez desde lo alto, la última sensación que el médico recordaba haber experimentado era una profunda paz. Esa paz ya distante se disgregó, al poco de recuperar la conciencia, en una miríada de sensaciones no tan agradables. La principal era el dolor de su costado, que continuaba lacerándole el sistema nervioso con la misma mordiente que cuando el metal había rajado su carne —solo que ahora, para más inri, una quemazón infecciosa se había formado a su alrededor—; otra, era la gelidez casi ártica que de pronto le calaba los huesos y sumía todos sus músculos en un estado de entumecimiento convulso y tiritante; y, en tercer lugar, una impresión de naturaleza incierta, en sintonía con el marasmo generalizado de su organismo, que lo distanciaba de su percepción y hacía que ya nada, salvo el sufrimiento, lo mantuviera vinculado a aquel plano de experiencia.

Además de ello, estaba también el tacto reseco y quebradizo de la sangre sobre su piel, la incomodidad producida por la acumulación de salitre y suciedad entre sus cabellos, las molestias causadas por la exposición demasiado prolongada al sol, el hambre, la sed, la sequedad de su sistema respiratorio, las dificultades para inhalar y exhalar aire con normalidad o las palpitaciones, cefaleas y trepidaciones visuales asociadas a la sintomatología de su enfermedad.

Aquello no era justo.

Él, Óliver Eldricht, que a lo largo de su carrera había visto morir a miles de personas de las formas más rápidas y repentinas posibles, que sabía mejor que nadie lo frágil y delicada que era la existencia y lo poco que se necesitaba para ponerla en la picota, que había tenido entre sus manos el destino de tanta gente, que con solo un movimiento de su instrumental quirúrgico podía alterar el decurso de una vida, que cuando se ponía los guantes de goma y la

maskarilla era un pequeño Dios, no lograba convencer a su propio cuerpo de que se rindiera. Era como si aquel organismo rebelde, a pesar de lo maltrecho de su situación y de estar conectado a un cerebro defectuoso cuya autoridad se encontraba a su vez sujeta a todo tipo de cuestionamientos, se negara a cumplir órdenes porque todavía no estaba preparado para ello. O, peor aún, porque supiera que no tenía permiso para hacerlo hasta que se dieran una serie de condiciones en absoluto dependientes de su voluntad.

No dejaba de tener su gracia: el mismo hombre al que meses antes le habían faltado redaños para cortarse las venas, como sí había hecho su esposa, lidiaba ahora, cuando por fin lograba concentrar el valor necesario para dar el paso, con el mazazo de que una serie de circunstancias especialmente adversas lo pusiera de vuelta en la casilla de salida.

Alguien ahí arriba, y no se trataba de una referencia poética a las estrellas, disfrutaba viéndolo sufrir.

Tal vez en alguno de aquellos puntos del firmamento hubiera un padre junto a su hijo, al pie de un telescopio, observando divertido cómo agonizaba sobre las rocas húmedas y resbaladizas del rincón donde de pronto había despertado.

No recordaba haber llegado hasta allí...

Óliver examinó la herida de su costado con los dedos y vio que había dejado de sangrar. Una palpación más exhaustiva le sugirió que el arma tampoco había alcanzado, como en el caso de la puñalada infligida a Coral, ninguna arteria u órgano importante. La forma más rápida de saberlo a ciencia cierta era extraer el sable. Una operación como aquella contravenía los protocolos sanitarios más elementales para esa clase de emergencias, pero, si estaba equivocado en su diagnóstico acerca de la gravedad de la lesión, lo peor que podía pasarle era morir desangrado antes de lo previsto.

¿Acaso tenía algún plan mejor?

Tiró con fuerza. El dolor fue tan insoportable que no logró más que desviar el filo del arma un par de centímetros. De sus ojos enrojecidos por el esfuerzo brotaron un par de lágrimas. El estuche de madera, que había aparecido volcado frente a él, dejaba que la marea y el viento se llevaran algunos de los retratos que contenía.

¿E. E.? ¿Quién diablos era E. E.?

Óliver cogió dos de esas fotografías, dejando un cerco rojizo sobre ellas, y las exploró con detenimiento. Aunque esperaba que algo hubiera cambiado desde la última vez en que se había atrevido a mirarlas, Coral seguía

figurando en mitad de ellas, junto a Max y él mismo, en sustitución de su mujer.

Max...

Su hijo seguía mereciendo al menos una disculpa. La jornada anterior no se había decidido a grabarla por miedo a quedarse sin batería y que la mujer de acento asiático no pudiera volver a ponerse en contacto con él, pero ya nada importaba ahora. La muerte que tanto se estaba demorando en comparecer acabaría haciéndolo en algún instante y, cuando esto ocurriera, tenía que asegurarse de que el chiquillo llegara a saber lo mucho que se arrepentía de sus actos.

Sacar el teléfono del bolsillo de su pantalón le supuso aguantar hasta tres nuevas punzadas de dolor. Con el terminal ya en la mano, afirmó su base entre dos piedras de tal forma que la cámara pudiera encuadrarle la cara, se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas e inició la grabación.

—Max, soy papá —dijo con voz traspuesta—. Sé que la última vez que me viste no me despedí como tendría que haberlo hecho, y créeme que lo siento. —Efectuó una pausa sonriente para tratar de enmascarar el dolor que seguía deformando sus rasgos faciales—. Lo siento mucho... Es posible que alguien te haya dicho que te he abandonado, que soy un cobarde y no merezco tu cariño, incluso que tú mismo hayas llegado a esta conclusión —se le atascó un sollozo—, pero nada de eso es cierto. No al menos de la forma en que quizás pienses que es cierto... Esa gente no me conoce, no nos conocen. Es muy complicado llegar a conocer a alguien a fondo. Ni siquiera nosotros mismos llegamos nunca a conocernos... —Cayó en la cuenta de que estaba comenzando a divagar y trató de acotar su discurso. Al fin y al cabo, Max solo era un niño—. No debes hacer caso a nada de lo que puedan decirte, a nada que ponga en duda los sentimientos que tu padre tiene por ti... —prosiguió sofocando a duras penas un quejido—. Tu padre solo es un hombre, y, al igual que todos los hombres, bueno, al igual que todos los hombres, a veces se equivoca. —Realizó una segunda pausa para tratar de retener el llanto—. Lo que intento decirte con todo esto es que...

El teléfono se apagó antes de que pudiera culminar su intervención. Contrariado, cogió el aparato y lo lanzó hacia las rocas de la orilla, donde fue alcanzado por una ola. El esfuerzo hizo que tuviera que vérselas con un nuevo agujonazo a la altura del costado. Cuando este cesó, una lluvia muy fina empezó a descender sobre la isla.

Óliver trató de reír por no llorar, pero las lágrimas terminaron ganándole

la partida a las carcajadas.

La lluvia levantó un destello imprevisto al contacto con algo oculto entre el lecho de piedras. El naufrago se arrastró hasta el lugar de donde había surgido el brillo y descubrió que se trataba de un fragmento de cristal. No era el único. Todo el lugar estaba moteado de pedazos como aquel. En la superficie de alguno de ellos, había aún restos humedecidos de una etiqueta de *whisky*.

Sus excusas quedaban así desactivadas. Si hacía lo que tenía que hacer, lo que Liz había hecho tiempo atrás, todavía le quedaba una opción de abandonar la isla. No era la manera en que a él le hubiera gustado salir de allí, pero, como alternativa, era la única que había logrado que la realidad —fuera eso lo que fuera—, el entorno y los dados del maldito Einstein se pusieran de acuerdo para bendecir su partida igual que Bárbara, Bernardo e incluso el decano Stigler se habían puesto de acuerdo durante su crisis para advertirle que el alcohol podía terminar matándolo.

La ironía del pensamiento le arrancó una sonrisa siniestra al tiempo que posaba la parte más aguzada del fragmento de vidrio sobre su muñeca izquierda. Con no demasiada decisión, oprimió el cristal hasta que le atravesó la piel y penetró en sus muñecas. El dolor, pese a ser irrelevante en comparación con el resto de molestias que lo flagelaban, le ocasionó una afanosa grima.

—No es tan difícil —dijo impulsando el vidrio hacia dentro para que comenzara a cortar de verdad—. Solo hay que dejarse llevar...

Un sonido atronador irrumpió en el acantilado desde el agua. Óliver retiró el fragmento, asustado, se cubrió los oídos con las manos y, conforme un fregonazo de luz blanca asestaba un zarpazo a la oscuridad, su visión se diluyó por causa del deslumbramiento. En el caso de que se tratara de otra alucinación, no había podido escoger un peor momento para hacer acto de presencia.

La ceguera provocada por el aldabonazo comenzó a remitir y el cirujano pudo ver, allegándose a la orilla, el perfil de una embarcación. Óliver utilizó las escasas fuerzas que le quedaban para ponerse en pie y hacer señas a sus tripulantes, todavía con el cristal entre los dedos.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí!

El sonido, que era realmente una bocina de barco, volvió a rugir por toda la isla. El médico dio un último salto sobre el terreno, describiendo aparatosos aspavientos, y sonrió al ver cómo la luz se giraba en su dirección.

Antes de volver a colapsar, tuvo el tiempo justo de escuchar el tintineo vencido del vidrio sobre las rocas.

El cuenco de sopa humeaba entre sus manos con la parsimonia hogareña de un plato cocinado a fuego lento en un buen restaurante. Solo se trataba, a decir verdad, de un caldo de pescado con fideos preparado en menos de cinco minutos por la joven que prestaba ayuda al hombre a cargo del barco —un fornido varón asiático de unos sesenta y cinco años de edad que no daba tantas muestras de cordialidad como ella ni hablaba una sola palabra de inglés—, pero hacía tanto tiempo que no se llevaba a la boca algo tan sabroso, por más que ese sabor procediera en buena parte de un sobre de polvos concentrados, que era inevitable ver en ella un auténtico manjar. El calor que el bol transmitía a sus manos ateridas por el frío resultaba también muy reconstituyente, en tanto que el aroma del caldo, una especie de vaho con gusto a consomé mezclado con especias orientales, lo transportaba ya muy lejos de allí.

—Gracias —dijo Óliver haciendo una pequeña y dolorosa reverencia—. Muchas gracias.

La joven, una mujer muy delgada de alrededor de veinticinco años, facciones respingonas y ojos y cabello muy oscuros, inclinó también el torso y le recolocó la manta de lana sobre los hombros para que no volviera a destemplarse. Entre el tipo a cargo de la nave —¿su padre?— y ella misma, le habían retirado el sable hendido en su costado, limpiado la herida y vendado el abdomen como medida de precaución. Además, le habían dado un cubo con agua caliente para que se aseara y ropa nueva.

De todo aquello había pasado ya un buen rato. El aguacero había aumentado sensiblemente su caudal entretanto, azotado por un viento si cabe más proceloso, y el temor a que ambos factores pudieran converger en una tormenta que pusiera en riesgo el trayecto de regreso había obligado a que el capitán postergara la partida hasta que el mal tiempo cesara y la nave pudiera zarpar con seguridad.

Según lo poco que Óliver había logrado entender a la muchacha, la embarcación, a raíz de una incierta llamada recibida por el familiar de una de las víctimas del 456 de Trans-Pacific Wings, tenía como cometido rastrear la zona en busca de posibles supervivientes. Ninguno de los tripulantes esperaba dar con nadie después de tanto tiempo, por lo que, desde que habían

encontrado al cirujano junto a las rocas, en el estado en que lo habían encontrado, y este les había desvelado que había otra persona en la isla —alguien, además, bastante peligroso y seguramente no muy receptivo a sus intentos de rescate—, la estupefacción se había instalado en sus rostros.

Óliver confrontó a partir de ahí muchas dudas sobre si aquello, más allá de ser lo correcto, era también lo más idóneo, aunque, mientras aguardaba a que el hombre regresara al barco, de donde se había ausentado para tratar de localizar a su compañera de naufragio, tuvo tiempo de sobra para arrepentirse de estar siquiera pensando algo como aquello y concluir que, ahora que la ayuda había por fin atracado en la playa, sería mucho más fácil hacer que la chica, en caso de continuar con vida tras el golpe que le había dado en la cabeza —y de que su existencia no hubiera sido otro desvarío urdido por su mente enferma—, entrara de una vez en razón.

El marinero subió de nuevo a bordo en el apogeo del vendaval. Sostenía una linterna en su mano izquierda y llevaba puesto un poncho de plástico amarillo sobre el que danzaban azarosas cientos de gotas de lluvia. En cuanto se puso a cubierto en el puente de mando, su mirada descendió con desconfianza sobre el superviviente. La muchacha y el marinero intercambiaron algunas palabras en la lengua que ambos compartían —si a Óliver no le fallaba el oído, algún tipo de dialecto del sudeste asiático. Quizás malayo— y el médico aguardó a que las tradujera.

—Dice que ha buscado por toda la isla, pero que no hay nadie —interpretó ella convenientemente el mensaje.

—¿Tampoco en el puesto militar? —preguntó Óliver desnortado—. El búnker cerca de los promontorios, ¿recuerda que se lo mencioné?

La muchacha tradujo su intervención. El hombre contrajo el sobrecejo, como agraviado por la duda, y respondió algo que no sonaba muy amigable.

—Dice que solo había dos esqueletos, que ha revisado todo a fondo y no ha visto a ninguna otra persona —medió de nuevo la joven.

—¿Ni en el campamento?

El hombre negó de manera muy tajante cuando escuchó la traducción.

—Dice que si está seguro de que hay alguien más —volvió su hija a ejercer de intérprete, reduciendo un par de tonos el desagrado del capitán.

Óliver permaneció pensativo. En caso de que aquel tipo no se equivocara —y, a juzgar por las casi tres horas que se había tomado en explorar la isla y por lo baqueteado de su apariencia, resultaba muy temerario cuestionar su veredicto—, lo que hasta poco antes había sido una hipótesis descabellada

estaba a las puertas de reivindicarse como una teoría factible.

—No —admitió hecho un manojo de nervios—. No lo estoy.

El hombre estudió a Óliver otra vez, deteniéndose con particular atención en las heridas de su muñeca y de su cabeza, y compartió una segunda mirada con la otra tripulante. Al médico no le hizo falta darse cuenta de mucho más para presentir lo que ambos pensaban: que, después de tantos días, había acabado perdiendo el juicio. Lo más trágico de todo era que ese mismo juicio, al margen de cuál fuera el motivo o motivos concretos que lo habían puesto en cuarentena, se había vuelto tan rotundo en su fallo que ya ni permitía considerar otras explicaciones.

—Zarparemos cuando amaine la borrasca —habló una última vez la joven en nombre del capitán—. Lo mejor será que descanse un rato. Pronto tendremos cobertura y podrá hablar con su familia. —Le prestó la mano para que se levantara—. Lo guiaré a su camarote.

Óliver, agradecido, se dejó remolcar por la mujer hasta un habitáculo próximo al guardacalor. Dentro había un camastro con prendas de dormir limpias, una silla y un minúsculo lavabo provisto de espejo, toallas y otros útiles de higiene personal, como jabón o espuma de afeitar. Sobre una mesilla de noche, alguien había colocado una botella de agua junto a varios envases de frutos secos. Toda aquella austeridad, que, de tan monacal, le habría parecido muy poco apetecible en cualquier otra época de su vida, redefinía frente a sus ojos incrédulos y su cuerpo molido por las penurias de la isla el concepto que hasta entonces había tenido del lujo.

—Han llegado ustedes justo a tiempo —dijo apenas reconociendo su imagen en la superficie del espejo—. Estaba a punto de rendirme —se le hizo difícil no soltar alguna lágrima—, de incumplir mi promesa...

La mujer consintió respetuosa sin dejar de exhibir una sonrisa más diplomática que sentida, prendió una varilla de incienso sobre la mesa para perfumar un poco el habitáculo y le cedió de nuevo su apoyo de tal manera que pudiera acomodarse a gusto sobre el catre.

—No se preocupe ahora por eso. —Lo abrigó cuidadosamente, casi como a un niño—. Está usted a salvo —añadió limpiándole el sudor de la frente con un paño antes de caminar hacia la puerta, apagar las luces y asomarse al exterior—. Cuando despierte, nos encontraremos ya en tierra y todo habrá terminado. —Cerró la portezuela de acceso con delicadeza—. Que duerma bien.



El penúltimo confín

El matraqueo de los motores del barco no había dejado de boicotear el sueño de Óliver Eldricht desde que el buque había puesto rumbo a la civilización. Por ello, cuando ese rumor cesó en plena noche, el cirujano presupuso que ya habrían llegado y trató de reincorporarse.

La mayor parte de su cuerpo seguía entumecida por el traumatismo, pero los cuidados del hombre a cargo del navío y de su hija habían logrado que ya se sintiera algo mejor. Lo mismo sucedía con el barullo de ideas dentro de su cabeza y, gracias al descanso y a los nuevos puntos de anclaje facilitados por los dos marineros, también era menos estentóreo.

Hasta la llegada de sus rescatadores a la isla, la única referencia con la que Óliver había contado para contrastar la información captada por sus sentidos era su propia suspicacia. Ambos navegantes le habían ofrecido en contrapartida una perspectiva ajena a las estrecheces de su propia psique. Con ese testimonio como garante, ni la reconstrucción de los hechos ni su propia lectura sobre ellos le parecía una materia tan liosa como hasta esa misma mañana.

La explicación era simple: su mente le había perdido el respeto y muchas de las cosas que le había hecho tomar por reales, que había sentido e interpretado como tales en la isla, habían desempeñado el papel de un mero trampantojo.

Aquello no implicaba que asumiera de buen grado todo lo que de ahí se desprendía, ya que, incluso con tantas evidencias sobre la mesa, seguía costándole creer que lo vivido junto a Coral no hubiera estado más que en su imaginación, pero, o las dos personas que lo habían rescatado eran también una percepción ilusoria, posibilidad nada descartable según habían ido evolucionando los hechos, o debía aceptar que su única compañía en aquel inhóspito lugar, la mujer a la que él mismo había bautizado con el nombre de Coral, nunca había existido fuera de las fronteras de su cerebro.

Casi veinte años de experiencia profesional como neurocirujano le recordaban, no obstante, que incluso los delirios más abstrusos solían tener siempre un sentido. Con ellos acostumbraba a ocurrir lo mismo que con los sueños o las mentiras: se alimentaban de bocados selectos de realidad para poder mantenerse en pie y alimentar de ese modo sus propias fantasmagorías. La conjetura ofrecía su cara más endeble justo ahí, pues muy poco de la función orquestada por su mente alcanzaba a definirse como algo conectado con otro algo, sino como piezas aisladas de un puzle, o bien incompleto, o bien mezclado con las piezas de otro puzle distinto.

Y, por supuesto, ¿quién diablos era E. E.?

Perderse de nuevo en aquel dédalo de incógnitas solo conseguiría que el retorno fuera todavía más arduo de lo que ya iba a ser, así que dio un largo trago a la botella de agua —tenía la garganta muy, muy reseca—, salió de la cama velando por no perder el equilibrio —el suelo oscilaba bajo sus pies al plácido ritmo del oleaje— y caminó hasta la puerta que comunicaba el camarote con cubierta.

La oscuridad seguía campando en el exterior pese a ser casi las cinco y media de la mañana. Algo de lluvia repiqueteaba contra el puente, espolvoreada por una brisa tibia, mientras la luna proyectaba sobre el océano, desde el firmamento, un halo de vaporosos contornos carmesíes.

Óliver se acercó hasta la baranda más próxima a ese flanco de la nave para echar un vistazo desde allí. Al contrario de lo que había creído, el barco no había llegado ni mucho menos a tierra. Solo se había detenido sin previo aviso, por alguna razón, en aquellas coordenadas en principio aleatorias.

—¿Capitán? —dijo arrostrando el silencio de cubierta—. ¿Está usted ahí?

No le respondió nadie. Óliver dio unos cuantos pasos más apoyándose en la baranda hasta que un reguero de sangre, con origen en la cabina de mando, se extendió por el entarimado de cubierta hacia sus pies.

—Capitán, ¿me escucha?

Cuando alcanzó la cabina y asomó la cabeza por la puerta del compartimento, pudo percibir un gorgoteo. El hombre asiático, todavía enfundado en su poncho para la lluvia, se agitaba sobre un charco escarlata, del que había nacido el hilo que lo había guiado hasta allí, con un sajo a la altura de la carótida. Su semblante estaba distorsionado por una mueca rota que no lograba ni sostenerse a sí misma. La sangre salía despedida a través del corte y lo anegaba todo de viscosidad a medida que el capitán se desangraba en una sucesión de espasmos y contracciones sordas.

Al reparar en la presencia de Óliver, el marinero entreabrió la boca para decir algo, pero tenía las cuerdas vocales tan dañadas que no pudo pronunciar ningún sonido. Su cabeza se derrumbó inerte sobre el charco muy poco después.

Ya no tenía pulso.

—¡Dios mío! —exclamó el médico presa del horror—. ¿Quién ha...?

Un ruido aplastado se escuchó entonces en proa a modo de respuesta. Allí, iluminada por la palidez lunar, la muchacha que había llegado hasta la isla con el capitán aguardaba hierática y asustada, con las manos a ambos lados del cuerpo, en una postura antinatural. Aunque ella también podía verlo, no se atrevía ni a decir nada ni a realizar ningún movimiento.

—¿Qué está ocurriendo? —Óliver salió de la cabina a su encuentro—. ¿Por qué estamos parados?

Los ojos aterrorizados de la joven se espantaron aún más tras ver las manchas de sangre en las manos del cirujano. Este, figurándose que el detalle probablemente la había hecho llegar a una conclusión falaz, trató de ocultarlas detrás de la espalda.

—No es cosa mía, lo juro. Cuando llegué, él ya...

La tripulante se alzó unos cuantos centímetros, como si hubiera decidido ponerse de puntillas, y su rostro comenzó a adquirir una expresión muy similar a la que había desdibujado el de su padre. Una mirada algo más atenta por parte de Óliver le hizo fijarse en que estaba siendo levantada por los pelos desde las tinieblas. A continuación, resonó algo parecido a un restallar de huesos y el pecho de la rehén se convirtió poco a poco en el centro de gravedad de su cuerpo hasta que el filo de un escalpelo, unido a una rama seca, emergió de entre sus costillas. Coral, bañada en sangre de pies a cabeza, arrojó el cadáver de la muchacha al suelo con un empujón.

—No... No es posible...

El líquido surgido de las heridas de ambos cuerpos fluía con tal profusión que varios chorros encarnados pronto comenzaron a desaguar a través de los orificios de drenaje. Cuando entraron en contacto con el exterior, el mar quedó progresivamente teñido de rojo, igual que lo había hecho días antes en la isla, hasta confinar la embarcación en el centro de un gigantesco océano de hemoglobina. La única diferencia con respecto a entonces era que esta vez, en caso de que se tratara también de una ensoñación, ya sabía de dónde venía todo aquel caudal y quién lo había desatado.

—Sí lo es —objetó Coral con la lanza entre las manos—. Te dije que

estábamos más en sintonía de lo que pensabas, que todo esto no era más que una prueba de ello...

Óliver deglutió expectante mientras la observaba con miedo, agotamiento y conmiseración.

—Déjame solo —imploró—. Déjame marchar.

—Lo he hecho —repuso la chica limpiando el filo del escalpelo con la tela de sus pantalones—. Pero te niegas a ello.

—Esta gente no tenía la culpa...

—¿Qué gente?

El médico, enojado, se acuclilló junto a la muchacha muerta y tiró de su cabeza por los cabellos para que Coral pudiera verle la cara.

—¡Esta gente!

—Los sentimientos solo son válidos si te cuestan algo... —sorteó Coral la increpación con habilidad—. Tú mismo dijiste, además, que hay un destino escrito para todos —añadió sardónica—. El tuyo y el mío está en esa isla —señaló con la lanza la porción de mar que el barco había dejado atrás—, y volveremos a ella.

La cabeza de la chica se escurrió de entre los dedos de Óliver hasta darse de bruces contra el charco de sangre. El chapoteo llenó el rostro del cirujano de pequeñas manchas granates. Percibir su tacto caliente sobre la piel le hizo apreciar que no era ninguna muñeca y sentirse muy mal por haber manipulado su cuerpo de aquella forma, aun cuando solo lo hubiera hecho para recriminarle a Coral lo lejos que había llegado en su absurda cruzada por retenerlo.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó desconsolado.

Coral avanzó en su dirección, esbozando una sonrisa tierna que no casaba del todo con la atrocidad del escenario.

—Tú eres quien te lo estás haciendo —explicó con la misma condescendencia con la que se dirigiría a un anciano desmemoriado—. Yo solo soy la excusa. Como bien me ayudaste a comprender en su momento, nadie puede salvar a nadie, solo retrasar lo inevitable. Eso no significa, de todas formas, que no debemos intentarlo. Otra vez...

—No pedí que me siguieras.

—No con palabras, pero sí con tus actos. Ocurre que no lo recuerdas. O no quieres recordarlo. Una huida siempre conlleva un acto desesperado por llamar la atención, por reclamar auxilio. Yo me he limitado a atender esas súplicas, y, habiendo llegado hasta aquí, no pienso permitir que te

autodestruyas... Éramos felices en la isla, Óliver. Nadie podrá impedir que lo seamos de nuevo. Ni siquiera tú.

—¿Nunca has pensado que era justo esto de lo que estaba huyendo?

—Claro que lo he pensado —apuntó Coral al tiempo que se situaba frente a los motores para volver a ponerlos en marcha—, pero sé que no es así. —Lo miró desde la distancia, como conmovida por su incapacidad para entender—. Te conozco más de lo que te imaginas —elucidó magnánima—. Más de lo que te conoces a ti mismo, por lo que veo.

Las luces del puesto de mando se encendieron y, con ellas, el piloto parpadeante de la antena satelital que coronaba la cabina.

—Tú no me conoces —refunfuñó Óliver—. Nunca lo has hecho.

Coral, con los brazos en jarras, ladeó la cabeza de manera bastante críptica.

—Sigues sin recordar, ¿verdad?

Su pregunta sonó a oídos de Óliver como un tañido que llamara a rebato. Por un lado, quería responderle algo, pero, por otro, el temor a que, al hacerlo, pudiera llegar a encontrarse con más revelaciones como las de la caja negra le hacía pensar que tal vez era mejor eludir aquella interrogante.

—Al menos, déjame despedirme de mi hijo —suplicó en alusión al sistema de comunicaciones recién reactivado.

—¿El hijo al que también dejaste atrás? ¿Del que no te despediste cuando debías? ¿Ese cuyo recuerdo ni siquiera tuviste el valor de incendiar, como trataste de hacer con todo lo demás?

El comentario de Coral lo apremió a sacudir la cabeza para no caer en su trampa. Luego, la irguió en actitud compungida y buscó nervioso la mirada de la chica.

—Solo una llamada —apeló de nuevo a su clemencia—. Te lo ruego.

La superviviente emitió un bufido hueco y estiró la mano hacia él para que pudiera ponerse en pie.

—Odio verte suplicar. Tienes un minuto —cedió de mala gana.

Óliver asintió en aprobación, renqueó abrumado hacia la cabina y tomó asiento en la silla del capitán, cuyo cadáver cerúleo yacía a sus pies como un soldado abatido en alguna guerra olvidada, vertiendo su sangre hacia el mar cada vez más oscuro y espeso.

El teléfono descansaba sobre la consola de control y parecía tener ya cobertura. Óliver lo cogió, marcó el número de Bárbara y aguardó a que se escuchara el tono de llamada mientras espía a Coral a través del cristal de

la cabina. La chica, sorprendentemente, no se encontraba espiándolo a su vez desde cubierta, sino que se había reclinado contra la baranda de proa para contemplar distraída el despuntar del alba sobre el océano bermellón.

El perfil difuminado de la isla podía divisarse aún en la lejanía como el recuerdo de un sueño febril. Ese recuerdo y ese sueño, a no ser que diera pronto con algún modo de evitarlo, volverían en muy pocas horas a formar parte de su presente y su realidad. Fue entonces cuando vio una pistola de bengalas colgada en una de las paredes del habitáculo, y fue entonces, también, cuando las palabras del doctor Pizarnik acerca del sacrificio se impusieron a las teorías de Bernardo acerca del *kaizen* y los pequeños ajustes de foco. El único modo que tenía de procurarse un final digno era dejarse de remilgos. No podía hacerlo, como era lógico, sin renunciar a su única —y tal vez última— oportunidad de volver a entablar una conversación con Max. Era en ese desistimiento, además de en el compromiso con la idea de no rendirse, donde residía el verdadero valor de un sacrificio.

El *flashazo* abatanó la negrura subrayado por un estallido siseante. Un revuelo de fosforescencias se condensó en torno al barco, cayendo a modo de fino orballo sobre el entarimado. A medida que el resplandor de la combustión comenzó a declinar, Óliver bajó el arma y atisbó entre el humo, ya fuera de la cabina, cómo Coral descubría que una bengala incandescente se le había clavado en el abdomen.

—Lo siento. —Regresó hasta ella para disculparse—. Era la única forma.

Pasados unos instantes de confusión, en los que los reflejos del proyectil matizaron sus ojos verdes de turbios destellos color fuego, la chica asimiló lo que había sucedido, soltó la lanza y se dejó caer contra la baranda mientras por sus labios asomaba otra de aquellas sonrisas fuera de contexto.

—No lo sientas —dijo irradiada por el fulgor casi espectral de la bengala—. Has hecho lo que tenías que hacer...

Óliver arrojó la pistola al suelo. Sentía una profunda tristeza, e incluso cierto bochorno, por todo aquello, pero no se le escapaba que, si había llegado hasta allí, era porque alguien lo había empujado.

—Te mueres, Coral —dijo tomando asiento junto a ella, al borde del llanto.

—Lo que tenías que hacer —repitió la chica, comprensiva.

Su cuerpo cubierto de sangre y virutas luminosas parpadeó como una interferencia. Varios círculos concéntricos de color rojo, muy parecidos a los que Óliver había visto en la playa, afloraron alrededor del barco y crearon un

efecto túnel también similar al que había rodeado a la ya lejana visión. Los mismos contadores alfanuméricos de entonces eclosionaron encima de esos trazos. Ella giró la cabeza hacia Óliver, recorriendo su rostro con dulzura.

—Pero, por favor —solicitó muy débil—, deja de llamarme Coral...

Los círculos se realinearon unos sobre otros en una sinergia concéntrica hasta dar lugar a una imagen que, ahora sí, alumbró las partes más oscuras de la memoria del naufrago tras un fogonazo centelleante.

La escena era casi tan nítida como la primera vez que la había vivido, con la salvedad de que ya conocía su final.

Ella sonreía desde el otro lado de la cristalera, sobre la camilla del escáner de tomografía axial computerizada, mientras una versión algo más joven de sí mismo lo preparaba todo para la prueba en la sala de control.

—Intenta no moverte —escuchó decir a esa misma versión cuando la paciente comenzó a deslizarse hacia el interior de la máquina a lo largo de un túnel muy blanco, idéntico al de sus trances alucinatorios—. Solo será un segundo.

Todos los dígitos de aquellos contadores misteriosos, todos los círculos, estaban allí también. Unos, presidiendo la parte frontal del aparato en un conteo incesante de cifras, y otros, dentro del propio escáner, por donde giraban a una velocidad escalonada siguiendo las mismas órbitas que en la playa.

—Eso hago —la voz amortiguada de la mujer logró hacerse oír entre el rurrún de la maquinaria—, pero no es tan fácil...

—Aguanta, ya casi está.

En la pantalla de la computadora, cuatro imágenes complementarias en blanco y negro ofrecían un veredicto devastador sobre el cerebro de la paciente. Su textura de sinuosidades laberínticas era también calcada a la del filtro palpitante que había impregnado algunos de los delirios de Óliver. Y el glioblastoma que en ellas podía distinguirse, y que acaparaba todo el protagonismo del monitor con su opacidad, tenía la misma forma que el mapa del búnker atribuía a la isla.

—¿Qué tal? —preguntó la mujer al término de la exploración—. ¿Lo he hecho bien?

Óliver se anticipó a su propio recuerdo y supo que aquella versión de lo que en algún momento había sido estaba a punto de limpiarse discretamente las lágrimas.

—No, Liz. —El médico salió de la sala para ayudarla a reincorporarse.

Sus bisbiseos en presente se solaparon con las palabras proferidas en pasado frente a su esposa—. Me temo que no...

Una réplica algo menos colmada del fogonazo precedente lo devolvió al océano invadido de sangre, al barco a la deriva y a la compañía de la misma persona con quien se había reencontrado en aquel retazo perdido de memoria y a quien casi había llegado a olvidar a raíz de todas las malas experiencias posteriores. El abatimiento e imparable deterioro de esa época infame, en la que todo lo bonito que habían vivido juntos, todo lo que les había hecho tomar conciencia de cuánto se amaban, incluida la imagen que tenían de ellos mismos, había quedado deslucido para siempre por el dolor y la pena, le abrió por fin los ojos.

—¿Elizabeth...? —pronunció su verdadero nombre con pasmo.

Ella cabeceó en aquiescencia, muy tímida.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Quería que lo averiguaras por ti mismo —susurró la superviviente entre nuevas interferencias—, que fueras tú quien me recordaras..., quien te dieras cuenta de que en esa playa, como ya te dije la última vez, solo había un amnésico. Ahora, al fin, estás preparado para seguir solo, para escribir tu propia historia.

—E. E. —mencionó Óliver con la clarividencia renovada de quien ya no solo ve una parte del cuadro, sino todo el lienzo en su conjunto—: Elizabeth Eldricht.

Complacida por el hecho de que el médico empezara a barruntar la verdad, la mujer asintió por segunda vez. Óliver casi ni podía verbalizar su asombro.

—Eras tú desde el principio, ¿cómo no lo he visto venir?

—Estabas muy confundido.

—Claro —abocetó una sonrisa—, y no se puede confundir lo que no existe...

—Así es.

Ella le devolvió el gesto con afecto, aunque otra descarga de interferencias despojó a su cuerpo de algo de color y fisicidad, como si estuviera comenzando a desmaterializarse.

—¡Espera! ¡No puedes irte! —El náufrago se alarmó ante aquella discontinuidad—. No ahora que...

Todas las piezas encajaron en su cabeza con un clic: la atracción que había sentido desde el inicio, la familiaridad, las extrañas coincidencias, la

sintonía, las dudas y los remordimientos... Aquellos pequeños detalles que durante semanas le habían parecido un enigma tan irresoluble como el significado de sus visiones acababan de reacomodarse por sorpresa, del mismo modo en que lo habían hecho los fragmentos del avión en la playa, y conformaban frente a sus ojos un nuevo territorio que ya no admitía ningún tipo de cuestionamiento.

—Me alegro de que al fin lo veas —dijo Elizabeth titilando una vez más—. No sabía cómo hacer para que entraras en razón...

—¿Cómo iba a...? —Óliver se ofuscó consigo mismo—. Estabas muerta.

—Nadie muere del todo hasta que sus seres queridos lo olvidan. —El dolor y el desaliento no dejaban que la mujer se expresara con propiedad—. Tú estuviste a punto de hacerlo, pero has recordado.

—¿Y ellos?, ¿acaso no están ellos muertos? —dijo el médico en referencia a los cadáveres.

—Lo último que quería era desaparecer... Solo trataba de adaptarme, de sobrevivir —se lamentó Elizabeth, cuya inestable corporeidad amenazaba con desvanecerse por completo—. He tenido que hacer muchas cosas que no deseaba hacer para conseguir que lo entendieras: los incendios, el sable, esto... Tú tuviste que hacerlo, más bien.

Óliver echó un vistazo tembloroso a sus palmas manchadas de sangre.

—No tengas miedo. «Para desaparecer del todo, primero hay que haber estado». —Elizabeth sonrió una última vez y elevó la mano derecha en un ademán postrero de cariño—. Las cosas simplemente pasan. —Sus dedos querían acariciarle la mejilla, como habían hecho en tantas ocasiones en el pasado, solo que la falta de energía hizo que se quedaran a medio camino—. Únicamente tienes que dejarte llevar...

Tanto o más exangüe que ella —a fin de cuentas, ambos compartían un mismo cascarón—, el cirujano movió también la mano y trató de entrelazarla con la suya.

—Sí, esa isla era todo cuanto teníamos —concedió entristecido mientras la imagen de Elizabeth encaraba los últimos compases de su proceso de disolución—. Podríamos haber sido felices en ella. —Los dedos de su mujer se esfumaron entre los suyos como el contorno de una silueta a la que hubiera estado mirando por demasiado tiempo—. Tal vez hasta lo hayamos sido...

Ambos se sostuvieron la mirada para suplir la decepción de aquel contacto fallido. Óliver notó un picor en los ojos y asistió indefenso a la gradual conversión de la persona que más lo quería en el mundo, la persona

que siempre había estado a su lado para protegerlo, la persona a quien se había empeñado en apartar aunque nunca pudiera llegar a hacerlo del todo, la mujer de las fotos, en la mujer demacrada, enferma, voluble y macilenta de sus últimos días. Solo un hoyuelo en la barbilla las relacionaba a ambas. Ese recuerdo también acabó disuelto en la brisa del amanecer, junto con los resquicios de su despedida, antes de que ningún insecto necrófago, como los que ahora veía por qué había incorporado con tanta insistencia en sus alucinaciones, pudiera recalcar cuál era el final del camino.

Óliver se recostó contra la baranda tratando de contener el llanto y un chisporroteo de refulgencia mortecina crepitó sobre su estómago.

La bengala que él mismo había disparado —que él mismo se había disparado— le atravesaba el abdomen de igual manera que había atravesado el de Elizabeth hasta pocos momentos antes. De la herida abierta por la luminaria bullía un arroyo de sangre. Esta se mezclaba un poco más adelante con las del capitán y la muchacha asesinados como un vertido de aguas insalubres y, ya convertidas en un mismo cauce, surcaban los conductos de avenamiento de cubierta hasta sumarse al inabarcable océano rojizo sobre el que el buque, todavía con los motores encendidos aunque completamente inmóvil, flotaba varado en la nada.

—Sin duda, es una buena excusa... —dijo al ver que la misma iguana de la isla salía desde detrás de unas redes y lo observaba impertérrita desde el suelo encharcado—, una excusa perfecta para devorar lo hermoso...

Luego cerró los párpados, comprendiendo lo que Liz había querido decirle en la playa con «sentirse muerto solo es una forma rebuscada de sentirse vivo», pensó en Max y supo que el único camino que le quedaba para mantenerse fiel a su promesa era hacer caso a quien mejor los conocía a ambos y tratar de mandarle otro tipo de mensaje.

La aurora rompió sobre el horizonte con un resplandor dorado. Óliver Eldricht, imbuido por el roce del calor sobre la piel, ignoró a las aves carroñeras que comenzaron a posarse sobre la cabina de mando y se concentró en desafiar al destino con la sonrisa más amplia de su repertorio.

—Aquí y ahora —dijo en un resuello apenas audible—, aquí y ahora...

La pesadilla, finalmente, había terminado.

EPÍLOGO

Llamada en espera

Los sucesos de las últimas semanas habían hecho de la rutina de Bárbara Eldricht un constante ajetreo.

Ese mismo día, sin ir más lejos, no había tenido ni un minuto de descanso, por lo que, tan pronto como Max se hubo acostado y ella pudo disponer de cierto tiempo para ponerse al corriente con los proyectos del estudio, dedicó casi un cuarto de hora a fumarse con tranquilidad un cigarro en la azotea de casa.

Le gustaba contemplar el paisaje urbano desde allí, y, aunque hacía algo de frío y el ruido del tráfico no era muy relajante, aventurarse en aquel hormiguero de neón con la mirada mientras se imaginaba al menos una historia para cada fuente de luz la ayudaba a relativizar sus propias miserias.

Ni su hermano ni ella habían tenido una vida excesivamente fácil debido a las dramáticas pérdidas sufridas en la infancia, y ese sustrato común, ese estigma inevitable que, de un lado, les había hecho tener que enfrentarse demasiado pronto a ciertas cosas, y, del contrario, postergar más de lo recomendable ciertas otras con el consiguiente lastre para el desarrollo de su afectividad, los había unido en la misma medida en que los había hecho desconfiar del mundo.

Todo ello estaba en el origen de los numerosos problemas de adaptación de Óliver y de que ella misma, como hermana, siempre hubiera tendido a protegerlo frente a quienes acostumbraban, o bien a aprovecharse, o bien a burlarse de su fragilidad. La mayoría de problemas de identidad sexual que, por su parte, tanto la habían atormentado hasta cinco años antes, cuando al fin había decidido abrazar su verdadera condición, se derivaban del mismo germen.

Tales asuntos habían quedado reducidos a simples anécdotas tras la desaparición de su hermano, pues, desde que Óliver, con el pretexto de tener que impartir una conferencia de fin de semana al otro lado del charco, había

salido del apartamento dejándola a cargo de Max, no había tenido ninguna noticia de él.

Durante los primeros días, Bárbara había estado convencida de que lo peor de aquella situación era la incertidumbre, pero pronto había descubierto que la impotencia, el no poder hacer nada por cambiar el signo de los acontecimientos, era más dañina que no saber. El teléfono había sonado de improviso cuando ya casi comenzaba a habituarse a la angustia y una voz de acento asiático le había hecho ver que aún existían posibilidades peores.

«Creemos que su hermano podría encontrarse a bordo del vuelo 456 de Trans-Pacific Wings —todavía recordaba las escuetas palabras del comunicado—. Lamentablemente, no podemos ofrecerle una confirmación hasta que demos con los restos del Airbus».

Los restos ni se habían dejado ver ni había demasiadas trazas de que fueran a ser localizados en un futuro próximo, así que el déficit de titulares al respecto había acabado minando su paciencia y su natural optimismo con tanta inquina que todas sus esperanzas de que pudiera llegar a suceder algún milagro, transcurridas ya tres semanas y media desde la volatilización de la aeronave, se evaporaron también.

Aquel desengaño no solo la movía a concluir que jamás volvería a ver a su hermano, sino que también la sentenciaba a bregar por lo que le quedara de vida con la frustración de desconocer cuáles habían sido sus planes al embarcar en aquel aeroplano, con el resabio de no haber sido capaz de hacerle cambiar de opinión, en el caso de que se tratara de lo que las botellas vacías halladas en su piso y su errático comportamiento de los meses anteriores daban a entender que se trataba, y con la responsabilidad añadida —eso nunca podría perdonárselo estuviera donde estuviera— de tener que transmitirle a Max, a quien se había visto en la obligación de cuidar durante su huida a pesar de encontrarse más saturada de trabajo que nunca, la noticia de que su padre, casi con total seguridad, nunca volvería.

A lo largo de la tarde había batallado trabajosamente contra sí misma para hacerlo de una vez por todas, sin embargo, llegado el momento de arropar al crío en la cama, le había faltado sangre fría para ello y había acabado musitándole al oído la misma mentira de siempre: que seguro que pronto darían con su paradero.

Algo similar les había trasladado también, aunque no en el mismo tono, a todos quienes habían preguntado por Óliver durante ese tiempo, desde sus amigos y conocidos hasta antiguos pacientes y compañeros de trabajo en la

facultad.

Para cuando ya ella misma comenzaba a creerse tanta excusa barata, el doctor Pizarnik marcó su número con el propósito de facilitarle el dato crucial. La información del neurocirujano, que su hermano se había guardado muy bien de no compartir con nadie, cambiaba radicalmente la perspectiva acerca de su incomparecencia al tiempo que eliminaba de un modo bastante expeditivo lo poco que quedaba de su confianza en un final feliz.

Por eso, entre otras muchas cosas, era por lo que Bárbara odiaba los viajes en avión: proporcionaban una salida demasiado práctica y tentadora para todos quienes podían sentirse sobrepasados por su propia desventura.

Uno de aquellos aviones cruzó el cielo justo entonces trazando sobre el horizonte una estela cenicienta. Bárbara apagó el cigarro, arrojó la colilla a la calle y descorrió la mampara de cristal que conectaba con el salón para acceder a la vivienda. Dentro, todo se encontraba igual de revuelto que en los últimos días.

Max había irrumpido en su colección de tebeos, películas y estatuillas de resina inspiradas en la cultura pop como un elefante en una cacharrería; los envases de comida rápida creaban pequeñas torres grasientas en los rincones más insospechados —Lena se encargaba habitualmente de la limpieza del piso, pero le había pedido que no pasara por allí mientras el crío se encontrara bajo su custodia— y al menos medio centenar de las variadas figuras de origami que Óliver había ido regalándole a su hijo para que las decorara con sus lápices de colores se encontraban desperdigadas por el suelo.

Bárbara se agachó para recoger una de ellas y evitar que alguien pudiera pisarla. Conforme la giraba admirada entre sus dedos, pensó que el trabajo que Óliver había realizado con aquel trozo de papel era una auténtica filigrana. Ni siquiera ella, con todo el bagaje que acumulaba como prestidigitadora de planos visuales dada la naturaleza de su cargo en el estudio de arquitectura, tenía ni la menor idea de cómo se las había ingeniado para convertir una simple lámina de celulosa en una iguana rayada, y, desde luego, si alguien le dijera que debía crear una también, no sabría ni cómo empezar.

La reflexión le hizo alumbrar una sonrisa triste. Óliver podría tener muchos defectos, pero, para ese tipo de tareas, siempre había sido un virtuoso.

—¡Tía Bárbara! —Max apareció a sus espaldas sujetando a Manfred, uno de sus osos de peluche favoritos, contra el pecho—. ¡He visto a papá!

En el rostro del crío rielaba una excitación insólita. Ella se maravilló de que estuviera levantado a unas horas tan intempestivas, disimuló con un mohín entre nostálgico y piadoso la pena que le inspiraba constatar cuánto echaba de menos a su padre y se acercó para revolverle amorosamente los cabellos y guiarlo de nuevo hasta el cuarto de invitados.

—Querrás decir que has vuelto a soñar con él —lo corrigió de camino, cansada—. Ya sabes que tu padre..., bueno, tu padre, por desgracia, todavía no está aquí.

—Lo sé —repuso Max sin dejar que sus palabras le afectaran—. Está en esa isla, con mamá.

—¿Isla? ¿Qué isla?

—La isla en donde lo he visto. Estaban allí juntos, en la playa. Y había una iguana con ellos... No de papel; de verdad.

Bárbara lo metió bajo el edredón y volvió a arroparlo con cuidado.

—¿Ah, sí? ¿Y te ha dicho algo?

—Las iguanas no hablan...

—Me refiero a tu padre.

El crío amagó una sonrisa traviesa y sus dos ojos resplandecieron de alegría, entre las sábanas, por primera vez en bastante tiempo.

—Me ha dicho que no me preocupara —se puso un poco más serio para responder—, que estaban bien allí y que tú me cuidarías hasta que volviéramos a reunirnos.

Bárbara atildó las cejas, desubicada por el recado, y le dio un beso en la frente.

—Eso es lo que trato de hacer, al menos —aseguró tras apagar la luz de la mesilla—. Ahora descansa, es muy tarde.

—¿Crees que es verdad? —preguntó Max cuando ya se preparaba para cerrar la puerta de la habitación.

—¿El qué? —contestó ella desde el umbral, inquieta.

—Que volveremos a reunirnos.

—Claro —afirmó poco convencida—. Si tu padre lo dice, será por algo...

A continuación, ajustó la madera en el quicio y echó a andar hacia su propio cuarto para dormir ella también. Conciliar el sueño no era algo que le costara demasiado por lo general, pero aquel mes estaba siendo tan duro, tan estresante y exigente desde todos los puntos de vista, que cada vez tenía mayores dificultades a la hora de descansar, y ni los ejercicios de relajación

que Bernardo le había enseñado ni las infusiones de valeriana o los somníferos le servían de mucho frente a ello. Cuando se echaba en la cama, la rabia y la oscuridad revolucionaban todo en su cabeza y únicamente a través del llanto, un llanto que la mayoría de las veces no podía controlar, encontraba cierto espacio para la catarsis.

—Nunca te perdonaré lo que has hecho —murmuró desolada en medio de la penumbra por puro resentimiento—. Nunca te perdonaré que te hayas ido sin dejar una señal...

Su teléfono móvil se iluminó de pronto sobre la mesilla con un resplandor azulado. La alerta en pantalla informaba de que algunos minutos antes, tal vez mientras estaba en la azotea o en el cuarto de invitados junto a Max, había entrado una llamada perdida. El número era extremadamente largo, no estaba incluido en su agenda de contactos y, de acuerdo con el terminal, tampoco parecía corresponderse con ningún país en particular. La mejor manera de averiguar por qué su corazón se había acelerado tanto tras la lectura de aquel mensaje era pulsar la tecla de devolver llamada.

El dispositivo tardó un rato en darle línea.

Algunos segundos más tarde, algún teléfono comenzó a sonar en algún lugar...

Bárbara Eldricht, cruzando los dedos en un arrebató de superstición muy poco habitual en ella, se enjugó las lágrimas con la mano, tragó saliva para aclararse la garganta y aguardó a que alguien respondiera a su intento de establecer contacto.

—¿Óliver? —dijo entonces estremecida—. ¿Eres tú?

— Índice —

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

Solo huyen los cobardes

PRIMERA PARTE

Algo más que una tormenta

| *Despojos junto al mar*

|| *Territorio inexplorado*

||| *Necesidades comunicantes*

|||| *Esqueletos en el armario*

SEGUNDA PARTE

Un cristal traslúcido y astillado

El origen de las especies

| *Diferentes formas de sentirse vivo*

|| *El ingrediente más poderoso*

||| *Kaizen*

|||| *Hachazos contra las olas*

TERCERA PARTE

La explicación más sencilla

[Acción-reacción](#)

| [Las riendas](#)

|| [Dios no juega a los dados](#)

||| [Mens sana in corpore sano](#)

|||| [El dedo y la llaga](#)

[Interferencias](#)

CUARTA PARTE

[Una excusa para devorar lo hermoso](#)

| [Aquí y ahora](#)

|| [Jenga](#)

||| [E. E.](#)

|||| [El penúltimo confín](#)

EPÍLOGO

[Llamada en espera](#)

[Esto ha sido todo por ahora...](#)

[Otras obras publicadas](#)

Esto ha sido todo

por ahora...

Pero antes de irnos, me gustaría darte las gracias por haber adquirido el libro y por haber tenido la paciencia de llegar tan lejos sin desfallecer. Espero de verdad que el camino haya merecido la pena y que hayas disfrutado tanto de la lectura de esta historia como yo de haberla escrito.

En cualquier caso, recuerda que puedes calificar la novela y/o dejar tu opinión sobre ella tanto en la sección de comentarios de la plataforma de venta utilizada para adquirirla como en *Goodreads*. Te llevará muy poco tiempo y a mí me ayudarás más de lo que crees a seguir escribiendo otras historias.

Sería también muy de agradecer (además de un detalle notablemente beneficioso para tu karma) que me ayudaras a difundir la existencia del libro entre tus amigos y conocidos y entre tus contactos en redes sociales.

Si deseas mantenerte al tanto sobre mis próximos proyectos puedes visitar la *web* <http://ggvelasco.com>, donde encontrarás toda la información que necesites sobre mis libros y sobre mí (además de contenidos y beneficios exclusivos) o seguirme a través de *Facebook* (Facebook.com/velascogg), *Twitter* (@VelascoGG) e *Instagram* (@velaskogg).

¡Gracias de nuevo por todo y hasta la próxima!

G. G. Velasco

Otras obras publicadas



Al tiempo que la isla de Noralbia se prepara para votar en el referéndum del que depende su futuro político, Miranda Cadalso, inspectora de policía marcada por la violencia doméstica y por la desaparición en extrañas circunstancias de su hija, afronta el caso más difícil de su carrera tras el hallazgo de un cadáver parcialmente calcinado en el casco histórico de Puerto Corvino, la capital del país.

El informe forense determina que a la víctima le han extirpado el corazón, pero también que su cuerpo no presenta ninguna herida por donde pudieran habérselo extraído. A medida que la inestabilidad política y las emisiones de ceniza de un volcán cercano propagan el caos por la ciudad, Miranda descubre con horror que el caso podría estar relacionado con el expediente de su hija.

Desbordante de intriga, sorpresas y emoción, la historia entretiene los códigos propios de la narrativa de suspense, el romance e incluso el drama fantástico para componer una sutil alegoría feminista acerca de la naturaleza destructiva del amor.



Lázaro Umbriel, un anciano ciego y enfermo, llega hasta el Ártico con la intención de alcanzar la isla de Dögunljósey y cumplir allí una misteriosa promesa, pero todo se complica cuando la ventisca lo deja aislado en mitad de la nada junto a su perro Sif.

A medida que una dimensión fantástica alternativa se despliega en torno a él, reclamándolo como una suerte de elegido con la misión de salvar el mundo, Lázaro recuerda los eventos que lo llevaron a perderlo todo, incluida la vista, tras su romance con la filóloga experta en vocabulario intraducible Jelena Tahirovic.

Drama y fantasía se dan así la mano, a través de cincuenta capítulos inspirados en otras tantas palabras sin traducción directa al español, para desgranar en dos tiempos, dos dimensiones y dos voces narrativas distintas una apasionante historia acerca del poder redentor del lenguaje y la imaginación.



Mientras la ciudad Estado de Aldacia se enfrenta a una insólita ola de calor y a los disturbios derivados de su primera huelga feminista, la vida de Dante Riesco, divulgador experto en psicología positiva, confluye por accidente con la de Nora Sarafyan, una joven aquejada por un trastorno de empatía con quien pronto emprende algo similar a una relación amorosa.

Las altas temperaturas, los altercados y los problemas entre ambos comienzan a recrudecerse a partir de entonces hasta atrapar a Dante y a su hijo, y también a Ángela Sanguino, la exconvicta a cargo de la misteriosa empresa donde trabaja Nora, en un carrusel de sospechas y contradicciones tan imprevisible como la conducta de la joven y tan despiadado como la naturaleza de su empleo.

La novela reflexiona con astucia, gracias a una fusión muy compacta de drama contemporáneo y suspense psicológico, acerca de la endeblez de la identidad personal y los vínculos afectivos al tiempo que ofrece una de las historias de amor más disfuncionales y retorcidas de la literatura independiente.



Con el único objetivo de reunir algo de dinero para costearse un viaje de verano a Laponia, Celso y Danilo, dos posmodernos en la flor de la vida pero en el ocaso de sus autoestimas, terminan trabajando en la campaña por las elecciones de su municipio al servicio de un partido que ni les va ni les viene.

Ambos se convierten a partir de ahí en testigos privilegiados de un montón de tropelías, tejemanejes y situaciones delirantes al tiempo que deben disimular, durante más de un mes de dura explotación laboral, su falta casi patológica de compromiso político, su desprecio por los responsables del partido y sus poquísimas ganas de dar el callo por una causa en la que no creen.

La historia está basada en hechos reales protagonizados por el propio autor en la primavera de 2003. Su estilo ácido y mordaz, pero en el fondo también muy conmovedor, trasciende la sátira política al uso para ofrecer una radiografía despiadada del sistema parlamentario español y un testimonio en primera persona acerca del fracaso de toda una generación.